

FABIO GEDA

Vidas descalzas



NUBE DE TINTA

D.J.57

FABIO GEDA

Vidas descalzas

Traducción de **Helena Aguilà Ruzola**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@somosinfinitos



@nubedetinta



@somosinfinitoslibros

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Elisa y Riccardo.
Hermana, hermano*

Uno

Recuerdo que aquella mañana, en el aparcamiento del centro comercial, bajé de la furgoneta, cogí el arma del asiento de atrás, miré furtivamente hacia el bosque y vi surgir el sol por encima del campo como si fuera un moratón. Era octubre. Yo tenía quince años. Luca miró en la misma dirección y dijo: Tengo sueño, se metió la mano debajo del casco de fútbol americano y se rascó la mejilla. Lo dijo sin lloriquear; había cumplido seis el día anterior. Por un momento, pensé en darle la otra escopeta, ya que en el asiento había dos, pero luego me dije: No, mejor que no.

Sígueme.

Luca obedeció.

Cruzamos el aparcamiento corriendo, en dirección a uno de los almacenes; llegamos a la escalera exterior. Le di la mano y tiré de él para evitar que resbalara mientras con la otra sostenía la escopeta a la vez que me agarraba a la barandilla. Oí las sirenas de la policía y los coches que frenaron en seco delante de la verja. No oí a los agentes bajar, ni rebuscar en la furgoneta, ni activar el mecanismo de amplificación del coche patrulla, eso no; pero oí mi nombre cuando lo gritaron.

Ercole, dijo una voz metálica distorsionada por los altavoces, Ercole, sal y no hagas tonterías. Por el tono se notaba que el policía se esforzaba por ser educado y que en realidad le habría gustado decir: Ercole, Ercole, sal y no hagas gilipolleces, pero no podía, quizá porque había con él gente que habría protestado si lo hubiera oído emplear esa palabra, alguna persona de buen corazón o qué sé yo. Y luego repitió: Vamos, Ercole, sabemos que estás ahí dentro. Suelta la escopeta y sal de una vez.

Bah, pensé. En primer lugar no estoy dentro, sino arriba, en el tejado. Hay

que ver, los policías: unas veces son muy fanfarrones —como la noche que detuvieron a mi padre— y otras se cagan delante de una persona de buen corazón. Pues a mí no me dan ningún miedo las personas de buen corazón. Ni hablar. A mí no me pillarán.

Ercole, chilló el policía, joder, ¿me has oído?

Por cierto, me llamo Ercole.

Dos

No puedes matar el tiempo con el corazón. Todo requiere tiempo. Las abejas tienen que moverse rápidamente para estar inmóviles.

DAVID FOSTER WALLACE

Desde aquel día, el día en que subí al tejado con Luca, han pasado cuatro años y ha llovido mucho, sobre todo por aquí, en el puente que va de la plaza Vittorio a la iglesia de la Gran Madre..., y voy avanzando, pero antes os contaré un par de cosas más para que os hagáis una composición exacta del asunto y entendáis cómo terminé en aquel tejado.

En primer lugar, nací en Turín, en el barrio de Cenisia. Mi madre siempre decía que, en cuanto me vio en la sala de partos, pensó que me parecía a Yoda, aunque con más pelo, pero que luego, por suerte, fui mejorando y habría podido ser hijo de Enrique Iglesias. Hay un montón de cosas y de sitios que no he visto, como la aurora boreal, el amerizaje de un avión, a los raperos Gué Pequeno y Marracash cantando en directo, las plataformas petrolíferas, las tormentas de relámpagos en la cuenca del río Catatumbo y la mayoría de las ciudades del mundo; pero he estado en Milán y en Boves, de excursión con el colegio, y en Pietra Ligure, en la playa.

Mi abuela vendía pescado en Porta Palazzo y a mi abuelo le gustaban por igual las peleas de perros y el aguardiente de albahaca. Recuerdo una época en que siempre hablaba de un rottweiler llamado Tomba, como Alberto, el esquiador de los años noventa; nunca supe si el nombre era una referencia a él, aunque no creo que mi abuelo hubiera esquiado nunca. Mi abuela murió en el mercado al por mayor; la atropelló una transpaleta eléctrica. Yo la quería, porque fue ella quien me enseñó a dibujar. Cuando la vi, ya estaba en el ataúd y le faltaba media cara, pero me dejaron ponerle un Pokémon entre

las manos (en concreto, a Squirtle). ¿Qué más? Bueno, mi abuelo de vez en cuando me tocaba el pito. No, no de esa manera..., ya me entendéis. Era más bien una cosa técnica, de mecánico, como para asegurarse de que seguía allí. No sé qué habrá sido de mi abuelo. Desde que mi madre se fue, no he vuelto a verlo.

A los quince años, el verano en que todo estalló, cuando me escapé con Luca y todo eso, yo medía un metro setenta y seis. Si queréis imaginarme, puedo deciros que he heredado las orejas pequeñas y los hombros redondeados de mi padre y los ojos oscuros y las pestañas largas de mi madre; por mi expresión, según dicen algunos, parece que esté siempre enamorado, o contemplando unos fuegos artificiales. En realidad, solo me he enamorado una vez. Y los únicos fuegos artificiales que he visto son los de la noche del 24 de junio, cuando se celebra San Juan en Turín... y mi cumpleaños.

El otoño del primer curso de primaria, cuando yo tenía seis años y mi hermana Asia once, mi abuela, como he dicho, murió atropellada por una transpaleta eléctrica. Mi madre se fue un día normal; recuerdo que el tiempo ni siquiera era malo, como debería serlo los días en que las madres se van, qué sé yo, lluviosos o con el cielo como la piel de un pez. Y el abuelo salió a hablar con el dueño de Tomba antes de cenar, y ya no volvió. Todo ocurrió en la misma semana. Mi padre se dio cuenta el domingo. Volvió a casa a media mañana, después de pasar la noche fuera, abrió la nevera, cogió la leche, la olió para comprobar que no se hubiera echado a perder, se sirvió una taza, buscó la caja de las galletas (solo quedaba una), se sentó a la mesa de la cocina, mojó la única galleta y sumergió un dedo; luego alzó la mirada y notó mi presencia y la de Asia de pie frente a la puerta; yo con Roxy bajo el brazo —el osito de trapo que antes de ser mío había sido de mi hermana, por eso ella había impedido que le cambiara el nombre— y Asia con una camiseta negra con esta frase: LO MEJOR ESTÁ POR VENIR. Miró a su alrededor y dijo:

Joder, ¿dónde está todo el mundo?

Asia dijo: ¿Quién?

La galleta empapada se rompió y cayó dentro de la taza.

¿Y vuestra madre?, preguntó él arqueando una ceja.

¿Se ha ido?, respondió Asia imitándolo.

Muchas veces los dos hablaban haciéndose preguntas que no eran preguntas.

¿Adónde?

¿Tú lo sabes?

Mi padre se tragó los restos de galleta que le habían quedado en los dedos, se los chupó, se levantó arrastrando la silla con un ruido muy molesto y fue al dormitorio. El armario estaba abierto y vacío. Las perchas colgaban desnudas. En la cama había unos calcetines desaparejados, un sujetador y un jersey que le había traído la abuela de Porta Palazzo y que todo el mundo decía que no le sentaba bien, verde pistacho, con un estampado de loros y helicópteros. En la pared, la marca de un cuadro que ya no estaba. Mi padre se quedó inmóvil y silencioso contemplando el armario durante un tiempo indefinido. Lo recuerdo porque yo tenía muchas ganas de hacer pis, pero no quería irme porque, viendo que desaparecía tanta gente, me daba miedo no encontrar a nadie al salir del cuarto de baño. Alargó el brazo para señalar aquella desolación y dijo:

No me lo puedo creer, también ha cogido mi ropa.

Anda ya, dijo Asia, está ahí, y le indicó con la barbilla que mirara en el fondo del armario.

Mi padre rodeó la cama, se agachó y levantó un pantalón de camuflaje y una camisa rosa con el cuello francés y una onda doble de brillantes bordados en el bolsillo. Miró al techo y resopló de alivio.

Menos mal, dijo.

Nos quedamos los tres solos: Asia, mi padre y yo. Ahora teníamos tanto espacio en casa que no sabíamos qué hacer con él. Vivíamos en el último piso —un cuarto sin ascensor— de un edificio construido hace unos cien años como vivienda para los obreros de una fábrica cercana y sus familias: una cocina, una habitación, un cuarto de baño. Hasta entonces Asia y yo habíamos dormido en una pequeña parte de la habitación de nuestros padres, tras una pared de paneles de cartón yeso, donde cabían justo las literas. Y el abuelo y la abuela maternos, mientras estuvieron, habían dormido en la cocina, en el sofá cama naranja; para abrirlo había que desplazar la mesa y las

sillas hasta el aparador.

El piso era de la viuda Rispoli, aunque nosotros la llamábamos simplemente: la viuda. Una persona de buen corazón, amiga del padre Lino, el párroco. Nos lo alquiló poco después de que yo naciera. La viuda tenía tantas casas que no sabía qué hacer con ellas, y el padre Lino la convenció para que nos mantuviera un precio bajo, tan bajo que apenas le daba para cubrir gastos. El mundo es así si te fijas en lo bueno: está lleno de personas generosas. Para que la viuda estuviera contenta, bastaba con que, cuando se presentaba a cobrar el alquiler, nosotros, los niños, la recibiéramos con una sonrisa y un dibujo, que los abuelos charlaran un rato con ella delante de una taza de café, que mi padre —si no se había largado— le besara la mano y que le diéramos la oportunidad de sonrojarse cuando le agradecíamos su generosidad antes de que volviera a su casa con un sobre repleto de monedas que guardábamos adrede, con la idea de demostrar que para pagarle nos veíamos obligados a romper la hucha.

Cuando mi madre y los abuelos desaparecieron, la recibíamos Asia y yo. Nos duchábamos. Nos peinábamos. Nos poníamos camisetas limpias. Y a la pregunta: ¿Cómo estáis, pequeños?, ¿vuestro padre os cuida bien ahora que se ha quedado solo?, respondíamos con miradas y relatos tan conmovedores que mi padre se ganaba un lugar cada vez más alto en las oraciones nocturnas de la viuda.

Para acabar con la tristeza que nos inundaba desde que nuestra madre se había ido, tristeza que yo sentía en los hombros y el cuello, como si cavase un hoyo dentro de mí y tuviera quintales de escombros por sacar, y Asia en las rodillas y las piernas, hasta el punto de que se pasó meses tropezando, para acabar con eso, decía, y por otras razones, mi padre desmontó la pared de paneles de cartón yeso que separaba el dormitorio y dijo que toda la habitación era para nosotros, que él dormiría en el sofá de la cocina. No era como haber recuperado a mi madre y a los abuelos, pero era algo en lo que concentrarse. Asia y yo decidimos dormir juntos en la cama grande y dejarle las literas a mi padre, por si de vez en cuando quería tomarse unas vacaciones de la cocina. Recuerdo haber pensado que ahora podíamos invitar a algún amigo a pasar la noche con nosotros, pero eso nunca ocurrió. No teníamos

amigos lo bastante amigos para invitarlos sin que sus padres investigaran sobre nuestra familia. Y cuando lo hacían, la respuesta siempre era la misma: que si queríamos, podíamos ir nosotros a dormir a casa de ellos.

Nos repartimos las paredes. Asia eligió la de detrás de la cama de matrimonio y la del armario y las tapizó con fotos recortadas de revistas de cocina: suflé de chocolate, panecillos con crema de garbanzos, canelones de berenjenas, *cavatelli* con flores de calabaza, pato a la naranja, *cassata* siciliana, tarta de manzana. En aquella época Asia ya tenía claro que de mayor quería ser cocinera. Yo me quedé con la pared de detrás de las literas y la de la ventana. Y empecé a dibujar en ellas mis monstruos.

De niño estaba convencido de que mis monstruos se ocultaban en las paredes; de que se metían en los huecos que había entre los ladrillos; de que utilizaban las tuberías como ascensores; de que les bastaba una grieta en la pared o en el techo para entrar en las casas. Y el caso es que en nuestra habitación, y en general en todo el piso, había decenas de grietas. A veces oía los murmullos y los pasos de los monstruos. Observaba las grietas y temía que, de un momento a otro, cayera a chorros una sustancia negra y viscosa, similar al betún, se esparciera por el suelo y coagulara en un ser tentacular con cien ojos y un abismo sin dientes en vez de una boca. Porque los monstruos de las paredes no te machacan la carne. Los monstruos de las paredes te chupan como un caramelo. Te chupan a muerte.

Por eso los dibujaba. Para demostrarles que sabía cómo eran. Porque en el colegio nos habían dicho que lo que conoces no te mata. Los dibujaba directamente en la pared, para que los monstruos vieran sus retratos cuando me espiaban desde las grietas. Como diciendo: sé quiénes sois, sé que estáis ahí, y mientras os quedéis dentro a nadie le ocurrirá nada malo. Las noches en que sentía una nostalgia muy fuerte de mi madre y no podía dormir, cuando intentaba pintarme su cara en la mente y lo único que me salía era un retrato hecho lanzando cubos de pintura, esas noches los monstruos se perseguían por las paredes y hacían mucho ruido. Entonces buscaba entre las sábanas la mano de Asia, se la apretaba, ella suspiraba y decía: No lo pienses, Ercole, no lo pienses, sin que yo hubiera dicho nada.

Podría contar un montón de cosas de aquellos años. Mi historia de la bici, la

que me regaló mi padre cuando cumplí once años, una historia realmente absurda. O cuando tenía doce y una profesora nos vio a un compañero y a mí escribiendo con tiza en la pared de la escuela: UN MACHO DE VERDAD NO SE DEPILA, y nos dijo que si no lo borrábamos, haría que nos expulsaran una temporada. O cuando tiré la agenda escolar en un contenedor de basura porque el profesor de Ciencias me había escrito una nota y no quería enseñársela a Asia, hasta que me di cuenta de que Asia se enteraría igualmente y, además, se enfadaría porque iba a necesitar una agenda nueva, así que me pasé la noche rezando para que los basureros no pasaran y por la mañana, cuando fui corriendo a ver, la agenda aún estaba en el contenedor, debajo de un preservativo, un par de zapatos y una piel de plátano. O cuando mi padre empezó a salir con una mujer que se maquillaba de azul y verde — y, aunque sean mis colores favoritos, os aseguro que a ella no le quedaban especialmente bien— y ponía un cartel en la puerta si no sabía a qué hora regresaríamos: MARCHAOS. O cuando Asia cumplió dieciocho años y le regalé un collar hecho con trozos de vidrio que había encontrado en la playa durante la excursión a Pietra Ligure. O el dibujo con el que gané un concurso en la escuela; el premio era un bolígrafo y una copia de la declaración de los derechos humanos. Y así sucesivamente. Podría contaros todo eso y mucho más, pero en realidad solo sería una manera de llegar al día en que me enamoré.

Fue una tarde de finales de invierno, a los catorce años, en febrero, ocho meses antes de acabar en el tejado del almacén con Luca; un miércoles en que la luz, después de pasar entre los pliegues de las nubes, llegaba al suelo arrugada, y si uno se concentraba, la oía crujir mientras retomaba su forma. Una de esas tardes en que no me apetecía quedarme en casa y, como no tenía nada que hacer, me subí a un autobús. Solía hacerlo. Aún lo hago de vez en cuando. Me subo en un autobús cualquiera y me dejo llevar. Me siento junto a la ventanilla. Contemplo la ciudad. Tiendas, balcones, tráfico. Observo a la gente. Pienso en lo distintas que son las personas entre sí y en lo complejas que son, y en que esa complejidad, esa diversidad, es lo único que tienen en común.

El autobús me había llevado al centro, más allá de Dora, hasta una zona

donde nunca había estado. El humo de los coches quedaba suspendido en el aire antes de disolverse, los perros ladraban y tiraban de las correas y las mujeres transportaban bolsos e hijos a veces alegres, a veces como si fuera una condena. En un semáforo, un chico vestido de negro hizo malabarismos con unas antorchas y escupió fuego por la boca, luego se deslizó entre los coches con el sombrero y, cuando pasó junto a la ventanilla del autobús, me sonrió. Entonces alcé la mirada y detrás de él, bajo los árboles de la avenida, vi un quiosco de hierro y cristal: una floristería. Fuera había una anciana con una bufanda de lana celeste; inclinada sobre el mostrador, hacía un ramo para una cliente. Al lado de la florista estaba ella. Calculé que debía de tener mi edad. No puedo decir qué fue exactamente lo que captó mi atención: la mata de pelo rojo, la forma del rostro, la cazadora de piel negra o todo en conjunto (siempre es una visión de conjunto). La vi estirarse para coger algo, un recipiente colgado de un gancho, y me pareció que estaba a punto de alzar el vuelo. La cliente dijo algo gracioso, ella rio y a mí también me entraron ganas de reír; y creo que lo hice, contagiado, como sucede con los bostezos. Luego vi que cogía unas tijeras y cortaba la cinta con que la florista estaba decorando el ramo y...

Nos pusimos en marcha.

Me levanté de un salto. Eh, grité, para, para, tengo que bajar. Pero era tarde. El autobús se había adentrado en el tráfico y vi que el quiosco de las flores se alejaba y ella desaparecía detrás de una furgoneta que llevaba escrito en el lateral LA REINA DE LA MOZARELLA DE BÚFALA. Una señora se levantó y se preparó para bajar; me dijo que la parada estaba justo después de la esquina. Me miró de soslayo. Yo debía de poner una cara rara, porque me preguntó: ¿Estás bien? Asentí, sonriendo, pero sin dejar de dar saltitos, como si me estuviera meando, y cuando las puertas se abrieron, bajé corriendo. En el cruce, la floristería apareció al otro lado de la calle; la florista estaba vaciando un jarrón y la cliente se había ido. Ella no. Estaba sentada en un taburete metálico alto, de mostrador, y hablaba con la anciana mientras doblaba unas hojas de papel de colores y las metía en sobres. Esperé a que se pusiera verde. Crucé mientras el chico vestido de negro empezaba a lanzar las antorchas. Me dirigí al quiosco.

Hola, dijo la vieja florista al verme. Tenía una sonrisa de sapo y los ojos tan

azules como la bufanda, acuosos, dilatados por los cristales de las gafas.

Ella apartó la mirada de los sobres y me observó, pero no dijo nada. Yo la mantuve al margen de mi campo visual. Le respondí a la florista con un movimiento de la cabeza.

¿Necesitas algo?

Sí.

...

...

¿El qué?, preguntó la florista.

Miré a mi alrededor en busca de una respuesta.

Una flor, dije.

¡Oh! Pues estás en el sitio adecuado. Aquí tenemos muchas flores.

Ella hizo una mueca, como para ahogar la risa, y siguió doblando hojas.

Yo pregunté como si nada:

¿Cuánto vale?

¿Una flor?

Sí.

Depende de la flor, dijo la florista, sería como si yo fuera el más importante de sus clientes. ¿Cuál te gusta?

Esa, señalé detrás de la anciana.

Son crisantemos.

Asentí, como si supiera de qué me estaba hablando.

¿Vas a llevarlos al Monumentale?

¿Al Monumentale?

La florista dirigió los ojos hacia un muro que había al otro lado de la calle.

Al cementerio, dijo la chica pelirroja sin dejar de doblar hojas.

Ya que era ella quien me había dirigido la palabra, la miré; le alcancé poco a poco los ojos después de ir subiendo por la cazadora, la cremallera, el cuello del jersey verde. Barbilla, labios, nariz. Pecas. Ojos. Marrones. El pelo. Rojo. Explosión. Era magnífica. Me quedé sin aliento. E incluso sin aliento me oí la voz. Me oí decir que sí, que claro, que tenía una tía enterrada en el cementerio, una tía que le resultaba antipática a toda la familia porque... porque le había dejado el dinero en herencia a una secta religiosa, o algo así, y por eso nadie cuidaba de su tumba, pero que a mí me parecía de cobardes

vengarse de un muerto y no cuidar de sus restos solo porque le había dejado su dinero a otros. Por eso quería saber cuánto valían esas flores, los crisantemos, para mi tía. Yo nunca había comprado crisantemos. Ni flores en general.

La florista me escuchó con atención y luego enumeró los precios desgranando cantidades, composiciones y otros detalles que no entendí; hasta que en un momento determinado debió de notar algo, porque se interrumpió, siguió mi mirada, comprendió lo que me interesaba y le pidió a *Violetta* —la llamó con ese nombre— que me enseñara las flores, por favor, y así ella se podía dedicar a ordenar los recibos. Violetta dejó de trabajar con los sobres y, como si fuera normal venderle flores de cementerio a un chico de su edad, siguió por donde la anciana se había quedado. Me mostró gerberas, lirios y otros vegetales a los que no presté atención, porque estaba muy concentrado en su voz ligeramente ronca. Pronunciaba las eses de una manera rara que me producía escalofríos. Deseaba que me hablara susurrándome al oído. Deseaba que me hablara para siempre.

Dos horas más tarde, cuando entré en casa, Asia estaba sentada en la cocina haciendo cuentas en un papel. Bebió un sorbo de té y me preguntó:

¿Qué te pasa?

Apoyé la espalda en la puerta:

¿Por qué lo dices?

Parece que hayas visto volar un chihuahua.

Me encogí de hombros, suspiré.

Asia dejó la taza y alargó las piernas debajo de la mesa:

Suéltalo ya.

¿A qué edad te enamoraste por primera vez?

En primaria.

No, no me refiero a eso. Quiero decir de verdad.

Siempre nos enamoramos de verdad. O estás enamorado o no estás enamorado.

Desde hacía unos meses, Asia salía con Andrea, el dueño del restaurante donde trabajaba, un treintañero tirando a rubio, muy aficionado al rugby y al punk-rock, que siempre me daba fuertes palmadas en el hombro. Después de diplomarse en hostelería, Asia vio un día pegado en un escaparate un cartel:

SE BUSCA CAMARERA A MEDIA JORNADA. Se presentó, hizo la entrevista y la contrataron. Era trabajadora y amable; los clientes estaban encantados con ella, y el dueño, Andrea, empezó a llamarla continuamente para suplencias, o los días en que preveía que iba a tener más movimiento. Una tarde que tenían problemas en la cocina, Asia le dijo a Andrea que se ofrecía a echar una mano también allí. Y ya no salió de la cocina.

¿Quieres a Andrea?, le pregunté.

Aún no estoy segura. ¿Y tú?

No, yo creo que no lo quiero.

Asia se puso bizca.

Tonto, dijo. Me refiero a si te has enamorado alguna vez.

Hoy.

¿De quién?

Se llama Violetta.

Asia dejó el bolígrafo y recostó la espalda.

¿Dónde la has conocido?

En una floristería.

¿Y qué hacías en una floristería?

La he visto a ella y he ido a preguntar por unas flores.

¿Has comprado flores?

No las he comprado. Solo he pedido información.

Bueno, ¿y qué?

¿Qué de qué?

¿Cómo es?

Miré hacia el techo en busca de palabras y recorrí mentalmente el diccionario. Tras una atenta selección, dije:

Guapísima.

Descríbela.

No sé... Pelirroja, cazadora de piel negra. Pecas.

¿Habéis hablado?

Me ha dicho algo sobre unas flores. Tiene una voz... me pone la carne de gallina.

¿Volveréis a veros?

Pensaba ir otra vez al puesto de flores. Mañana. ¿Me prestas dinero?

¿Por?

Por favor.

No. ¿Por qué? ¿Para qué lo necesitas?

Para las flores. Para la tía.

¿Qué tía?

La que le dejó su herencia a una secta religiosa.

...

Da igual, es una larga historia, dije. Solo necesito diez euros.

Sin añadir nada, Asia se levantó, cogió la cartera del bolsillo de la parka que estaba colgada en el perchero, se acercó a mí —yo no podía despegar la espalda de la pared—, me dio el billete y nuestros dedos se lo disputaron unos instantes más de lo normal. Noté que Asia me observaba como observamos los lugares familiares a los que volvemos tras un período de ausencia. Me examinaba en busca de diferencias minúsculas, de un antes y un después. Luego me abrazó. Me apretó con una fuerza que no le conocía. Primero me puse rígido y la dejé hacer; me quedé inmóvil, con los brazos pegados a las caderas. Estaba en esa etapa en que no quería que me abrazaran —sobre todo no quería que me abrazaran mis familiares— y el contacto entre los cuerpos me cohibía. Pero al final cedí al cariño y le rodeé la cintura. Olía a pachulí, como nuestra madre; la única huella de su paso por la vida de Asia. Percibí las cuentas de madera del collar contra la mejilla. Por un momento me sentí hombre y niño a la vez. Y pensé que, aunque pasara el resto de mis días con Violetta (y tenía muy claro que eso estaba escrito en mi destino), Asia siempre sería la persona más importante de mi vida.

Al día siguiente volví al quiosco, y desde lejos ya vi que Violetta no estaba. No quería gastar los diez euros sin verla, así que pensé que, como mi tía no existía, no había prisa, y me fui antes de que la vieja florista se fijara en mí. Entonces caí en la cuenta de que había dado por descontado que trabajaba en la floristería y, qué sé yo, que la encontraría en cualquier momento. Pero no. Ni siquiera sabía qué relación había entre la vieja y ella. ¿Y si estaba allí por casualidad? ¿Y si esperaba a que fueran a recogerla? Quizá viviera en otra ciudad. El día antes nos separamos así, con la información sobre lirios y crisantemos flotando en el aire: Gracias, tengo que irme. Me lo voy a pensar

y volveré. Claro, yo habría podido hablar con la dueña, pero ¿qué iba a preguntarle?: Dígame cuándo estará Violetta, es que he decidido llevarle flores a mi tía solo si me las vende ella. Porque soltarle a las claras que no me importaban las flores y que si por favor me decía cómo encontrar a Violetta me daba corte. Y si descubría dónde estudiaba, ¿qué haría? ¿Iría a esperarla a la salida? No, era mejor verla de nuevo allí; eso, si volvía. Me afloró en la mente, como un cadáver en un lago, la posibilidad de no verla más. Nunca más. Me sentí morir. Decidí que iría al quiosco de las flores todas las tardes durante una semana y que si, pasados los siete días, ella no reaparecía, hablaría con la florista.

Me llevé un cuaderno para dibujar. El viernes dibujé palomas, hojas, a una mujer con botas de agua, los coches aparcados, una moto, las raíces de los árboles, más palomas. El sábado, a una niña con un paraguas, palomas, botellas de cristal, los contenedores de reciclaje, un banco, una mano. El domingo, los árboles, mis pensamientos, un señor con sombrero y bastón, palomas, un perro, el viento que levantaba las hojas. El lunes la floristería estaba cerrada y volví a casa. El martes dibujé mis pies, el quiosco, a la florista, los crisantemos, un autobús, unas palomas.

Hasta que por fin el miércoles...

Hola, dije al acercarme.

Buenos días, dijo la florista.

Hola, dijo Violetta. Aquel día llevaba una cazadora vaquera con forro acolchado, un jersey azul y un gorro de lana amarillo azafrán del que sus mechones rojos escapaban como llamas.

Tendí los diez euros.

Crisantemos y gerberas, por favor. Para la tumba de mi tía.

Ahora mismo... Violetta, pásame las gerberas.

La florista se puso a trabajar y en menos de un minuto el ramo ya estaba listo.

Lo cogí y lo miré con atención. Era realmente bonito. Daba pena desperdiciarlo en una tumba. Pero eso no lo dije. Lo que dije fue:

¿Puedo pedirle una cosa más?

Por supuesto.

La verdad es que... no conozco el cementerio.

¿Es la primera vez que vas a visitar a tu tía?

Sí.

Deberías preguntar a alguien en las oficinas. En la entrada, a la derecha.

Puede que la encuentre por intuición.

Puede, dijo la vieja florista, ¿por qué no?

¿Usted cree en la comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos?

La florista se quitó las gafas y echó el aliento en los cristales:

Creo que la vida es misteriosa.

Dije: Los cementerios me impresionan.

No eres el único.

Igual puedo pedirle a Violetta que me acompañe.

...

...

Esto las desorientó. A ambas. Se miraron y, tras un silencio que me pareció eterno, la florista dijo:

No tengo nada en contra, pero es ella quien debe decidirlo.

Antes de nada debo confesar que cuando me oí pronunciar esa frase («Igual puedo pedirle a Violetta que me acompañe»), cuando la voz me salió de la boca y me entró por los oídos con su carga de escandalosa audacia —porque me sentía así, escandalosamente audaz—, pensé: Madre mía. Nunca habría imaginado que podía llegar a ser tan valiente; siempre me había sentido fuera de lugar. En aquella época estaba convencido de que la mejor manera de vivir era no hacer nada, quedarme inmóvil y dejar que el mundo se moviera a mi alrededor y que los demás actuaran. Por ejemplo, mi deporte favorito era el baloncesto, sobre todo porque podía jugar en las canchas de la calle Braccini cuando todos se iban; me quedaba solo con las manos, la canasta, la pelota, el cemento; y a mi alrededor la ciudad, íntima, tan íntima como el reto. El sonido del rebote. Pelota contra el hierro. Pelota contra el tablero. Aquel día recordé una cosa que había dicho Marcello, el dueño del café Barzagli: que muchas veces no hacemos preguntas y no es por no molestar a las personas a quienes nos gustaría dirigirselas, sino por miedo a las respuestas. Entonces pensé que si quería obtener una respuesta, debía hacer una pregunta. Y me quedé de piedra cuando Violetta aceptó. Dijo que sí con un leve movimiento

del cuello y frunció un poco los labios. La florista frotó los cristales de las gafas con una gamuza, con los ojos enormes y líquidos reducidos a su tamaño original, y solamente añadió:

Os doy media hora.

Al principio, Violetta y yo anduvimos en silencio. Un buen trecho. Nos encallábamos en el pudor y en frases entrecortadas, rodeados por la ausencia del cementerio; un silencio hecho de hojas y chorros de agua, de palabras susurradas. El personal de mantenimiento estaba cortando la hierba y limpiando los caminos, pero era como si no hubiera nadie. Los visitantes se inclinaban ante las imágenes de sus parientes, les quitaban el polvo con pañuelos o con las mangas de las chaquetas, se trazaban cruces en la frente y el pecho, ligeros, o se abrían paso en el barro. Estatuas de mármol y granito. Una telaraña entre las espinas de una rosa.

Es mi abuela, dijo Violetta observando a una Virgen con las manos y los ojos alzados al cielo.

Respondí, incrédulo:

¿Eres la nieta de Dios?

La florista.

Ya lo había entendido.

Paso con ella todos los miércoles por la tarde.

Ah, claro.

¿Qué?

Ya está claro por qué no te he visto. Me refiero a los otros días.

¿Vienes a menudo por aquí?

Sí. Desde el miércoles pasado.

Una niña pequeña pasó corriendo por nuestro lado y desapareció detrás de la tumba de una familia. Oímos a su padre llamarla. Violetta apartó la mirada y se mordió el labio. Yo aún no sabía cómo era. Parecía introvertida y al mismo tiempo resuelta; daba la impresión de que podía conquistar el mundo, pero que no consideraba necesario hacerlo. Pensé que era igual que yo y a la vez completamente distinta: el punto de unión de una circunferencia después de completar una vuelta.

Pregunté: ¿Y por qué pasas con ella los miércoles?

No lo sé, es una vieja costumbre. Desde que era pequeña, el miércoles es el día de la abuela. Cuando se quedó con la floristería, empecé a ayudarla. Antes ella trabajaba para una empresa de decoración. Ahora está jubilada, y es viuda. En casa se aburre.

¿Y tú quieres ser florista?

Qué va. Aunque me gusta saber los nombres de las plantas. ¿Cómo se llama tu tía?

No me acuerdo.

O sea, ¿que estamos buscando una tumba que no sabes dónde está, de una mujer que no recuerdas cómo se llama?

Cuando la vea, la reconoceré.

¿Cómo, si no la has visto nunca?

Me encogí de hombros.

Ah, olvidaba la intuición, dijo Violetta.

...

...

Seguimos andando. Le pregunté dónde estudiaba.

Hago estudios clásicos en el instituto Gioberti. ¿Y tú?

Yo estudios técnicos. En el Plana. ¿Dónde vives?

Detrás de la Gran Madre.

Dejé escapar medio silbido:

¿En la colina? Me gusta la colina.

En realidad, me siento más cercana al río. Hago remo. ¿Lo has probado alguna vez?

Nunca.

Practico desde que era pequeña, dijo con su sonrisa radiante.

El aire se llenó de escarcha. Nunca había sentido nada parecido. Pensé que era una suerte haberme enamorado de una chica que me hacía reír.

Violetta dijo: Me encanta, refiriéndose al río. Y me encanta el remo. Imagínatelo. Estar en el agua. La ciudad alrededor. El chapoteo.

¿El...?

Chapoteo. El ruido del agua al chocar contra la canoa. Es como... no lo sé, como si nos acunara el planeta. ¿Haces algún deporte?

Baloncesto.

¿En un equipo?

En las canchas de la calle Braccini.

Violetta arrugó la nariz, no sabía dónde estaban.

Dije: En la calle Braccini siempre hay un montón de gente jugando. Adultos. Filipinos y chinos. Los filipinos y los chinos son buenísimos.

¿Y juegas con ellos?

No, los miro. Juego cuando dejan la cancha libre. Prefiero jugar solo. En el fondo, se trata de meter la pelota en la canasta. Fingí que me deshacía de un rival y lancé en suspensión. Me entusiasmé. Un jardinero con un rastrillo en la mano masculló que no estábamos en una cancha de baloncesto. Levanté a medias la mano para pedir perdón y miré a Violetta: le colgaba una luz en las comisuras de los ojos. Me fijé en una tumba que había detrás de ella.

Ahí está, dije.

¿Quién?

Mi tía.

Hombro con hombro, nos agachamos a observar una lápida desconchada con una foto en blanco y negro de una vieja señora: Mirella Ferrero.

Violetta barrió con la mano las hojas y los pétalos secos:

Pone que murió en 1923.

Dije: Es una pariente lejana.

Muy lejana, comentó ella.

Colocamos las flores y nos quedamos un rato en silencio, recogidos. Me pregunté cómo habría sido la vida de Mirella Ferrero. La tumba parecía abandonada, como si nadie se ocupara de ella desde hacía años, pero era una tumba bonita, que contaba historias de sombreros con plumas, cuberterías de plata y chocolates en la calle Po. Una voz de mujer me susurró en la cabeza que la vida es un instante, que empieza y acaba, y tenemos que dejarnos llevar por el río y seguir la corriente, pero imponiéndole siempre una dirección a la canoa. Pensé que eran ideas muy aventureras para una vieja señora de principios del siglo xx. Aproveché para pensar cuál debía ser el siguiente movimiento y me pregunté si tenía que apuntarme a remo con Violetta. También podía invitarla a jugar a baloncesto. ¿O cambiar de instituto? Si hubiera creído en un dios, uno cualquiera, me habría puesto a rezar. Entonces empezó a llover ligeramente. Volvimos al quiosco. La abuela

florista, al vernos, cortó una rosa a la que acababa de quitarle las espinas; dijo que nos habíamos retrasado seis minutos y que estaba a punto de llamar a la policía. Luego se echó a reír y se le empañaron las gafas. Era hora de despedirnos.

Dije: Oye...

¿Sí?

Gracias.

De nada.

Ejem... ¿Qué te parece si quedamos? Un día. Para... no sé. O me paso por aquí...

Violetta sacó el móvil del bolsillo:

Dame tu número, te llamaré.

Dije: ¿Número?

Sí.

Es que... no tengo.

¿No recuerdas tu número?

No tengo móvil.

¿No tienes móvil?

Ni siquiera tengo teléfono en casa. Pero... si me anotas el tuyo, te llamaré.

Violetta me miró como si estuviera tomándole el pelo. Luego se dio cuenta de que iba en serio y, sin añadir nada, cogió una de las tarjetas del quiosco y en la cara en blanco anotó su número y debajo: «Eres raro». Lo mismo que me había dicho Asia, años atrás, una noche, después de los fuegos artificiales de San Juan. Se puso a llover fuerte. Me metí la tarjeta en el bolsillo interior de la cazadora, para que no se mojara, me despedí a gritos de Violetta y su abuela y corrí hacia el autobús. Mientras corría, llevaba la mano sobre el bolsillo, en el lado del corazón. Notaba los latidos por encima de la ropa.

En casa encontré el cartel MARCHAOS colgado en la puerta. Así que, totalmente empapado, me senté en la escalera a esperar. Me pregunté si quizá había llegado el momento de tener un móvil. Asia se lo había comprado al empezar a trabajar en el restaurante; así estaba localizable para las suplencias. Pero no iba a darle a Violetta el número de Asia. Antes solíamos llamar desde el café Barzagli. El camarero, Marcello, nos conocía de toda la vida, desde

que Asia y yo éramos pequeños, y muchas veces me daba cosas que hacer para que me ganara algún dinero: sacar los productos de las cajas y colocarlos en los estantes o limpiar los lavabos. Hablábamos de los lugares de la Tierra a los que nos gustaría ir si un día teníamos oportunidad: Islandia o la bahía de Cochinos. En verano me dejaba tener una cuenta abierta para los helados. Llevaba a Darth Vader tatuado en un brazo y a Luke Skywalker en el otro, y dibujaba una hoja o un corazón, a petición del cliente, sobre la espuma del capuchino.

Volviendo al teléfono, en casa nunca habíamos tenido, porque mi padre decía que en toda su vida solamente le habían llegado desgracias por teléfono. Nunca me ha llamado nadie, decía, para darme una buena noticia; solo para molestar, insultarme o recordarme que devolviera algún dinero. Además, estaba convencido de que era una manera de tenernos bajo control, una cuestión a la que Asia y yo éramos tan sensibles como él. Por mi parte, delante de los compañeros de clase me encogía de hombros y decía que no me interesaba tener móvil y que había leído que causaban tumores cerebrales. En realidad, me había acostumbrado a vivir sin él y no lo echaba en falta.

Pero ¿y ahora?

Sin duda, de haberlo tenido, ya habría empezado a escribirle algo, en vez de tener que esperar a verla. Estaba muy concentrado imaginando de qué manera podía comunicarme con Violetta cuando se abrió la puerta y la amiga de mi padre salió al descansillo. Debía de haber pasado mucho rato en el cuarto de baño, porque iba más maquillada de verde y azul que nunca. *Mon petit*, dijo, ¿qué haces aquí fuera? Pasó por mi lado sin detenerse y me alborotó el pelo. Me llamaba *mon petit*. No sé por qué se hacía la francesa cuando era de la región de Emilia y hasta le silbaban las eses.

Está lloviendo, le dije esperando darle una mala noticia, porque el maquillaje se le correría por las mejillas y la transformaría en un retrato cubista. Pero ella, que se llamaba Angela, no se inmutó y bajó la escalera como si nada. Tu padre es un animal, dijo prestando atención a los peldaños. Luego se dio la vuelta, me miró de arriba abajo a través de la barandilla y con gesto de pantera repitió: Un *animal*.

Por favor, gemí tapándome los ojos.

Angela desapareció. Mi padre salió a retirar el cartel de MARCHAOS; iba en

calzoncillos y solo llevaba encima un jersey azul. Resultaba desagradable. Me levanté y entré en casa pasando por su lado. Colgué la cazadora en una silla y cogí el paño de los platos para secarme el pelo. Mi padre se me acercó por detrás, me cogió por la cintura como en un placaje y los dos caímos en el sofá. Estaba alegre, se reía, decía:

Sigo siendo más fuerte que tú, chiquillo, ¿eh?

Le dije: Anda, suéltame.

Fingió que me daba puñetazos.

Suspiré y me quedé inmóvil esperando a que se cansara. Tenía el aliento ácido.

Dios, eres tan divertido como un calentador de gas, dijo. Se acercó al fregadero, cogió una lata abierta que había tirado dentro y la exprimió como si fuera un limón para tragarse las últimas gotas que quedaban. Eructó y volvió a tirarla. El grifo perdía y el ruido de la gota se mezclaba con el de las salpicaduras de lluvia en el alféizar.

Me quedé tumbado en el sofá, mirándolo.

¿Qué pasa?, dijo. Se rascó el tobillo con el pie, justo donde el calcetín lo había depilado. Llevaba barba de cuatro días, tenía el pelo enmarañado y la piel porosa.

Dije: ¿Has pensado alguna vez en cambiar de vida?

¿En qué sentido?

Me encogí de hombros, dije:

No lo sé. En una vida *distinta*. Un trabajo fijo. Una casa bonita. Nada de trampas para pagar los recibos.

¿Qué trampas?

Ya sabes a qué me refiero.

No, en serio, no lo sé.

Miré hacia el techo.

¿Por qué voy a pensar en otra vida, si yo...?

Disfruto, dije anticipándome.

Exacto.

Lo repites desde que era pequeño.

Nunca lo suficiente.

Pero ¿no has pensado nunca, *jamás*, ni por un instante, que podrías disfrutar

más, qué sé yo, de otra manera?

Achicó los ojos como si lo estuviera pensando de verdad, lo cual me hizo sentir orgulloso unos segundos, y luego dijo:

No.

Dejé caer de nuevo la cabeza en el cojín, desconsolado.

¿Qué querías ser cuando eras niño?

¿Cuando era niño?

Quiero decir, cuando eras niño, ¿qué querías ser de mayor?

Antenista.

...

Me gustaba subir a los tejados. O ladrón. Y puso los ojos de loco.

¿Cuál era tu asignatura preferida?

¿Y cuál es tu asignatura preferida?

Geografía.

Me miró como si me viera por primera vez.

¿Por qué?

Me gustaría viajar.

¿Y por qué?

¿A ti no te gustaría?

No, a mí no, dijo. ¿Viajar? Ya me toca hacerlo por trabajo, los transportes y eso.

No me refiero a ese tipo de viaje.

Cualquier tipo de viaje es un viaje.

Aún no me has dicho cuál era tu asignatura preferida.

Nunca tuve una asignatura preferida.

No me lo creo.

Resopló.

No lo sé. Quizá... Ciencias.

Sonreí.

Dijo: ¿Te parece cómico?

No, qué va. Es solo que... ¿por qué te gustaba?

Tenía un buen profesor.

¿En serio? ¿Quién era? Nunca me has hablado de él.

Se abrazó a sí mismo, como para defenderse de un viento repentino.

Sandro Marescalchi, dijo. Recuerdo que nos mandaba hacer experimentos. Nos llevaba a buscar minerales.

¿Adónde?

No lo sé... Por aquí cerca. En la colina. En el valle de Susa.

Me incorporé hasta sentarme, apuntalé los codos en las rodillas y apoyé la barbilla en los puños. Me inquietaba aquella revelación. Mi padre habría podido ser científico.

Le pregunté: ¿Y por qué no seguiste estudiando ciencias?

No lo sé, dijo encogiéndose de hombros.

Luego movió los labios para repetirlo, pero no le salió nada. Un velo de tristeza oscureció la luz que se le había encendido en los ojos por un instante. La lluvia ametralló los cristales de la ventana de la cocina y un relámpago iluminó el alféizar. Conté los segundos y al décimo estalló el trueno. Las palabras por fin asomaron a sus labios: No lo sé, dijo de nuevo, como si luchara contra sus propios recuerdos e intentase mantenerlos con la cabeza debajo del agua. Hizo un ruido muy raro con la boca y pescó la lata del fregadero para exprimirse en la boca una última gota. Hubo un segundo relámpago y yo conté otra vez el tiempo que lo separaba del trueno. Al comparar los dos intervalos, era posible saber si la tormenta se estaba acercando o alejando.

Tres

—Dicen que si los lobos salen de las paredes, se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Todo.

NEIL GAIMAN

Mi padre se llama Pietro. Pietro Santià. Hijo de Ignazio y Serena De Luca, él de Turín, ella de Salerno. No los conocí. Ambos murieron antes de que yo naciera. Recuerdo que, cuando era pequeño, en primaria y en los primeros años de secundaria, si le preguntaba a mi padre a qué se dedicaba en la vida, por curiosidad o porque necesitaba saberlo, él me contestaba: Yo disfruto de la vida. Y yo lo decía en el colegio. Cuando hablábamos de los trabajos de nuestros padres, unos decían carnicero, otros, arquitecto, o da clases, o diseña, o tiene una tienda; o cuando hacíamos cola en el comedor y alguien contaba: Mi padre volvió ayer de un viaje de trabajo y me trajo un robot que va con una pulsera electrónica que se pone en la muñeca así —demostración—; solo tienes que mover la mano y el robot anda, frena y gira. Pues bien, en esos casos, además de comentar que dónde te vas a poner una pulsera si no es en la muñeca (y de proponer algunas alternativas), yo decía: Mi padre disfruta de la vida.

La frase siempre causaba una gran impresión.

La cuestión era que, a juzgar por lo que hacía mi padre, para disfrutar de la vida había que deslomarse. Se pasaba fuera casi todas las noches. Al amanecer iba al mercado del barrio para ayudar a montar los puestos y a cambio le daban la fruta tocada, la verdura pocha, los envases que perdían. Hacía trabajos de mantenimiento cuando cerraban las oficinas. Desaparecía días enteros para transportar mercancías por toda Italia, y cuando volvía

hablaba de accidentes en la autopista, de haber visto cómo salía el sol tras el macizo del Gran Sasso o de una pitonisa que le había leído el futuro en los posos del café. Y si le pedíamos que nos contara qué había dicho la pitonisa, si iban a llegar tiempos mejores, él respondía:

¿Qué tiempos mejores?

Y recuerdo que yo lo escuchaba como uno escucha a los santos.

En realidad, la persona que siempre cuidó de mí fue Asia. Sí, mi padre traía a casa dinero y comida, pero era Asia quien gestionaba el dinero y la comida. Era Asia quien cocinaba e ideaba todo tipo de revoltillos: ensaladas, tortillas, sopas; la mejor manera de aprovechar lo que había y de transformarlo en algo comestible. Era ella quien se encargaba de la casa, de poner lavadoras, de recoger la colada y plancharme las camisetas para que no pareciera un pordiosero. Si pareces un pordiosero y los profesores se dan cuenta, acaban llamando a los asistentes sociales o, peor aún, a personas de buen corazón. Por eso estaba pendiente de mis deberes y, si necesitaba algo para el colegio, qué sé yo, un cuaderno, un marcador fucsia o un compás, ella siempre lo conseguía. Y todas las noches leía mi agenda escolar, y si había que firmar alguna nota, falsificaba la firma de nuestro padre.

En el fondo, el único problema serio que tuvimos Asia y yo cuando éramos pequeños fueron las maquinaciones de las personas que intentaban ayudarnos; porque era imposible que la gente no notara lo irregular y nebulosa que era nuestra vida.

Por ejemplo, un día, yo debía de tener ocho años, llamaron a la puerta. Estaba solo en casa y Asia me había dicho que, cuando estuviera solo, no abriese por nada del mundo; yo se lo había jurado besándome los meñiques («que la peste a sobaco me inunde como una mierda que se funde»). Estaba en la habitación dibujando un monstruo. Me acerqué a la puerta de puntillas; no llegaba a la mirilla, y no quería coger una silla para no hacer ruido, así que pegué la oreja para oír si la persona que estaba al otro lado emitía algún sonido peculiar. Pensé que no podía ser la viuda, porque había venido la semana anterior. Mientras estaba allí, con la cabeza contra la puerta,

llamaron. Me asusté. Salté hacia atrás y estuve a punto de soltar un grito, pero lo contuve a tiempo tapándome la boca con las manos. El corazón me latía como un tambor africano de los que están hechos de piel de cabra. Tenía que ver quién era. Necesitaba verlo. Con una apnea digna de un pescador de esponjas, fui hasta la mesa, levanté una silla, volví junto a la puerta y me subí. Acerqué el ojo a la mirilla. La silla crujió como si estuviera a punto de romperse. A través del cristal, vi la imagen circular de un tío con camisa a cuadros y chaqueta beis, calvo, con bigote incipiente, que miraba a su alrededor buscando algo. No parecía peligroso, pero a veces al peligro se le da bien camuflarse. Tocó dos veces más la puerta y me quedé observándolo hasta que se hartó y se fue.

Aquella noche le dije a Asia:

Hoy ha venido un tío.

¿Quién?

No lo sé.

¿Cómo sabes que era un tío y no una tía? ¿Has abierto?

Lo he visto por la mirilla.

Descripción.

Camisa a cuadros, chaqueta beis, calvo. Bigote. Primero ha llamado al timbre y luego a la puerta.

¿Ha insistido?

No.

Bien. Asia cogió un calabacín de una caja llena que no sé cómo podía seguir estando llena, porque llevábamos días comiendo calabacines sin parar; tiró una tercera parte medio podrida y empezó a cortarlo en dados.

¿Qué tal en el colegio?

Bien.

¿Cómo de bien?

Muy bien.

¿Te han dado notas?

No.

¿Seguro?

Seguro.

¿Deberes?

Ya los he hecho.

A ver.

Fui a buscar el cuaderno de Historia y le enseñé cuatro páginas de apuntes sobre fósiles y el dibujo de la calavera de un tiranosaurio.

¿Lo has copiado todo de internet?

Sí.

Bien.

En casa no teníamos internet, pero cuando lo necesitaba, cogía el viejo portátil que una compañera de clase le había dado a Asia cuando sus padres le compraron uno nuevo, bajaba a la calle y me sentaba delante de la cristalera del Barzagli, que tenía wifi gratis.

¿Has visto a papá hoy?, preguntó Asia.

Negué con la cabeza.

¿Ayer?

Negué con la cabeza.

Tienes una mancha en la frente.

Busqué mi reflejo en la ventana. Una sombra negra. Me chupé los dedos y mientras me los frotaba, clavé la mirada en la calle.

Ahí está, dije.

¿Quién?

Papá.

Asia dejó el cuchillo y el calabacín; se acercó. Apoyé la cabeza en el cristal. Mi padre estaba en medio de una pandilla, todos hombres, todos más o menos de su edad. En una mano llevaba una botella de cerveza y con la otra gesticulaba, construía mundos y lanzaba hechizos; sin duda, estaba contando algo divertido, porque la pandilla cada veinte, treinta segundos estallaba en carcajadas efervescentes. Yo sonreí, Asia no. Asia tiene los mismos ojos que yo, los mismos que mamá, pero en los labios ha salido al abuelo: un corte en el mármol. En cambio, yo siempre sonrío, no sé por qué; tengo la impresión de que a menudo la vida parece el armario de un payaso, llena de colores imposibles y de guantes de boxeo que surgen cuando menos te lo esperas. A veces sonrío cuando no debería, y la gente cree que le tomo el pelo, pero no es así. También me pasa en el colegio; al final, los profesores me piden la agenda o me mandan al despacho del director. Simplemente, tiendo a

concentrarme en el lado irónico de las cosas. Asia no. Ella, si está alegre, como máximo levanta los pómulos de un soplido y le brilla en los ojos una llamita de vela, nada más.

Mi padre debió de decir algo muy cómico, porque las barrigas y los hombros de todos empezaron a vibrar; algunos se daban grandes palmadas en los muslos, otros se sujetaban la espalda, como si temieran partirse. Estaba borracho. Se notaba por las rodillas flexionadas y el culo hacia fuera, por los movimientos que recordaban un barquito de papel. De pronto, el tío del sombrero azul que estaba a su izquierda le dio un golpe en el hombro, como si quisiera decirle: Eres la repera. Mi padre no se lo esperaba. La botella se le escurrió de la mano. Y explotó contra el suelo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

Mi padre se puso a vociferar, muy enfadado; le dio una bofetada al tío y el sombrero salió volando.

Asia y yo nos miramos y fingimos no haber oído nada.

Llamaron de nuevo al timbre. Y luego a la puerta.

El tío recogió el sombrero y mandó a la mierda a mi padre.

Llamaron de nuevo.

Asia suspiró, dio media vuelta y fue hacia la puerta. Ella tenía trece años y llegaba a la mirilla sin necesidad de la silla, aunque debía ponerse de puntillas. Apoyó las manos en la madera y cerró el ojo izquierdo. En la calle, la discusión se había ampliado y ahora se peleaban todos. Asia dio un paso atrás y cerró los ojos para concentrarse. Miré la grieta que había en la pared, al lado del telefonillo; en el interior se movió algo. Asia se me acercó y me susurró al oído:

¿Camisa a cuadros y chaqueta beis?

Asentí.

¿Bigote?

Asentí.

Ella movió los labios para decir «joder», pero no dijo nada.

Regresamos junto a la ventana. Ahora mi padre estaba mandándolos a la mierda a todos y todos lo mandaban a la mierda a él. Decidió irse andando hacia atrás, tropezó con el bordillo de la acera y se cayó entre los coches aparcados; se levantó e hizo como si nada. Cruzó la calle poniéndose bien la

cazadora, sin mirar, y una moto que acababa de doblar la esquina tuvo que frenar en seco para no atropellarlo. La rueda de atrás patinó y al conductor le costó mantener el equilibrio. Mi padre se asustó, lo insultó y se dirigió tambaleándose hacia la puerta del patio.

El timbre sonó de nuevo.

Asia suspiró. Me cogió por los hombros.

Dijo: Yo me encargo del tío. Tú encárgate de papá.

En cuanto se abrió la puerta, me deslicé entre el marco y el calvo tan deprisa que cuando él quiso darse cuenta, yo ya había bajado medio piso. Corrí devorando los peldaños, llegué al vestíbulo y a través del cristal esmerilado vi a mi padre: una mancha de colores inclinada, que arañaba la cerradura con la llave. Yo no sabía qué hacer. Pensé que si abría y no me hacía caso, sería el fin: él subiría directo a casa. Miré a mi alrededor y me fijé en la puerta del sótano. El sótano de la escalera E, la nuestra, se comunicaba con el de la escalera F a través de un pasillo. Si las dos puertas estaban abiertas, podía llegar al vestíbulo de la escalera F, salir al patio y sorprenderlo por detrás. Chasquéé los dedos, algo que hago a veces cuando tengo una buena idea. Y entonces caí en la cuenta de que tendría que bajar al sótano. Y tendría que cruzar el pasillo. Y nada en el mundo me daba más miedo. Porque, por lo que yo sabía, en el pasillo entre los dos sótanos, en aquel túnel goteante y mal iluminado que apestaba a vino y humedad, era donde se reunían los monstruos para luego distribuirse por las paredes del edificio. Era la gran grieta, el lugar más peligroso del universo.

Vi cómo se alejaba la puerta absorbida por un remolino. La llave de mi padre rascaba y él refunfuñaba. Yo tenía que actuar rápido; tarde o temprano acertaría en la cerradura. Me acerqué a la puerta esperando que estuviera abierta, o quizá que estuviera cerrada, aferré el pomo, frío y pegajoso. La frente se me cubrió de sudor. Oí ceder el mecanismo; la puerta se abrió y el olor a mosto y humedad inundó la negrura. Busqué el interruptor a tientas, con la punta de los dedos. Cuando lo encontré, un espasmo eléctrico recorrió el fluorescente y una luz blanca reveló los diez peldaños que conducían al pasillo. Contuve la respiración.

Pensé que la única solución era correr; moverme despacio solo habría

prolongado la agonía y les habría ofrecido a los monstruos más oportunidades de capturarme. Si hubiera tenido más valor, habría gritado algo heroico y habría mirado al mal a la cara, con los ojos bien abiertos; pero lo que me salió fue un gorjeo de fregadero atascado. Avancé con los ojos entrecerrados; solo veía lo justo para no tropezar con alguna garrafa. Me lancé. Bajé la escalera, llegué al pasillo. Me adentré en él convencido de que a un milímetro de la nuca tenía los tentáculos de los monstruos, con la lengua flotando en sus bocas desdentadas. Sin dejar de correr, le di un manotazo al segundo interruptor y aparecieron como un auténtico prodigio los peldaños de la escalera que subía al edificio F. Avancé hacia ellos emitiendo un sonido gutural. Llegué a la puerta, giré el pomo y empujé con tanta violencia que, si hubiera estado cerrada, me habría despachurrado como una paloma contra la ventana de un rascacielos. Por suerte, estaba abierta. Me precipité hacia el vestíbulo. Una señora estaba recogiendo su correspondencia. Se asustó. Dio un grito y los recibos y las cartas salieron volando por todas partes.

Le dije: Perdón, y salí al patio.

Mi padre seguía inclinado sobre la llave. Esforzándome por recobrar el aliento, me apoyé en la pared y lo llamé mientras me apretaba el bazo con la mano izquierda. No me oyó. Lo llamé de nuevo. Volvió el cuello sin enderezar la espalda. Tardó unos instantes en enfocarme con la mirada. Se pasó la lengua por los dientes.

Joder, dijo, deben de haber cambiado la cerradura.

Ven aquí, susurré.

...

Papá.

¿Qué quieres?

Ven aquí.

Tengo que mear.

Te acompaño.

¿A mear?

Conozco un sitio.

Yo también. Se llama váter. Tengo uno en casa.

Y siguió arañando la cerradura.

Me acerqué a él y lo cogí de la mano.

¿Qué quieres?, saltó. ¿Adónde me llevas?

Al bar de Beppe.

¿Beppe? Pero si Beppe está muerto, ¿no?

Maldita sea, pensé, tiene razón. Beppe, el dueño del bar donde mi padre había pasado la mayor parte de su vida, había muerto hacía poco.

Dije: No, te equivocas.

Si fui al entierro. Irguió la espalda y plantó bien los pies en el suelo. ¿Crees que no sé qué amigos míos están vivos y cuáles no?

El aliento le apestaba a alcohol y tabaco y tenía la mirada pantanosa que se le ponía siempre en esos casos. Me pregunté qué estaría ocurriendo en casa, cómo se las estaría arreglando. Yo tenía que llevarme a mi padre, evitar que el calvo lo viera en aquel estado.

Vamos, le dije, muévete.

¿Adónde vamos?

Ya te lo he dicho. Al bar de Beppe.

¿En serio que no está muerto?

Te lo juro. ¿Cómo voy a bromear con algo así?

Entonces ¿quién había dentro del ataúd?

Lo arrastré igual que se hace con los camellos, pero era un problema, porque no podía ir por la acera y dejar que todos me vieran con él; una señora de buen corazón podía fijarse en nosotros y llamar a la policía, o a los asistentes sociales, debido al prejuicio de que un niño de ocho años no está autorizado a ir por ahí con su padre borracho. En aquella época, ese era mi mayor temor: que alguna persona de buen corazón decidiera que no podíamos vivir con mi padre porque él, a ojos de esa persona, no era apto para ocuparse de nosotros. Asia y yo habíamos jurado que eso jamás sucedería. Nos lo prometimos besándonos los meñiques («que la peste a sobaco», etcétera). Nadie iba a separarnos. No era tanto porque Asia y yo no pudiéramos vivir sin nuestro padre, sino porque nuestro padre habría sido incapaz de vivir sin nosotros. ¿Quién se habría encargado de los recibos? ¿Quién habría hecho feliz a la viuda? ¿Quién le habría cantado *Anima fragile* después de una borrachera triste para que llorase y resurgiera? ¿Quién le habría seguido el juego cuando pedía dinero para medicamentos porque uno de nosotros era un enfermo terminal y nosotros teníamos que gemir como si estuviéramos

agonizando? ¿Quién le habría cocinado *ratatouille*, que era su revoltillo preferido? En definitiva, para el viejo golfo habría sido el fin. Nuestra madre ya se había largado. Asia y yo teníamos que quedarnos.

Como no podía dejar que me vieran llevando a mi padre borracho y con la lengua de trapo, lo guie por los patios y las callejuelas más solitarios. Sentía su mano en la mía, y el hecho de ir andando juntos por el barrio cuando el sol se ponía entre los edificios e iluminaba las finas nubes de polvo me hacía sentir fuerte, capaz de enfrentarme a todo, a cualquier peligro o monstruo hasta el fin de los tiempos. Al cabo de una hora lo llevé a casa. Ya no sabía adónde ir ni qué más hacer, y pensé que para entonces Asia habría conseguido librarse del calvo. No me equivoqué. Cuando entramos, estaba la mesa puesta y ella había encendido las velas que tanto le gustaban y que robaba en la iglesia. Olía a *ratatouille*. Durante la cena mi padre no hizo más que quejarse porque yo le había hecho creer que Beppe estaba vivo y eso no se hacía. Entre bocado y bocado se puso a recordar los tiempos en que sus amigos y él, cuando eran poco más que unos chiquillos, quedaban en el bar de Beppe para jugar a cartas con los viejos y hablaban de política y de mujeres. En aquella época, nos contaba, el bar de Beppe aún tenía clientes que con quince años habían sido miembros de la Resistencia o que con dieciocho habían participado en el Mayo del 68. Y allí era donde había conocido a nuestra madre, que trabajaba de camarera tres días a la semana.

Era preciosa, dijo mirando hacia arriba, como si en ese instante ella hubiera aparecido detrás de nosotros. Y Asia y yo nos volvimos.

Nos gustaba oírlo hablar de nuestra madre. De cuando le pidió que salieran juntos y la llevó a comer patatas fritas donde el guarro; de su perfume de pachulí, el único que usaba; del anillo que le habían comprado a una vieja bereber en Porta Palazzo, de plata de ley martillada a mano, con una inscripción que, según la bereber, bendeciría su amor por un millón de años; del tatuaje en forma de electrocardiograma que se habían hecho en el pecho y que en verano, cuando se tendían al sol hombro con hombro, iba del corazón del uno al corazón del otro. Lo único que jamás mencionaba era que nuestra madre se había ido. Hablaba de ella en presente. Siempre. Como si hubiera salido a comprar leche.

Volvamos al tema de Violetta. Esperé dos días antes de presentarme a la salida del instituto; consideraba que dos días era el tiempo ideal para no parecer un acosador y tampoco un desinteresado. Al final preferí no llamarla —no habría sabido qué decirle— y darle una sorpresa plantándome en la puerta del Gioberti. Como no sabía a qué hora salía, decidí no arriesgarme y a las diez ya estaba subido en un pivote de cemento, delante de la entrada, al otro lado de la calle; allí me quedé hasta que oí el timbre.

Violetta salió de las últimas, perdida entre la multitud de estudiantes y en medio de un grupo de compañeros; reían, hablaban. Recuerdo que hacía mucho frío, perfecto para invitarla a un tomar un chocolate en el Barzagli, el único lugar del mundo donde me fiaban; además, estaba seguro de que Marcello me haría quedar bien. Esperé junto a las motos, me metí las manos en los bolsillos e intenté adoptar una expresión de no pertenencia a la escena, como si estuviera allí por casualidad. Esperé a que fuera ella quien alzara la mirada y me viese. *Mírame. Mírame. Mírame.* Nada. La llamé cuando estaba a punto de perderla de vista. Sus amigas se dieron la vuelta, sincronizadas, y me estudiaron como se hace antes de cachear a alguien; sus compañeros me miraron como francotiradores. No sé por qué no me registraron o me colgaron de un árbol por los tobillos; quizá porque Violetta me sonrió, alegre y sorprendida. Dijo: Hola, ¿qué haces aquí?, y me los presentó a todos como si tal cosa. Por lo que decían, comprendí que les había hablado de mí. Me sentí orgulloso de haberme duchado antes de salir. También me había cortado las uñas y me había puesto la camiseta menos gastada que había en el armario.

O sea que tú eres el del cementerio, dijo una compañera.

Oye, se burló un chico con unas gafas de color naranja, ¿te parece serio llamarlo «el del cementerio»?

Dije: Creo que podríamos sustituirlo por «el del Monumental», suena mejor.

El de las gafas de color naranja recogió la mochila del suelo: Oh, ha llegado mi madre, tengo que irme.

Acuérdate del dinero, gritó Violetta mientras se alejaba.

Él levantó una mano con el pulgar hacia arriba.

Mientras sus compañeros desaparecían tragados por los portales o los

coches de sus padres, Violetta dijo que iba a acompañar a su amiga Leia — como la princesa— a cambiar un traje de patinadora. Respondí que, si no les molestaba, yo también quería ir; siempre había sentido curiosidad por la ropa de patinaje artístico. Durante el trayecto hablamos de los hijos de David Beckham, de una patinadora a la que yo nunca había oído nombrar y de la distancia entre los planetas y el Sol, que en orden, del que está más cerca al que está más lejos, son Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno (esto lo dijo la princesa Leia). También hablamos del hecho de que Plutón, en realidad, no es un planeta, sino un planeta enano. Entramos en una tienda minúscula de artículos de deporte, cambiamos el traje de patinadora, que de azul claro S pasó a azul oscuro M, fuimos a una librería situada en los soportales a preguntar si había llegado un libro que había encargado el padre de Violetta y, a la altura de los Murazzi, en la orilla del Po, nos despedimos de Leia. La princesa se puso los auriculares y Violetta y yo la vimos alejarse con la cabeza inclinada mientras seleccionaba música en el móvil. Hacía buen día, con un cielo despejado y luminoso, y el viento bajaba de las montañas con olor a nieve. Me habría quedado allí para siempre, con Violetta a mi lado, las colinas delante y el borboteo del río en los oídos; pero tenía los pies helados debido a las zapatillas de deporte, las mismas que llevaba en verano, las que llevo en todas las estaciones, y Violetta tenía las mejillas rojas y la nariz húmeda. Así es que cuando ella se ciñó la bufanda a la garganta, aproveché para proponer el chocolate.

¿Dónde está el Barzagli?

En la avenida Racconigi.

¿Y cómo llegamos?

Pues... desde aquí con un par de autobuses.

Violetta apretó los labios para concentrarse, miró a su alrededor y dijo:

Oye, ¿por qué no vamos a mi casa? Está aquí detrás, y señaló la Gran Madre. Cinco minutos y el chocolate te lo hago yo.

¿Artesanal y hecho en casa?

Artesanal y hecho en casa. Receta de mi abuela.

¿La florista?

Te haré chocolate con gladiolos. Me cogió del brazo: ¿Lo has probado alguna vez con gladiolos? Sentí su cuerpo contra el mío por primera vez y

pensé que la felicidad consistía en ese tipo de cosas, en que te cogiera del brazo la persona a la que amabas. Cruzamos el puente. El Po iba lleno por las lluvias de los últimos días y el agua transportaba ramas y hojas; la naturaleza seguía su cauce.

La casa de Violetta tenía seis estancias: una cocina de verdad, que solamente era cocina; una sala con el techo alto, donde tenían un televisor, un equipo de música y un piano vertical; el despacho que utilizaban sus padres (ella era radióloga y él arquitecto) y tres dormitorios: el de los padres, el de Violetta y el de sus hermanos, ambos chicos y ambos en el extranjero en aquel momento. Había un balcón cubierto donde se podía comer. Dos cuartos de baño. En la sala, colgados en las paredes, vi carteles originales de conciertos de rock de los años setenta y ochenta: Jimi Hendrix, Area, Pink Floyd.

¿Chocolate sin leche?, gritó Violetta desde la cocina.

Sí, respondí. Me dirigí hacia ella rozando la pared irregular del pasillo con la punta de los dedos. ¿Tus padres estuvieron en esos conciertos? ¿En serio?

Sí.

Los azulejos de la cocina eran blancos, las ollas estaban relucientes. Había repisas llenas de tarros de especias y semillas con las etiquetas escritas a mano y bolsas de frutos secos.

¿Tú qué sueles escuchar?

Depende, contestó Violetta. Muchas cosas.

¿De qué depende?

De cómo me siento. Por ejemplo, si estoy melancólica, escucho a Björk. O a Sigur Rós. Cuando hace mucho calor, me gusta la música sudamericana. Mi madre tiene todos los discos en los que aparece Caetano Veloso aunque solo sea veinte segundos tocando el kazoo. Si estoy en una fase nocturna aventurera...

¿Nocturna aventurera?

Sí, cuando tengo ganas de subirme en un coche, de madrugada, correr por la carretera principal y dejar atrás las luces de las casas, las farolas de los aparcamientos de las fábricas, las salidas y los rótulos. Sin saber adónde voy. Pues mira, cuando me siento así, suelo escuchar a grupos como Mumford.

No sabía quiénes eran y ella se dio cuenta.

Mumford & Sons. *The Cave*. No puede ser que nunca hayas oído *The Cave*. Los descubrí gracias a mi hermano. Luego también hay momentos para Justin Timberlake. O Daft Punk. ¿Y tú?

¿Yo? Yo no entiendo tanto de música. A mi padre le gustan los cantautores italianos. Los escuchaba con él cuando era pequeño. Tenía un CD, pero luego no lo vi más por casa. Me refiero al CD. No sé dónde acabó. Suelo escuchar la radio. Lo que ponen.

Uf. Violetta hizo una mueca y se llevó una mano al corazón.

¿No te parece bien?

Es que en la radio ponen cosas que le gustan a todo el mundo.

¿Y qué pasa?

Pasa que es una programación muy plana. Grandes éxitos del verano y cosas por el estilo.

No en todas las radios, protesté.

Dime una. ¿Qué radio escuchas?

No lo sé.

¿No sabes qué radio escuchas?

Es que... la que hay en casa tiene vida propia. Escucho lo que decide ella.

Violetta apagó el fuego del chocolate, le echó canela y removió con las varillas. Llenó dos tazas hasta el borde y desmenuzó una galleta por encima. No salpicó nada, lo que me dejó impresionado. Puso las tazas en una bandeja y me indicó con un gesto que la siguiera.

Dije: Tengo que presentarte a mi hermana.

¿Tienes una hermana?

Asia. A ella también le gusta cocinar.

Violetta se echó a reír.

Bueno, no es que me guste cocinar. Qué va. Es que soy golosa. Me pongo a los fogones si hay chocolate de por medio. Nada más.

Me guio hasta su habitación. Empujó la puerta con el trasero. Las paredes eran azules y sobrias, sin pósteres, pegatinas ni garabatos; solo un cuadro enorme sobre la cama, un cuadro de verdad, que alguien había hecho a mano. Libros en las estanterías, más de los que yo había visto nunca. Más de los que había visto en el despacho del padre Lino una vez que entré. Fotos de familia. Fotos de remo. Delante de la ventana, de una anilla en el techo colgaba una

cuerda con pequeños objetos de cristal que emitían destellos de luz. Dejó la bandeja en la mesilla de noche y cogimos una taza cada uno. Yo me senté en un puf en forma de pera y ella, en la cama.

Háblame más de tu familia, dijo antes de beber. Por ahora lo único que sé es que tenías una tía que le dejó su herencia a una secta religiosa y que tienes una hermana con un nombre precioso a la que le gusta cocinar.

¿Te gusta «Asia»?

Muchísimo. Me gusta Asia en general. Me gustaría ir a Camboya.

¿Por qué a Camboya?

Hay un templo. El edificio religioso más grande del mundo. Se llama Angkor Wat. Nos habló de él un arqueólogo que vino al instituto. Un lugar increíble. ¿Quieres que te lo enseñe?

Sí.

Buscó en el móvil y me lo tendió. En la pantalla vi la foto de un bosque con una ciudadela en el centro rodeada de agua. Violetta me dijo que fuera pasando las fotos y aparecieron imágenes de árboles dentro de los templos, y de monos, ruinas y estatuas. Exclamé uau y era un uau sincero.

Es un lugar realmente increíble, dije asintiendo. Le devolví el móvil. Pues a mí me gustaría ir a Venezuela, a ver las tormentas de relámpagos en la cuenca del río Catatumbo.

¿Tormentas de relámpagos?

Sí. Es algo que solo ocurre allí. Lo vi en la televisión.

Debe de ser espantoso.

Bastante, dije. Miré hacia el cuadro, detrás de Violetta. Era abstracto, pero se reconocían los contornos de una metrópolis. Rascacielos e iglesias. Y quizá, en el cielo, unos dirigibles. En algunos puntos, el color había formado grumos de un dedo de grosor.

¿Tu hermana es mayor o menor que tú?, me preguntó Violetta.

Mayor. Cinco años más.

Yo tengo dos hermanos. Michele tiene tres más que yo y está pasando seis meses en los Estados Unidos. Lo han enviado a un pueblecito de Texas donde creo que solo viven él, la familia con la que se aloja y unos miles de vacas. El año que viene yo también quiero pasar seis meses en el extranjero. Mi otro hermano se llama Edo, tiene veinte y estudia Filología en Berlín.

¿Eso son dirigibles?

Violetta torció el cuello para mirar el cuadro.

Sí. Y debajo, esa niña que parece que tiene el ébola soy yo.

¿Quién lo pintó?

Mi tío.

A mí también me gusta dibujar.

¿Qué dibujas?

Lo que se me ocurre. Cosas cotidianas. Cuando era pequeño, dibujaba monstruos.

Oímos abrirse la puerta principal y un ruido de llaves. Una voz llamó a Violetta. Ella se puso de pie de un salto y yo la seguí por el pasillo. En la entrada había una mujer con su mismo pelo rojo, pero más corto. Era alta y llevaba un abrigo negro con enormes flores amarillas. Nos vio y sonrió. La sonrisa también era similar a la de Violetta.

Mamá, este es Ercole. Ercole, esta es mi madre.

Ercole, repitió ella, seria, y me dio la mano: soy Enrica.

Encantado, dije.

Violetta, dentro de tres minutos tenemos que estar en el coche.

¿Adónde vamos?

Al dentista.

¡Oh! La expresión de Violetta era de sufrimiento. Se me había olvidado.

A mí también, dijo su madre. Por eso llegamos tarde.

Dije: Bueno, yo me voy.

Lo siento, se disculpó Violetta.

¿Nos vemos?

¿Cuándo? ¿Seguirás apareciendo por arte de magia o se nos ocurrirá una manera de comunicarnos?

¿Qué haces mañana por la tarde?

Tengo remo.

¿A qué hora?

A las cinco.

Iré a verte.

No sabes dónde.

En el río.

Ella rio: Bueno, sí, aunque eso es un poco general, ¿no?
No te preocupes. Te encontraré.
Llárame después de comer y te lo explico.
Puede. Si no te llamo, no te preocupes. Gracias por el chocolate.

En el trayecto de regreso a Cenisia me equivoqué de parada dos veces. No tenía ganas de volver a casa, y me fui a las canchas de la calle Braccini a ver cómo jugaban al baloncesto. Me sentía ligero. Difuminado. Tenía en la cabeza una aurora boreal, y en el estómago, un chapuzón en la piscina. Cuando regresé, ya anochecía; antes incluso de cerrar la puerta le anuncié a Asia que había llegado el momento: necesitaba un móvil. Ella asintió, pero, por su forma de mover la barbilla, comprendí que no me escuchaba; estaba apoyada en el fregadero y miraba por la ventana. Tenía dos dedos en los labios, como si sujetara un cigarrillo, pero sin cigarrillo. Inclino la cabeza para masajearse el cuello y dijo:

Ercole, y suspiró, tengo que decirte una cosa.

Habló con su tono bajo de siempre, la mirada seria. Aparté una silla y me senté. Ella se quedó de pie.

Me puse las manos entre los muslos, en posición de rezar:

Adelante.

Dijo: Quería decirte que... Entonces hubo una pausa en la que se introdujo un viento frío. Quería decirte que creo que... bueno, que he decidido irme a vivir con Andrea.

La miré sin entenderla. La frase se hundió como una bomba de profundidad, de esas que antes de explotar le dejan tiempo al mar para que se cierre.

¿A qué te refieres?, dije.

Me refiero a que me ha pedido que me mude a su casa.

¿A su casa?

Sí. A su casa.

¿Y tú?

Y yo cuando me lo ha pedido primero le he dicho que no, que no podía, que estabais papá y tú. Pero luego lo he pensado bien y me he dado cuenta de que quería hacerlo. Andrea me gusta. Estoy bien con él. Y quiero que intentemos

vivir juntos.

¿Y yo?

Asia se frotó los dedos de la mano derecha, como si hubiera tocado algo pegajoso. Esperé a que hablara.

Tendremos que organizarnos, dijo.

¿Cómo?

Podemos hacer que todo siga más o menos como siempre.

¿Más o menos? ¿Qué significa «más o menos»?

Significa...

¿Vas a dejarnos?

No, Ercole, no voy a dejaros.

No puedo creer que vayas a dejarnos.

He dicho que no voy a dejaros.

Me tapé la boca con la mano; estaba hundido.

Asia se apartó del fregadero y se sentó frente a mí.

Andrea vive a diez minutos, dijo. Solo se trata de dormir en otro sitio. Tendrás todo el armario para ti, toda la habitación. Y si no estoy en casa, estaré en el trabajo, y allí puedes ir a comer o a cenar siempre que quieras. Podremos vernos en cualquier momento y seguiré ocupándome de la casa, como siempre; me encargaré de los recibos y todo lo demás, no cambiará nada.

Dije: Lo prometiste. Que estaríamos juntos. Siempre. Nosotros tres.

La última vez que recuerdo haber hecho esa promesa, Ercole, tú tenías siete años y yo doce.

¿Y qué tiene que ver?

Tiene que ver con que las personas crecemos...

Yo aún no he crecido. Tengo catorce años.

A los catorce yo llevaba tres años ocupándome de esta casa.

Grité: ¡Por eso!

¿Por eso... qué?, gritó Asia. Levantó las manos a la altura del pecho, con las palmas hacia mí: Para, para, para. Respiró hondo. Sabía que no te haría feliz. Aunque, como yo sí lo soy, a pesar de que me sienta culpable, me gustaría que al menos lo intentaras. Me gustaría que intentaras alegrarte por mí. ¿Está claro? Mira, Ercole, estoy cansada. Cansada de ocuparme de esta

casa como si la hubiera construido yo, aunque al mismo tiempo me quiero ocupar de esta casa. Y de ti. Y de papá. Quiero seguir a vuestro lado porque vosotros, joder..., sois vosotros. Y como estoy cansada de hacer lo que quiero seguir haciendo, pues tengo que encontrar un equilibrio. ¿Lo entiendes? Y, para mí, irme a vivir con Andrea es una buena manera de buscarle una solución al problema. Será como si no me hubiera ido, te lo prometo. Solo será como si durmiese fuera. Para lo demás estaré. Como siempre.

No es lo mismo.

Señaló la puerta:

Ercole... Ercole, has entrado diciendo que querías un móvil. Muy bien, lo compraremos. Así podrás hablar conmigo aún más rápido y más a menudo que antes, y apareceré por arte de magia cada vez que me necesites.

A la mierda el móvil. Provoca tumor cerebral.

Ercole...

El caso es que, pensándolo ahora, yo sabía que Asia tenía razón, pero era incapaz de decírselo. No podía. A pesar de que en aquel momento, si hubiera tenido la oportunidad, yo también me habría ido a vivir con Violetta sin dudarlo; y sin embargo no aceptaba que mi hermana me dejara —que pudiese dejarme— para irse a casa de Andrea. Estaba celoso. Celoso porque ella podía hacerlo y yo no. Porque mis deseos no eran más que los deseos de un chiquillo. Y a saber cuánto tardaría en verlos convertidos en realidad. Y eso no era todo. Había algo más. La sensación de que algo estaba terminando, una manera de estar juntos. Nuestra vida estaba cambiando y, cuando dejas atrás la vida vieja por la nueva, siempre hay alguien que va en contra de ti, o como mínimo lo intenta. Así es que me levanté y, jadeando como si hubiera echado una carrera, dije:

No me lo puedo creer...

Asia me miraba sentada, tan compuesta como si estuviera en una entrevista de trabajo.

Nos dejas solos.

Ya te he dicho que no os dejo solos, Ercole. Vendré todos los días. No nos cruzaremos en ropa interior por las mañanas, pero por lo demás no cambiará nada; os seguiré poniendo las lavadoras y...

Sé ponerlas solo.

Perfecto. Una cosa menos.

Dije: Vete. Y entonces explotó la bomba de profundidad. Vete, dije. Si quieres irte, te vas. Yo me ocuparé de papá. Asia se levantó y dio la vuelta a la mesa, quizá para abrazarme, para tocarme, pero yo me puse de pie y coloqué la silla entre los dos: No necesitamos una cuidadora. Nos las arreglaremos. Se me hinchó el pecho, como si respirara mucho aire y muy deprisa, y dilaté en mi mente la palabra «traición» hasta otorgarle un valor épico. Dije: Las promesas de todos estos años. Que nada nos separaría. Gilipolleces. Asia intentó apartar la silla y yo se lo impedí. Grité: ¡Tengo catorce años, joder! Y no sé por qué me dio por decir lo de los catorce años, como si el dato sirviera para ver la cuestión bajo una luz distinta. Las lágrimas me llenaron los ojos, me empañaron la vista y al final cayeron.

Solo ahora, cuando esa historia ya ha quedado atrás, después de haber tenido tiempo para pensar en ello, comprendo que Asia no era una especie de caballero Jedi, siempre a mi lado, invencible, indestructible. Era yo quien la veía así. Yo quería que ella fuera así. Porque no podía aceptar o imaginar que fuese distinta; no podía pensar que ella no era lo que yo necesitaba: el espigón que impediría que mi vida se desbordase. En realidad, Asia, con sus labios como un corte en el mármol, con su llamita de vela en los ojos, era fuerte, sí, pero no indestructible. Estaba unida a mí, pero no era yo. No era el único que veía monstruos en las paredes. Nunca supe cuáles eran los suyos, ni en qué antro se ocultaban, pero existían, claro que existían. Solo que ella aprisionaba el miedo, lo encerraba en habitaciones oscuras con puertas que daban a habitaciones oscuras que llevaban a otras habitaciones oscuras en lugares secretos y oscuros de su mente. Un año, por Navidad, me regaló una matrioska que había comprado en un puesto callejero. La vendedora era rusa de verdad, me dijo. Y la vendedora rusa le contó que la muñeca más pequeña se llamaba «semilla», quizá porque era común a todas, y que la mayor se llamaba «madre».

Las madres contienen. Lo contienen todo. Los hermanos y las hermanas acompañan.

Siempre he odiado llorar. Y me odio cuando lloro. Parezco la caída de un dique. Me sequé con la manga de la cazadora, que aún no me había quitado, le pegué una patada a la silla y salí dando un portazo con todas mis fuerzas. Bajé la escalera deprisa para impedir que me llegara la voz de Asia. La ciudad era ruido y velocidad y todo me molestaba. Me habría gustado saltar sobre el capó de un coche y hacerlo explotar; golpear con el hombro un edificio y romper en mil pedazos las ventanas; buscar pelea con alguien y patearlo a fondo. Me habría gustado ser esa clase de persona. Pero yo no soy así. Soy el típico que lo primero que hace es sentirse culpable, que se considera responsable si las cosas han ido mal. El típico que pasa por tu lado con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el asfalto. La salpicadura de agua que se seca al instante.

Me senté en un banco. Delante de mí, una anciana apoyada en su bastón andaba con una lentitud infinita. Parecía que cada paso le costara un gran esfuerzo. Me vio y, sin dejar de caminar, se volvió un poco para sonreírme e inclinar levemente la cabeza. Yo debía de tener la cara hecha un cuadro: pringada de lágrimas y con los ojos enrojecidos. Tragué saliva y le devolví la sonrisa.

Oscureció. Se encendieron las farolas. Lo mejor que podía hacer era volver atrás, pedirle perdón a Asia por mi reacción y decirle que tenía razón, que todo iba bien..., que todo iría bien. Pero no acababa de decidirme. Eché a andar. Todavía flotaba en el aire el olor a nieve que había notado por la tarde con Violetta en los Murazzi. Tras los escaparates de los establecimientos vi a gente que se probaba ropa o que pedía una pizza. Del techo de una agencia de viajes colgaba un globo y una chica con unas gafas de color melocotón le enseñaba el catálogo de un operador turístico a una pareja de la edad de mis padres mientras él, pelo canoso y camisa azul, jugaba con la pulsera de ella haciéndola girar alrededor de la muñeca. Me encogí dentro de la cazadora y pensé que me habría venido muy bien una bufanda. Sin darme cuenta, llegué a Porta Susa, y de allí hasta la plaza Statuto; seguí por la calle Garibaldi hasta el centro, crucé el puente, dejé atrás la Gran Madre y acabé en la puerta de la casa de Violetta.

Traté de reconstruir cuál sería la ventana de su cuarto y me senté en el suelo, en la acera de enfrente. La luz estaba apagada. Me pareció ver

encendida la de la sala. De alguna parte llegaba el sonido de un piano. No sé cuánto tiempo me quedé allí. Era una calle lateral. No pasaba nadie. Al igual que en la puerta del instituto, esperé a que ella sintiera mi presencia. Se asomaría a la ventana y me vería. Bajaría, nos besaríamos; luego me invitaría a subir a escondidas y me metería en su cuarto. Hablaríamos abrazados un buen rato, después extendería una manta al lado de la cama y cogería un saco de dormir viejo: Duerme ahí. Buenas noches. Buenas noches. Más tarde yo me deslizaría a su lado bajo las mantas y ella no diría nada; la abrazaría y aplastaría la nariz contra su pelo; sentiría su barriga y la curva de los pechos; me apartaría para evitar empujarla con mi erección y ahogaría la vergüenza con una carcajada; ella se daría cuenta y se reiría conmigo. No haríamos el amor. Todavía no. Aunque sí pronto.

La ventana de la habitación de Violetta se iluminó. Luego se apagó. Pasó un coche por la calle; iba despacio, buscaba aparcamiento. Pasó de largo y torció a la izquierda.

Mírame. Mírame. Mírame.

Cuando abrí los ojos, no sabía qué hora era. Me había quedado dormido. Estaba congelándome. Vi las luces del edificio apagadas. Me levanté, entumecido, me desperecé y volví hacia la plaza Vittorio. Pocos coches y pocos transeúntes por las calles. La ciudad era un animal aletargado y yo percibía su respiración, sus movimientos entre sueños. Ya no estaba enfadado; no sabía ponerle un nombre a lo que sentía...; tal vez nada. Un gato cruzó la calle, se detuvo entre los dos carriles y me miró; parecía cansado. Yo llevaba una zapatilla desabrochada; me agaché a atármela y, cuando volví a mirar hacia arriba, el gato ya no estaba. Me dirigí a casa por inercia. Metí las llaves en la cerradura con mucho cuidado para no hacer ruido. La luz débil de la lámpara se filtraba por la rendija de la puerta. Asia estaba sentada a la mesa con la espalda recta y las manos sobre el mantel, jugueteando con las migas de pan. Me miró. Cerré la puerta.

¿Y papá?

Asia se encogió de hombros.

Dije: Hace un frío que no veas.

¿Un té?

Asentí. El reloj de la repisa decía que casi eran las tres.

Asia puso agua a hervir y se quedó de pie observándola. Luego cogió un cigarrillo de la repisa y lo encendió.

¿Desde cuándo fumas?

Ella se rodeó la cintura con el brazo, apoyó el codo y mantuvo el cigarrillo en alto, entre dos dedos. Expulsó una pequeña nube:

El descanso en el trabajo. Todos fuman.

El trabajo es malo.

Sonrió, se notaba que se caía de sueño. Esperó a que el agua hirviera, cortó una rodaja de limón y la echó en el agua, como a mí me gusta. Puso la bolsita de la infusión y, cuando el té ya estaba listo, lo sirvió en una taza y le echó la cantidad exacta de azúcar. Dejó la taza en la mesa y se sentó. La cogí entre ambas manos; el calor se irradió de las palmas al resto del cuerpo.

Gracias, dije.

Lo siento.

Me encogí de hombros.

No estaré aquí como antes, tienes razón.

Sí.

Pero estaré de una manera distinta.

Negué con la cabeza: No tienes por qué justificarte.

No me estoy justificando. Solo quiero explicártelo.

Esperaba que yo dijera está bien, explícamelo, pero estaba muy cansado. Levanté los ojos de la taza y dije:

Ya me lo explicarás. Ahora no.

Como quieras.

¿Se lo has dicho a papá?

Sí.

¿Y?

Ha dicho que se alegraba por mí, pero que no podía ayudarme y que tendría que arreglármelas sola. La punta del cigarrillo brilló en la penumbra, Asia lo apagó en el cenicero:

Me voy a dormir.

Al día siguiente empezaría a llevarse sus cosas. Abrió la ventana para airear y la noche se deslizó en el interior, como si hubiera estado escuchándonos

todo el rato a hurtadillas ahí fuera. Se dirigió a la habitación y, en cuanto me dio la espalda, sentí el impulso de levantarme e ir corriendo a abrazarla. Pero me quedé sentado. Esperando a que alguien me dijera qué debía hacer.

¡Vamos, vamos, vamos! Mi padre entró como una exhalación, silbando un villancico, aunque estábamos en febrero. Despierta, necesito ayuda.

Abrí los ojos y me los froté con los nudillos:

¿Qué hora es?

Por la ventana entraba una luz estival y por un momento me pregunté si todo habría sido un sueño: Violetta, el invierno, Asia. Entonces mi padre subió la persiana y no, solo era uno de esos días que dicen que el frío no puede durar para siempre y sin más, al cabo de nada, empieza a nevar. A esas horas tendría que haber estado en el instituto. Asia se había ido sin despertarme. Con una parte del cerebro intenté recordar las clases de aquel día para saber si me había perdido un examen o algo, mientras que con la otra pensé: A la mierda. Me tapé la cabeza con la almohada para amortiguar el sonido de fondo de la realidad.

¡Vamos!

¿Qué quieres?, murmuré.

Tienes que venir conmigo.

¿A hacer qué?

A vaciar un sótano.

Me incorporé sobre un codo, con el ceño fruncido:

¿Es una broma?

No.

¿Qué sótano?

El de un cliente.

Tú no tienes clientes.

Un viejo cliente de Beppe.

Beppe está muerto.

De cuando estaba vivo. Y para ya. ¿Por qué haces tantas preguntas?

...

Levántate de una vez. Me apartó las mantas.

¿Adónde vamos?

Luego te lo digo.

Tengo que ducharme.

Ya te ducharás cuando volvamos. Total, ahora vas a sudar y te ensuciarás.

Necesito una ducha, papá. Lo digo en serio.

Uf, siempre dando por saco. Anda, dúchate. Pero de prisa.

Dejé que el agua se lo llevara todo. Me enjaboné el pelo y me rasqué el cuero cabelludo como si estuviera lavándome las ideas. Cuando salí a la calle, al aire cortante de febrero, me sentía mejor. Y la historia del sótano era cierta. No sé quién era el cliente, pero le había pedido realmente a mi padre que se lo vaciara, que tirase lo inútil y lo irrecuperable, que vendiera todo lo posible y guardase lo que pudiera servir. Era un sótano enorme y polvoriento, iluminado por un ventanuco cubierto de roña y una bombilla que difundía hacia el exterior unos círculos de luz concéntricos y amarillentos cada vez menos intensos. Por si fuera poco, nos separaban del aparcamiento, es decir, de la furgoneta que alguien del mercado le había prestado a mi padre, dos tramos de escaleras estrechas y resbaladizas. Yo me desanimé al instante, pero mi padre chasqueó los dedos, se remangó por encima de los codos y dijo:

Vamos a por todas, como si fuéramos a saquear Babilonia.

Entre muebles desvencijados, bolsas de ropa y cajas de piezas de recambio para máquinas de coser, de pronto encontré una bicicleta. De esas viejas y negras, oxidada y cubierta de polvo y telarañas, con las palancas de cambio en el tubo oblicuo (tres marchas). Exceptuando una tarde de hacía cuatro años, cuando durante una hora creí haber entrado en posesión de la bicicleta más bonita que había visto en mi vida, nunca había tenido una bici mía. Por eso decidí quedármela y arreglarla. Mi padre y yo trabajamos duro hasta media tarde; solo paramos media hora a comer unos bocadillos de salchichón y queso comprados en el supermercado. Luego fuimos al mercado del Triciclo a tirar lo que habíamos catalogado como basura y a Porta Palazzo a vender unos plafones de color salmón que aún valían algo.

Al final estaba sudado y sucio, como había dicho mi padre. Él también. Habíamos sudado y nos habíamos ensuciado, y me sentía bien. Pensé que tal vez nos las arreglaríamos los dos solos; si era necesario, podía dejar de estudiar y abrir con él una empresa de esas que vacían sótanos y desvanes.

Había oído decir que a veces se encuentran tesoros: cuadros de pintores famosos o porcelanas.

En el camino hacia casa, cuando estábamos parados en un semáforo, dije:
O sea que Asia nos deja.

Mi padre encendió un cigarrillo, bajó un dedo la ventanilla y expulsó el humo por la rendija.

Los hijos se hacen mayores, dijo.

Creo que tengo novia.

Me miró de reojo: ¿Novia?

Sí.

¿Quién es?

Una chica.

¿Tiene nombre?

Violetta.

Violetta, repitió, deslizándose el nombre por el paladar. Se rascó la cabeza:
¿Es guapa?

Sí.

Asintió, achicó los ojos como si quisiera mirar lejos.

¿Puedo preguntarte una cosa?

Mi padre movió la mano para decir «adelante».

¿Por qué se fue mamá?

...

...

No era feliz.

¿Por nuestra culpa?

Nooo... Echó el humo por la nariz: A veces ser infeliz solo es una costumbre. Otras veces es una enfermedad.

¿Y tú lo sabías?

¿El qué?

Que se iría.

No era la primera vez.

¿Ya se había ido?

Antes de que tú nacieras.

¿En serio?

Mi padre ralentizó para entrar en un aparcamiento, pero un vehículo ocupaba la entrada. Se detuvo, puso los cuatro intermitentes y tocó dos veces el claxon.

¿Y sabes adónde fue?

Mi padre bajó la ventanilla, tiró la colilla, se quitó el cinturón de seguridad para poder moverse y asomó la cabeza.

Eh, gritó en dirección a tres hombres sentados en la terraza de un bar, ¿saben de quién es? Ellos negaron con la cabeza. Mi padre murmuró: Capullos. Abrió la puerta, sacó un pie y apretó otra vez el claxon. Dos toques más largos que los anteriores.

Pensé que nunca se lo había preguntado. Jamás le había hecho aquella pregunta. Al menos no así. Mi madre se había ido y nunca había dado señales de vida. Punto. Siempre había dado por descontado que si mi padre hubiera sabido algo nos lo habría dicho, y que si no decía nada, era porque no había nada que decir.

Una señora salió corriendo de la panadería de la esquina apretando contra el pecho una bolsa de papel marrón de la que sobresalían unos colines. Llevaba tacones e iba casi de puntillas por la acera, como si estuviera llena de cucarachas. Agitó el brazo para decir: Ya voy, perdone, ahora salgo. Mi padre gruñó. Subió al coche. Lo miré esperando una respuesta, pero él estaba concentrado en la parte de atrás para dejar que la mujer se quitara de en medio. Dejó la furgoneta entre dos motos, al fondo del aparcamiento, delante de una jaula metálica. Descargamos la bici que había decidido quedarme y dos bolsas llenas de baratijas, unos cuantos relojes y móviles viejos que él sabía a quien colocarle.

Dijo: Vete a casa, yo me desharé de esto.

Ahora tengo en la habitación un cuadro con una frase de *Alicia en el País de las Maravillas*. Alicia le pregunta al Conejo Blanco: ¿Cuánto tiempo es para siempre? Y el Conejo Blanco responde: A veces solo un segundo. Algunas noches me tumbo, con las manos en la nuca, y la miro hasta que se me cierran los ojos. Es una frase bonita, aunque no tengo ni idea de qué significa. ¿Que un segundo puede ser eterno o que no hay que confiar en las promesas?

Una semana después del traslado, Asia y Andrea me invitaron a cenar. Dijeron que no era una invitación y que su casa era mi casa; que podía ir a verlos cuando quisiera y que la puerta siempre estaría abierta. Quien más insistió en esto a lo largo de la noche fue Andrea. Se notaba que no lo decía tanto por mí como por Asia, pero aun así me gustó. Me tranquilizó verla con un hombre que dejaba a un lado sus intereses por los de ella. El piso era pequeño, la cama estaba en un altillo y el desorden que reinaba por todas partes era agradable. Al entrar noté el olor a pachulí; el aroma procedía de las velas que había en la mesa. Hacía tiempo que Asia no las robaba en la iglesia y que se las compraba a los indios. Lo pasamos bien. Escuchamos música en un aparato y parecía que estuviésemos en un concierto. Eran grupos que yo no conocía, pero pensé que podría hablar de ellos con Violetta. Andrea intentó explicarme cómo se juega al rugby y cuando volví a casa sentía un fuerte hormigueo en los pies.

Tomé por costumbre ir a recoger a Violetta al instituto los martes y los viernes. Al final no me compré el móvil; no sé por qué. Al principio creo que lo hice para que Asia me echara de menos y se viera obligada a pasar por casa para hablar conmigo. Luego porque, entre los amigos de Violetta, yo era el que no tenía móvil y todos querían saber si se debía a un motivo religioso, como pasa con los testigos de Jehová, que no pueden donar sangre, y me preguntaban qué hacía en mi tiempo libre. Yo les decía que me gustaba pasear por la ciudad en bici y en autobús —podían pasar cosas interesantes, como enamorarse— o jugar al baloncesto solo. En definitiva, no tener móvil me daba un aura romántica que de otro modo no habría sido capaz de cultivar. Además, no poder contactar con Violetta continuamente, verme obligado a esperar a verla en persona, llenaba la espera de deseo —y el encuentro de importancia—. Los relatos sobre mi familia sorprendían a Violetta, y me di cuenta de que, cuando somos niños, nos acostumbramos con tanta facilidad a nuestras condiciones de vida que llegamos a considerarlas normales.

Nos besamos por primera vez después de compartir un kebab; recuerdo el sabor a cebolla y a salsa de yogur. Monté los estribos en la rueda trasera de la bici y empezamos a recorrer la ciudad; ella de pie, con las manos en mis

hombros. Le echábamos carreras al río, perseguíamos la niebla y gritábamos como si las voces dejaran una línea, como pasa de noche con las luces de los coches. Vimos un contenedor en llamas. Nos tumbamos sobre una manta en la hierba del parque Michelotti a leer un libro (y pensar que yo nunca leía libros). Lo teníamos abierto encima de la manta y, cuando uno terminaba la página de la derecha, esperaba a que el otro llegara al mismo punto antes de pasarla. Ella solía acabar antes; yo soy un poco lento leyendo. Era *Reencuentro*, de Uhlman. Violetta tenía que leerlo para el instituto.

Las pocas veces que había intentado leer los libros que nos mandaban los profesores, al principio siempre me costaba entrar en la historia y a las pocas páginas, a veces después de pocos párrafos o pocas líneas, las palabras empezaban a desvanecerse en el trayecto ojos-cerebro. Leía, pero nada de lo que leía se transformaba en imágenes; seguía deslizando la mirada por el papel y me daba cuenta de que estaba distraído y no recordaba una sola palabra de lo que había leído. En cambio, con *Reencuentro* no me pasó eso. Tal vez fuera mérito del escritor, y también de la brevedad del texto; el caso es que por primera vez había encontrado una voz en la que me reconocía. Sin duda, yo era Hans Schwarz, con su ropa gastada y los dedos manchados de tinta, y Violetta era Konradin von Hohenfels, mi Konradin von Hohenfels. Los intentos de Hans por impresionar a Konradin, el miedo que tiene a enseñarle su casa y la vergüenza que le causa su padre, así como la naturalidad con que Konradin ofrece su amistad a un compañero tan diferente —«¿Quién era yo para tener la osadía de dirigirle la palabra? ¿Qué podía tener en común conmigo Konradin von Hohenfels?»—, eran sensaciones con las que me identificaba como nunca me había ocurrido con otros libros. Tomaba aquellas sensaciones. Las transformaba. Las usaba.

Y podía hablar de ellas con Violetta.

Ella dijo: Solo te faltaba dar con el libro adecuado.

Lo cierto es que todo iba bien entre nosotros. Muy bien. Quizá por eso un día estuve a punto de estropear lo nuestro; no estaba acostumbrado a que las cosas fueran tan bien. Nunca me había sucedido. No hacía más que preguntarme cómo era posible. Cómo podía haber visto a la chica de mis sueños por la ventanilla de un autobús, cómo había tenido valor para ir a comprar flores —sí, flores— y tener así la oportunidad de conocerla y cómo

ella había acabado siendo mía. Ella, que tenía tantos amigos que no sabía dónde meterlos, no como yo, que según Violetta soy una especie de panda rojo, un pequeño mamífero solitario que vive en el Himalaya y cuyos parientes más cercanos son los mapaches, las mofetas y las comadrejas. Ella tenía compañeros que sabían quién era Caetano Veloso, hacía remo con chicos que participaban en competencias internacionales en Letonia. Y yo la única vez que dije algo que ella no sabía fue cuando hablé de las tormentas de relámpagos en la cuenca del río Catatumbo, y eso fue al principio; desde entonces, el vacío. Pero a ella le daba igual; parecía que, a pesar a todo, yo le gustaba y punto. Aun así, de vez en cuando me entraban crisis e imaginaba que nuestra historia no duraría; que ella acabaría desapareciendo de mi vida; que al año siguiente se iría a estudiar al extranjero, como su hermano, y que en México o en Nueva Zelanda se enamoraría de un alumno islandés aficionado a la biología marina, mientras yo, en mi barrio de Cenisia, estaría pensando si debía asociarme con mi padre para vaciar sótanos y desvanes.

Estaba tan pendiente de captar el momento en que se produciría la fractura que un día de mayo, mientras comíamos patatas fritas del mismo cucurucho y ella me hablaba de su tío, el que había pintado el cuadro que tenía en su habitación, encima de la cama, con los globos y todo eso, mientras me contaba que expondría sus obras en una galería de Bolonia, de repente le solté:

Por eso soy siempre yo quien va a tu casa, porque no tengo cuadros de tíos pintores que enseñarte.

Violetta intentó descifrar el sentido de la frase y en un principio sonrió, dispuesta a considerar positivo el comentario. Mordió una patata y se quedó con el otro trocito entre dos dedos. Luego me observó y dijo:

¿Y eso?

¿El qué?

Lo que acabas de decir..., ¿a qué te referías?

Yo sabía qué significaba lo que acababa de decir; por eso contesté:

A nada.

¿A nada? Y un huevo, dijo ella. Violetta solo usaba la palabra «huevo» cuando estaba enfadada. ¿Me estás diciendo que te molesta que hable de mi familia?

No.

O sea, ¿que puedo decirte lo orgullosa que estoy de mi tío?

Por supuesto.

Entonces ¿qué pasa?

No pasa nada. ¿Por qué te pones así? Solo he dicho que no tengo tíos como los tuyos.

¿Y por qué lo has dicho?

Porque sí. Para que lo sepas.

¿El qué?

Que mi familia es distinta a la tuya.

¿Y qué?

Y nada.

Violetta se libró del trocito de patata que aún tenía entre los dedos y se los frotó para limpiarse los restos:

A ver, explícate mejor. ¿Crees que debería fingir que tengo una familia diferente a la que tengo para que tú no te sientas... qué sé yo... inferior?

¿Quieres decir una mierda? ¿Para que yo no me sienta una mierda? Si es eso lo que quieres decir, yo no me siento una mierda. ¿Crees que tengo una familia de mierda?

Violetta abrió los ojos como platos:

¿Cómo puedes pensar algo así? Nunca he dicho nada parecido.

Puede que lo pienses.

No, no lo pienso. ¿Te has vuelto loco?

Me puse de pie:

Yo solo sé que no tengo una familia como la tuya. Ni una vida como la tuya.

¿Y es culpa mía?

Dije: Nunca has insistido en querer conocer a mi padre. O a mi hermana.

Y tú nunca me has propuesto que nos conociéramos. Además, todo eso da igual. Tampoco es que vayamos a casarnos, ¿no? Tenemos catorce años.

Tú ya has cumplido los quince, repliqué.

¿Y eso qué significa?

Quería llevarte al Barzagli y no quisiste.

¿Al Barzagli? ¿Se puede saber qué es el Barzagli?

La cafetería. Está cerca de mi casa. La de Marcello. Te hablé del sitio. Quería llevarte allí a tomar una taza de chocolate.

¿Cuándo?

La primera vez que fui a buscarte al Gioberti. Pero tú preferiste llevarme a tu casa.

Ercole, la primera vez que viniste al Gioberti fuimos a mi casa porque en la calle hacía un frío brutal, ¿te acuerdas? Pero si quieres ir al... Barzagli, pues vamos. Ahora.

Suspiré y negué con la cabeza.

Lo haces solo para contentarme.

Violetta se puso de pie; le temblaban las mejillas. Noté que intentaba controlarse, intentaba no hacer lo que tenía ganas de hacer. Pero al final no pudo más, rompió el cucurucho de patatas fritas y me lo tiró gritando:

¡Vete a la mierda! Cogió su mochila con el equipo de remo y se fue.

Nunca me había sentido tan mal. Tenía frío. Tenía calor. El sentimiento de culpa empezó a devorarme como si un mapache hubiera construido su madriguera en mi estómago. No pegué ojo en toda la noche. Por la mañana salí de casa antes de las siete y, en vez de ir al Plana, me dirigí a la plaza Vittorio. Sabía que Violetta cruzaba el puente a pie para ir al Gioberti. Me paré en medio y mientras la esperaba vi que alguien había tirado palillos en la acera. Me puse en cuclillas y empecé a moverlos para dibujar algo. Un robot. Una casa. Una ballena. Y, como siempre que tengo entre manos algo creativo me aísló del mundo aunque esté en la acera de un puente, no la vi hasta que ella se detuvo a observar lo que yo hacía. Para ser exacto: vi sus zapatos con los cordones amarillos. Entonces levanté los ojos y Violetta estaba allí mirándome, a contraluz, con el pelo quemado por el sol que salía detrás de la colina. Dije sin levantarme:

Soy un gilipollas.

Violetta asintió.

Suspiré sin saber qué más decir. Le añadí un palillo a la ballena.

¿Sabes por qué me gustas?, dijo Violetta.

No contesté.

Porque eres valiente. Fuiste valiente al inventarte la historia de tu tía para comprar flores. Y al presentarte en el Gioberti. No te dio miedo quedar mal

delante de mis compañeros, o que yo te pudiera dejar en ridículo. Por eso no entiendo por qué has de tener miedo ahora. Porque está claro que tienes miedo. Me lo ha dicho mi madre.

Dije: ¿Has hablado de esto con tu madre?

Ella prosiguió sin contestar: Si no hubiera querido nada contigo, no te habría acompañado al Monumental. No te habría preparado el chocolate. Y no llevaríamos juntos tres meses, la historia más larga que he tenido hasta ahora. Si quieres que terminemos, vete, pero no finjas que he cortado yo.

Traté de comprender lo que acababa de decirme y, para que me ayudara a reflexionar, coloqué un palillo perpendicular en el dorso de la ballena. Violetta se agachó junto a mí y puso dos palillos más en el mismo sitio para completar la figura.

Dije: No quiero que terminemos.

Pues sigue siendo valiente, respondió ella.

Una nube cubrió el sol, luego se apartó y poco después una segunda nube hizo sombra antes de que el sol volviera. Me incliné hacia Violetta ofreciéndole los labios y nos besamos. Ella les hizo una foto con el móvil a los palillos y yo la acompañé hasta la puerta del Gioberti.

Junio y el fin de curso nos cayeron encima para recordarnos los motivos por los que tiene sentido tener catorce o quince años. Hasta el día en que volví a casa y encontré la puerta abierta y a tres policías intentando esposar a mi padre. Era tarde, sobre las once, quizá las doce. Una de las primeras noches sin tener que pensar en ir al instituto al día siguiente. Violetta y yo habíamos estado en el parque Valentino con unos compañeros suyos. Tocaba un grupo al aire libre, The Buskers Street Band, y había un montón de gente bailando. Se veían los primeros mosquitos perseguidos por murciélagos, las polillas rondaban alrededor de las farolas y la luna brillaba alta y redonda. El olor del río y la hierba eran una promesa que solo un verano adolescente podía mantener. Jugamos al disco volador a oscuras y nos reímos tanto que nos dolía el estómago. Los compañeros fueron desperdigándose y al despedirnos quedamos en vernos la noche siguiente. Pedaleé por el arcén de la avenida Vittorio canturreando «Rock around the Clock» sin saberme la letra; até la bici en el patio y entré en el portal.

Los gritos resonaban en el hueco de la escalera. Reconocí al instante la voz de mi padre.

Lo primero que vi al entrar en casa fueron trozos de cristal por todas partes —en el suelo, sobre los muebles, en el sofá— y el suelo manchado de vino tinto. Mi padre había intentado defenderse lanzando lo que tenía a mano, o quizá durante la riña los policías o él habían tirado el jarrón de flores secas que estaba encima de la nevera desde que yo era pequeño, el calendario de hacía dos años colgado en la puerta y el cuenco que teníamos en la encimera de la cocina para vaciarnos los bolsillos de las monedas de bronce que iban destinadas a la viuda.

Mi padre chillaba: Cabrones, hijos de puta, no me cogeréis, y se debatía pataleando y volcando sillas.

¿Qué pasa aquí?, grité.

Un policía dijo: No te acerques, por favor.

Suéltenlo. Le hacen daño.

Te he dicho. Que no. Te acerques.

Lo inmovilizaron. En el suelo. Las manos esposadas a la espalda.

Él seguía gritando: Cabrones, hijos de puta, soltadme. Y luego a mí: No te creas lo que te digan, Ercole, no te dejes engañar. No he hecho nada. Es una trampa. No te lo creas. No te creas nada.

Un policía se acercó a preguntar:

¿Eres su hijo?

¿Qué ha hecho? ¿Por qué lo...?

Te he preguntado si eres su hijo.

Sí.

¿Hay alguien que pueda cuidar de ti?

Que sí...

¿Cuántos años tienes?

Quince. Casi quince.

¿Y tu madre?

¿Qué pinta aquí mi madre?

¿Puede cuidar de ti?

...

¿Dónde vive tu madre? ¿Tienes un teléfono?

Miré a mi padre. Los otros policías lo pusieron de pie.

Andando, dijeron, y no hagas ninguna tontería.

Él gritó algo que no entendí e intentó deshacerse de ellos. Un policía tropezó y cayó al suelo. El otro golpeó a mi padre en la boca del estómago. Él se inclinó sobre la mesa. Lo cogieron por las axilas y lo sacaron. Me habría gustado decir algo. Me habría gustado defenderlo. Pero me quedé paralizado.

El policía me chasqueó los dedos delante de los ojos, como después de una hipnosis:

¿Me has oído?

...

Te acompañaremos. ¿Dónde está ahora mismo?

¿Quién?

Tu madre.

...

El policía resopló, nervioso.

Ven conmigo, dijo.

Me puso una mano en la espalda. Recuerdo que noté que la tela de la cazadora me tiraba, como si él la hubiera cogido por un extremo. Salimos al descansillo. Los vecinos estaban apostados en la escalera. Una cuarta agente, una policía de ojos negros y profundos, subió a contracorriente con un rollo de cinta blanca y roja. Mientras bajábamos, la gente que había acudido a ver qué sucedía se pegaba a la pared para dejar paso; algunos metían barriga y contenían el aliento. Pensé que no era real, que debía de ser una película. Busqué con los ojos las cámaras. Las luces de los coches patrulla coloreaban el vestíbulo a través de la puerta del patio. Hicieron subir a mi padre en un vehículo y a mí me empujaron hacia el segundo. En el momento en que cruzamos una mirada, empezó a golpearse la cabeza contra la ventanilla; movía la boca, gritaba, pero yo no oía nada.

Sube, dijo el policía señalando el coche más próximo.

En ese momento noté que la tela de la cazadora se aflojaba; di una zancada y eché a correr.

Me persiguieron. Al menos eso creo. No me di la vuelta. Oí que gritaban: Para, vuelve aquí. Por un instante temí que me dispararan y esperé oír cómo

las balas me silbaban por encima de la cabeza, desportillaban los canalones de los edificios y pulverizaban el yeso a mi paso. Luego pensé que tal vez yo no era lo bastante peligroso para que me mataran. Y como conocía aquel laberinto de patios mejor que los cajones de mi habitación, antes de que ellos pudieran decir «trullo» yo ya estaba en la calle y, sin dejar de correr, llegué a casa de Asia.

Era la noche que Andrea y ella se tomaban libre en el restaurante; los dos estaban en chándal, cenando comida china y viendo una película. Cuando llegué al tercer piso y entré en casa, al verme tan alterado, Asia me aferró por los brazos y me preguntó qué ocurría. Andrea quitó una bolsa grande del sofá para que me sentara, pero yo me quedé de pie. Les conté lo que había visto y lo que había conseguido entender, aunque me costaba hablar, porque las palabras se me encallaban en la garganta.

Dije: Seguro que es un error. Se han equivocado de persona.

Asia estaba petrificada.

¿Te han dicho de qué lo acusan?

No.

Por lo que nos has contado, seguro que lo acusarán de resistencia a la autoridad, comentó Andrea.

¿Adónde lo habrán llevado?

Andrea se encogió de hombros:

A la comisaría, me imagino. Creo que lo mejor es que llamemos a un abogado. Si queréis, conozco a uno. Es un cliente. Come en el restaurante un par de veces a la semana. ¿Sabes quién digo? Un joven con gafas azules, que siempre se sienta al lado de la puerta.

Asia asintió.

¿Tienes su teléfono?

Sí. Andrea fue a coger el móvil: Me lo dio y me dijo que le llamara si lo necesitaba. Supongo que no se refería a algo así, pero ahora lo necesitamos.

¿Qué tipo de abogado es?

No tengo la más mínima idea. De momento vamos a llamarlo. Si él no puede encargarse, que nos aconseje a un colega. Andrea se llevó el móvil a la oreja. Asia y yo seguíamos sus gestos conteniendo el aliento; poco después entrecerró los ojos y negó con la cabeza: Lo ha desconectado, dijo. O no tiene

cobertura. Miró la hora: Bueno..., son las doce de la noche. Lo llamaré en cuanto me despierte por la mañana.

Dije: ¿Y ahora qué hacemos?

No podemos hacer gran cosa, contestó Asia. No tengo ni idea de cómo funciona esto, pero si ahora fuéramos a comisaría no creo que nos dejaran verlo. Y pasar la noche sentados en una sala de espera solo haría que todo este asunto fuera aún más desagradable. Vamos a acostarnos, ponemos el despertador a primera hora y llamamos al abogado.

Me prepararon un sitio para dormir: una manta ligera encima del sofá y una almohada con una funda granate a topos azules. Andrea dejó en la mesa una camiseta y un pantalón corto de deporte antes de subir al altillo. Lo oí moverse y a través de la madera me llegó una música a poco volumen. Asia preparó una infusión, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y dejó las tazas en la alfombra. Con la mano dio unos golpes en el cojín para que me sentara a su lado. Yo había seguido todos los movimientos sin hablar: la preparación del sofá y de la infusión, la rutina de Andrea, la música a poco volumen, y me sentía aprisionado en una escafandra de estupor. Por eso, cuando Asia me dijo que me sentara encima del cojín, no me moví. Me quedé en el alféizar. No podía creer que mi padre estuviese en la cárcel y que lo único que yo pudiera hacer fuera cruzar las piernas sobre una alfombra y tomarme una infusión. No me quería dormir con la cabeza apoyada en una almohada granate a topos azules mientras él estaba tendido en un banco de cemento o le estaban friendo los testículos con corriente eléctrica, algo que ocurre en determinadas cárceles.

Asia dijo: Ercole, tú tranquilo. No va a pasarle nada por estar encerrado una noche. Además, no es la primera vez.

¿De qué hablas? Eso te lo acabas de inventar.

No me he inventado nada.

¿Ya lo habían detenido antes?

Sí.

No me lo creo.

Asia sorbió la infusión.

Pregunté: ¿Cuándo?

Asia resiguió la trama de uno de los dibujos de la alfombra —laberintos—

con la punta de un dedo y se inclinó a estudiar la textura, como si la respuesta estuviera en los hilos de algodón. Luego empezó a hablar y la voz se le pegaba a los labios, como si quisiera y al mismo tiempo no quisiera contármelo. Y así fue como me enteré de que a mi padre, por poner solo un ejemplo, lo detuvieron la noche en que yo vine al mundo. Asia tenía cinco años y no recordaba bien aquella noche, pero la abuela se lo había contado todo mucho después, y si no la hubiera atropellado la transpaleta eléctrica, quizá más adelante también me lo habría contado a mí. Pero nada. Ella ya no estaba y Asia creyó que era mejor que no me enterara de que a mi padre, la noche en que yo nací, lo detuvieron por posesión de estupefacientes.

¿Droga?

Costo. No sé cuánto llevaba.

Papá nunca ha fumado porros.

No era suyo. Era de mamá.

...

Asia dijo que nuestra madre había dejado de fumar durante el embarazo porque era peligroso para el niño. Yo. Eso me gustó. El caso es que, el día de la cesárea, como al cabo de poco ya podría volver a fumar (aún quedaba la cuestión de la leche materna, pero era secundaria), mandó a mi padre a comprarle costo a su camello de confianza. Pero el tío aquella tarde debió de sospechar algo, o quizá le dieron el soplo, y le endilgó una cantidad desmesurada a un precio irrisorio. Y en menos de lo que se tarda en decir «redada», ya se había largado mientras los coches de la policía cortaban las calles de acceso a la plaza. Mi padre intentó deshacerse del costo; lo enterró cerca de un árbol, se sentó encima y fingió que hacía yoga, pero los agentes no se lo tragaron. Lo incriminaron y, como no quiso reconocer que había ido por nuestra madre porque temía que le quitaran a los niños, a nosotros, cargó con la culpa.

Asia dijo: Papá siempre se comía los marrones de mamá, aunque él también se metía en sus propios líos.

Yo no podía creer lo que oía. Y en vista de que a Asia le había dado por hacer revelaciones, pensé que era un buen momento para aclarar nuestra historia, para tratar cuestiones de las que yo nunca había hablado y plantear preguntas que nunca había hecho por temor a las respuestas:

Si quería a mamá hasta el punto de ir a la cárcel en su lugar, ¿por qué nunca fue a buscarla? ¿Por qué no intentó convencerla para que volviera a casa?

En realidad, sí lo hizo.

¿Cuándo?

Cuando descubrió dónde estaba.

Dilaté las pupilas como un gato para absorber mejor la luz:

¿Y cuándo descubrió dónde estaba?

Los primeros meses, papá no hizo más que buscarla. Aunque a su manera. Como hace él las cosas. Siempre parece distraído, ausente y todo eso. Ya sabes cómo es papá. Está convencido de que todos somos libres de vivir la vida como queramos. Y si mamá había decidido marcharse, no podía impedirselo. Pero quería saber cómo estaba. Decirle que tenía la puerta abierta. Nada más. Papá nunca le hizo chantaje, ni siquiera cuando se comía sus marrones. ¿Entiendes lo que quiero decir?

No.

Que nunca le decía cosas como yo he hecho esto por ti, tú tienes que hacer esto por mí. Él hacía lo que quería. Y ella tenía que hacer lo que quisiera. El caso es que, por lo que sé, siguió buscándola. Durante meses. Hasta que un día fue ella quien dio señales de vida. Un año después. Yo debía de tener doce años. Se metió en algún lío, necesitaba ayuda y sabía que papá no se la negaría.

¿Qué lío?

No lo sé. Nunca lo he sabido. Creo que también era algo relacionado con las drogas.

¿Y papá qué hizo?

¿Tú qué crees? La ayudó. Y sé que ella dijo que quería vernos.

¿Quería vernos?

Papá organizó un encuentro en el parque Tesoriera, pero ella no se presentó. Tú no lo sabías. Eras pequeño, iba a ser una sorpresa. Y cuando papá fue a buscarla de nuevo, le dijo algo como perdón, perdón, que no había sido capaz, que se había enamorado de otro hombre, no sé si antes o después de pedir ayuda a papá, si antes o después de decir que quería vernos, se había enamorado y no quería hacernos sufrir, temía liarlo todo, mezclar las cosas, y prefería desaparecer. Dijo que lo hacía por nosotros. Por nuestro bien. Asia

bebió un sorbo de infusión, entornó los párpados y masculló: Qué jeta.

Me miré los zapatos. Tenía una mosca en la punta del pie. Moví el tobillo y salió volando.

Entonces papá comprendió que habían terminado. Que aquella vez la había perdido para siempre. Intentaba hacerse el fuerte, pero era muy difícil para él. Entonces aceptó el trabajo de transportista, ¿te acuerdas?

¿Cuándo nos hablaba de los accidentes en la autopista?

De los accidentes, de la adivina que le había leído los posos del café. Supongo que era una manera de evadirse de la ausencia de mamá. Y tal vez de nosotros, que le recordábamos a ella. En aquella época acabó un par de veces en el calabozo. Estado de ebriedad, escándalo público. Si no me falla la memoria, ocurrió en Taranto. El padre Lino nos echó una mano.

¿Por qué yo no sabía nada?

Asia me miró directamente a los ojos:

Porque logramos ocultártelo.

Dejé que la afirmación se disolviera en mi interior.

Entre los ojos de Asia se formó una arruga minúscula, que desapareció enseguida. Noté que la música que llovía desde el altillo ya no sonaba, y que el aire de la sala estaba lleno de un vapor doloroso que flotaba en un silencio roto por la respiración nasal de Andrea. Asia se puso el cojín entre las piernas.

A los pocos meses, empezaron a llegar postales. Esas postales que la gente mandaba hace años durante las vacaciones, ¿sabes cuáles te digo? Era mamá. Así, de repente. Decía que estaba bien, que se había instalado en una casa que le gustaba mucho y que nos invitaba a ir a visitarla. Ya sabes que siempre me he ocupado yo de recoger el correo y, la verdad, como papá había estado tan mal la última vez, pensé que sería mejor esconderlas. Pero mamá seguía enviando postales y yo temía no poder interceptarlas todas. Así que un día decidí responder. Le escribí una carta y le pedí que eligiera. De una vez por todas. Era libre de hacer lo que quisiera, excepto de aparecer y desaparecer como una úlcera. Si íbamos a verla, dejaría de parpadear en nuestras vidas y se quedaría. Luz fija. En cambio, si pensaba que existía la posibilidad, por remota que fuera, de esfumarse de nuevo, si en un momento agudo y casual de lucidez creía que podía marcharse como había hecho la primera vez, y

también la segunda, que se muriera para siempre y nos dejara seguir con nuestra vida. Entonces, cuando metí la carta en el sobre, me di cuenta de que nunca nos había dado su dirección. No constaba. En ninguna de sus postales. Quería que fuésemos a verla. Y no nos decía dónde.

¿Y luego qué pasó?

Pasó que las postales dejaron de llegar.

Antes de que yo dijera: Estás diciendo gilipolleces —que era lo que me habría gustado decir, y me habría gustado convencerme de ello, porque si Asia me había ocultado aquella historia, eso significaba que podía haberme ocultado cualquier cosa, que no podía confiar ni en ella ni en mi padre; y no confiar en ellos significaba no poder confiar en nadie—, antes de ser capaz de decir: Dime que te lo has inventado todo y de preguntarle por qué, por qué se había inventado aquella historia tan absurda, antes de que pudiera decir simplemente «madre», Asia dejó en la alfombra la taza caliente de la infusión que había estado sujetando como un dios, uno cualquiera, habría sostenido el mundo entre las manos, se levantó y fue a coger una pequeña caja de cartón. Estaba llena de documentos. Extrajo un sobre naranja. Me lo tendió. Lo cogí. Lo abrí. Dentro había postales, las típicas postales turísticas de hace años, con el edificio del ayuntamiento o la fuente de los Alpinos. Eran exactamente siete. Y todas llevaban al pie la firma de nuestra madre.

No me lo tomé demasiado bien.

Lo primero que hice fue empezar a rascarme. Me ocurre cuando estoy nervioso. De pronto, empieza a picarme la cabeza, detrás de las orejas, el cuello, y también la concavidad del brazo, donde te clavan las agujas; se me humedecen los ojos y me entran ganas de echar a correr. Era absurdo, no sabía qué pensar. En primer lugar, no sabía qué pensar de mi padre. Por un lado, compartía su punto de vista: tu vida es tuya, eres libre de hacer lo que quieras, blablablá. Pero ¿qué pasa si una persona querida está haciéndote daño? ¿Y si el mal te salpica como el barro, a ti y a otras personas que quieren a esa persona? ¿Cómo definir *mal*? ¿Cómo definir *libertad*? Quizá mi madre necesitaba que la ayudaran *más*, que la llevaran *más* a casa. ¿Asia

tenía derecho a ocultárselo todo a papá? ¿Y a ocultármelo a mí? Aunque no había elegido ese papel. Se lo había impuesto la debilidad de nuestro padre. O quizá su fortaleza. Me preguntaba si mi padre era débil o, por el contrario, era el más valiente de todos. ¿Era cierto que nos había acabado relegando a la periferia de su campo visual porque le recordábamos a ella, a mi madre?

No recuerdo cómo pasó. Tenía la sensación de haberlo entendido, de no querer entenderlo y de no haber entendido nada. Todo a la vez. Recuerdo que, de repente, me puse a gritar, Asia se puso a gritar, Andrea bajó del altillo para decirnos que no gritáramos y yo lo empujé contra la mesa, cogí el sobre naranja con las postales, abrí la puerta y me fui.

No sé si hay una edad en la vida en la que tendemos más a huir como reacción a los problemas. En mi caso, solo puedo decir que nunca había jugado como aquella noche con la zona de peligro que separa la confusión de la desesperación. Corrí tambaleándome y, una vez más, la ciudad me acogió; solo deseaba fundirme con ella. No me dirigí a casa de Violetta. Demasiada rabia en los huesos. Anduve hasta el parque Dora, un lugar donde antiguamente había una fábrica de acero, donde había hornos de fundición de hierro y laminadores y donde ahora, entre los monstruosos pilares de acero que sostenían la bóveda de las naves industriales, hay gente que hace *parkour*, va en monopatín e intenta hacer las paces con sus demonios interiores. Era junio y se estaba bien, aunque las farolas tapaban las estrellas, como siempre. No había nadie. Fingí que era el último chico de la Tierra. Oí el rebote de una pelota de baloncesto a lo lejos. El ladrido de un perro. Me daba la impresión de que oía todas las voces de la ciudad, todos los suspiros, todos los llantos.

Al amanecer, un gato vino a olerme los cordones de las zapatillas. Cuando abrí los ojos, ya se había ido. Tenía en las manos el sobre con las postales de mi madre. Me lo metí en el bolsillo. El sol se reflejaba en los cristales de los pisos altos de los edificios. Me enjuagué la cara en una fuente y volví a casa; a la mía, no a la de Asia. La puerta estaba cerrada y parecía que no hubiera pasado nada, pero cuando la abrí, ahí estaba el caos de la noche anterior tal

como lo había dejado: trozos de cristal y de cerámica, el suelo pegajoso manchado de vino, sillas volcadas. No sabía qué hacer. No tenía ganas de ver a Asia ni a mi padre. Me cambié la camiseta, cogí la bici en el patio y pensé que la única persona a quien tenía ganas de ver era a Violetta.

Normalmente, mientras pedaleo, me quito de encima el malhumor, como hacen los perros cuando se sacuden el agua para secarse. Pero aquel día comprendí que no funcionaría, porque, como suele decirse, siempre tendemos a hurgar en la herida, o algo así. Y no dejaba de pensar en todo lo que me habían ocultado mi padre y Asia. No eran mentiras, porque yo no había preguntado nada. Era algo peor. Porque me habían impedido hacer preguntas. Y no hay nada peor que no saber y, al no saber, no poder preguntar. Me habían tratado como si fuera incapaz de entenderlo y habían permitido que encontrara respuestas plausibles a las preguntas equivocadas. Y el caso es que todo en la vida parte de eso, de las preguntas.

Llamé al timbre de la casa de Violetta a las nueve, poco más o menos; nadie respondió. Pensé dónde podía estar y recordé que de vez en cuando desayunaba con sus amigas en la cafetería Elena, en la plaza Vittorio. Crucé el puente y las vi de lejos, sentadas en la terraza, rodeadas de palomas. Al acercarme, me percaté de que una de ellas era Violetta y la otra, a su derecha, era Leia, la del traje de patinadora, pero el tercero era un chico y tenía el brazo extendido sobre el respaldo de la silla de Violetta. Yo estaba a unos cien metros, pero vi que le estaba tocando el hombro y que movía los dedos, que la rozaba y la acariciaba sin que ella dijera nada.

Bajé de la bici en marcha y la rueda chocó contra un pivote de cemento e hizo un ruido de hierro y desdén. Violetta y los demás se dieron la vuelta.

¿Qué coño estás haciendo?

Se miraron entre ellos, sin entender nada.

Te estoy hablando a ti, y señalé al chico: ¿Qué haces con la mano?

Violetta y el chico se levantaron. Él intentó decir algo. No sé qué. Pero yo ya sabía lo que iba a hacer con independencia de lo que dijera él. Solo me quedaba ella. No podía permitir que me la quitaran. No pensaba dejarla libre. La defendería y la llevaría conmigo, como habría tenido que hacer mi padre con mi madre. Así es que fui directo al chico y le di un puñetazo en la cara. Cayó sobre la mesa haciendo una especie de cabriola y arrastró los

capuchinos y los bollos. Se golpeó un hombro contra el suelo, pero logró protegerse la cabeza. Gimió de dolor.

Violetta se puso en medio, para alejarme; me empujó con las manos abiertas y me golpeó el pecho gritando:

Joder, ¿qué haces? ¿Se puede saber qué te pasa?

Fui incapaz de contestar.

Violetta chilló: ¿Qué pasa?

Señalé al chico, que se estaba levantando y sangraba por la nariz.

Es mi hermano, gritó ella.

Salieron dos camareros de la cafetería. Entonces vi que alrededor había más gente. Algunos se levantaron y se alejaron. Nos miraban. Pensé: Michele. El hermano que aquel año estudiaba bachillerato en los Estados Unidos, en Texas. Lo había visto en foto. Era él. Pero en la foto tenía el pelo más largo y... no sé. Quizá más claro. O más oscuro. ¿No era más bajo?

Los camareros llegaron y preguntaron qué había ocurrido. La princesa Leia, divertida, dijo:

Este idiota ha confundido al hermano de mi amiga con alguien que se la quería ligar.

Pero era la única que se reía. Un camarero le preguntó a Michele si se había hecho daño y él murmuró que no, que estaba bien, aunque luego hizo una mueca de dolor al tocarse el labio.

El otro dijo: Te traeré hielo.

Violetta no dejaba de mirarme; resbalé en su mirada. Pedí disculpas con un hilo de voz. Di un paso hacia Michele y él retrocedió; al retroceder estuvo a punto de tropezar y caerse de nuevo. Leia rio. Nunca me había sentido tan avergonzado; parecía imposible ponerle remedio, impensable volver atrás. Me habría gustado explotar (mejor no, porque al explotar habría causado más desastres, como poner la plaza perdida de sangre). Me habría gustado disolverme, desaparecer, como Obi-Wan Kenobi cuando Darth Vader lo mata. Me moví lentamente esperando que los demás no lo notaran, que no se dieran cuenta de que me iba. Temía su reacción. Y cuando por fin comprendí que nadie se abalanzaría sobre mí para retenerme o qué sé yo, cogí la bicicleta, monté en ella y me largué.

Cuatro

Recuerda, Luke: la Fuerza estará contigo. Siempre.

OBI-WAN KENOBI

Fue como bajar rodando por un pedregal, algo que a veces me ha pasado: te caes e intentas agarrarte, pero te aferras a piedras que son como dientes podridos y saltan; se rompen a tu alrededor, te caen encima y te hacen daño. Entonces pensé en ir a buscar a mi madre. No enseguida, claro está. Primero pasé un buen rato sentado en un peñasco del parque Valentino; dejé que el viento me acariciara las mejillas y observé una colonia de hormigas depredando los restos de un bocadillo de queso mientras trataba de poner orden en los escombros de las últimas doce horas. Pero no conseguía sacar nada en claro, no entendía que las cosas hubieran estallado de esa manera. Y, en vista de que no comprendía nada, se me ocurrió volver al pasado, hasta el punto en que el agua brota de la roca, sin dejar que ni lo que Asia había decidido decirme o no decirme ni los líos de mi padre guiaran mis actos de un modo oculto. Además, quería alejarme al máximo de Violetta y su hermano.

Extraje las postales de mi madre y me puse a estudiarlas. Eran siete. Desde tres lugares distintos. Dos desde Pinerolo, una desde el valle Chisone y cuatro desde Erta. Yo no sabía dónde estaba Pinerolo; no sabía dónde estaba Erta; no sabía dónde estaba el valle Chisone. Me marché del parque y empujé la bici por la avenida. No sabía por dónde empezar; quizá lo mejor fuera ir al pueblo del que procedían la mayoría de las postales: Erta. Vi a una señora de aspecto tranquilo que salía de una pastelería e iba cogiendo galletas minúsculas de una bolsa de papel. Con el dorso de la mano me froté los ojos para quitarles un poco de tristeza, porque algunas personas, cuando ven

mucha, se asustan. Me acerqué y dije:

Perdón, ¿sabe cómo puedo llegar a Erta?

La señora me observó unos instantes con la boca abierta y una galleta entre los dedos; luego devolvió la galleta a la bolsa:

¿Cómo?

Erta.

¿Dónde está?

Arqueé las cejas, dije:

Si lo supiera, no se lo preguntaría.

¿Tienes más indicaciones?

¿Conoce el valle Chisone?

Sí.

A lo mejor está en el valle Chisone. ¿Pinerolo está en el valle Chisone?

Por esa zona, dijo la señora. Para ir al valle Chisone, se pasa por Pinerolo.

¿Y queda muy lejos?

Depende.

¿De qué?

De cómo vayas.

Pensé que no tenía dinero y que no podía comprar ningún tipo de billete.

Dije: En bici.

Entrecerró los ojos: ¿Quieres ir en bici? ¿En serio?

¿Por qué?

En bici está muy lejos.

¿Cuánto?

¿En kilómetros?

Me encogí de hombros: O en metros. Luego lo dividimos.

¿Me estás tomando el pelo?

Dije que no, que no estaba de humor.

En coche son unos cuarenta minutos, quizá algo menos.

Está bien.

Perdona que te lo pregunte, pero ¿por qué tienes que ir? ¿Y por qué en bici?

¿Podría indicarme en qué dirección está?

¿Desde aquí?

Sí.

No.

Gracias, dije, ha sido muy amable.

Antes de encontrar a alguien que supiera indicarme con precisión el camino, tuve que preguntar a cuatro personas más; me lo explicó un anciano que estaba sentado en la parada del autobús. Para evitar divagaciones, a él no le dije que quería ir inmediatamente, le dije que era por curiosidad. Me aseguró que lo mejor era seguir hacia el pabellón de caza de Stupinigi —señaló la dirección con el dedo y desgranó una serie de giros— y desde allí, desde el pabellón, ir hacia Pinerolo. Añadió que en algún punto, cerca de la carretera provincial, debía de haber un carril bici, pero que no sabía dónde. Llegó el autobús. Mientras esperaba a que la gente bajara, le echó un vistazo a la bici y dijo:

¿No pensarás ir con esa?

No, claro.

Me sonrió y me deseó una feliz excursión.

Miré a mi alrededor. Eran las diez de la mañana, el sol calentaba y me invadió la certeza de que nadie estaba pendiente de mí. Una persona hacía una mudanza; otra conectaba el móvil a los auriculares antes de arrancar la moto; otra llevaba a los niños a la guardería. Un camión de la basura estaba vaciando un contenedor (cristales rotos); una mujer con el pelo blanquísimo le lanzaba pan a un gato escondido debajo de un coche. Yo no existía. A ninguna de aquellas personas le importaba lo que yo hacía. Y empecé a pedalear; primero despacio, luego más rápido. Crucé la ciudad en dirección a las montañas, siguiendo las indicaciones del viejo, hasta que las casas fueron espaciándose. Llegué al pabellón de caza de Stupinigi y lo rodeé; poco después aparecieron los primeros campos de trigo, amarillos y crujientes bajo el sol.

Empecé a sudar y el sudor me vació la cabeza. La cadena rascaba cada medio giro y me manchaba los vaqueros a la altura de los tobillos; las moscas y los mosquitos me zumbaban en la frente; unas gotas me rodeaban las cejas y me quemaban los ojos. Mientras miraba en derredor buscando el carril bici, pedaleé un buen trecho por la carretera provincial, pegado al canal de irrigación que separaba la calzada de los campos. El aire que movían los

coches y los camiones me hacía temblar los brazos. Me goteaba la nariz. Me tapé un agujero nasal, luego el otro; me incliné y expulsé los mocos. Me concentré en los crujidos del pedregal bajo las ruedas, el murmullo del viento en los oídos. A la izquierda había árboles de troncos finos plantados en filas regulares; a la derecha, el trigo, y más allá del trigo, una doble línea de colinas boscosas, de un verde intenso. El azul del cielo parecía extendido con espátula y solo había una nube, compacta, que flotaba perpendicular a un campanario erigido tras un pequeño grupo de casas. Era un momento tan perfecto que, a pesar de todo lo ocurrido en las últimas horas, me dejé arrastrar por una oleada de confianza. Era consciente de estar allí, y eso me hacía sentir extrañamente feliz.

Entonces fue cuando se pinchó la rueda.

Fue un instante: un segundo antes pasaba delante de los campos inclinado sobre el manillar para oponer la menor resistencia posible al viento y un momento después la rueda trasera empezó a temblar: la oí rozar contra la llanta y el roce subió por la horquilla y el tubo posterior. Frené y puse un pie en el suelo; me volví a ver qué ocurría. La rueda estaba completamente deshinchada.

Mierda.

Miré a mi alrededor: estaba rodeado de campos, granjas lejanas, fábricas de muebles. Una lagartija corrió hacia la reguera y se lanzó con un impulso furibundo. Pasaron dos coches, una furgoneta y una moto, uno detrás de otro. Bajé y dejé caer la bici; me agaché a buscar el agujero. El tráfico había parado y durante un rato no pasó nadie. Arrodillado en el suelo, palpé el neumático hasta notar algo punzante y metálico bajo la yema del dedo: un clavo, una astilla, no sabía lo que era. Decidí que no me serviría de nada sacarlo y lo dejé. Había un gran silencio; solo se oían los grillos y el ladrido de un perro a lo lejos. Pensé que podía abandonar la bici y proseguir a pie, o sentarme y esperar a que pasara alguien que pudiera ayudarme. Me resistía a separarme de la bici, porque temía que, si la dejaba, luego no la encontraría. Así que decidí esperar ayuda. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y una mosca no tardó en girar a mi alrededor. Por algún motivo, me vino a la mente que faltaban diez días para mi cumpleaños —quince años— y, a pesar de que en ese momento tenía otros problemas, me pregunté dónde lo

celebraría y con quién, y si por primera vez me perdería los fuegos artificiales de San Juan.

Los fuegos artificiales.

Rocé con los dedos la bicicleta y de la memoria surgió un recuerdo de cuatro años antes.

Mi padre se había despertado más o menos a la hora de comer, después de haberse quedado dormido en la bañera tras una de sus salidas. En aquella época era frecuente que se quedara dormido en la bañera —nunca entendí por qué—, y Asia y yo aprendimos a usar el lavabo sin despertarlo. El caso es que estábamos acabando de comer, en la televisión echaban un documental de volcanes y el sol de junio proyectaba la sombra de las hojas en la ventana. Mi padre apareció en la puerta frotándose la cabeza con una toalla —acababa de ducharse—, se quedó parado y nos observó con atención:

¿Por qué no estáis en clase?

Asia dijo: Porque ha terminado el curso.

¿Cuándo?

Hace tres semanas.

¿Habéis aprobado?

Sí.

¿Quién recogió las notas?

Marcello, dije mientras cortaba un trozo de tarta de piña.

¿Qué Marcello?

El dueño del Barzagli.

Mi padre puso mala cara: ¿El de los brazos tatuados?

Asia se sirvió zumo de manzana: Con el permiso que tú le firmaste.

Mi padre abrió los ojos como platos.

¿Y cuándo firmé el...? Entonces vio la tarta de piña y aún se sorprendió más: ¿Por qué hay tarta en la mesa? Luego vio las velas: ¿De quién es el cumpleaños?

Levanté la mano y mordí un trozo de tarta, cautivado por las imágenes de la explosión del volcán Tungurahua en Ecuador. Un pajarillo se posó en el alféizar, pio y salió volando. Mi padre nunca ha recordado los cumpleaños. Jamás. Ni uno. Estábamos acostumbrados y no se lo reprochábamos: si caía

en la cuenta, bien; si no, también. Además, cuando caía en la cuenta, empezaba a gritar que el tiempo era una mierda, que pasaba muy deprisa y que los cumpleaños eran una celebración burguesa pensada para quienes no temían el futuro. Y esa vino a ser su reacción también aquel día. Preguntó qué fecha era. Asia le dijo que era 24 de junio y que mi cumpleaños era el 24 de junio desde que nací. Él contó los años con los dedos y preguntó si cumplía once. Se lo confirmé. Murmuró algo incomprendible y arrancó un trozo de la corteza de la tarta; se puso el chaleco de pescador, rebuscó en los bolsillos si le quedaba tabaco y salió con una expresión rara.

Yo seguí viendo el documental de los volcanes. Asia cogió tres recibos clavados con chinchetas en la puerta del aparador, puso las cifras en columnas y contó el dinero que necesitábamos antes de las fechas límite (y no era poco).

Preguntó: ¿Tienes algo que se pueda vender?

Hice señal de que no con el dedo mientras un río de lava incandescente invadía la playa, entraba en el mar y hacía que el agua se evaporase.

Dije: Puedo preguntarle al mimbrero si me necesita.

El mimbrero era un viejo artesano que tenía una tienda en la avenida y hacía sillas, cestas y otras cosas; le dolían los nudillos artríticos y solía alegrarse cuando iba a ayudarlo. No es que hubiera mucho que hacer, pero le gustaba tenerme por allí; y mis dedos pequeños y firmes hacían su trabajo en la mitad de tiempo.

Asia añadió que iría a hacerle una visita al padre Lino, a ver si podía meter la mano en alguna donación, en uno de esos sobres que las personas de buen corazón dejaban en el cepillo. Y nos quedamos charlando de viento y confetis de fuego, oyendo hablar de calderas y erupciones volcánicas y picando trocitos de piña de la tarta hasta que la puerta se abrió. Nuestro padre asomó la cabeza. Sonrió al vernos. Retrocedió y apareció una rueda. Luego un manillar, un sillín y la otra rueda. Una bicicleta. De mi tamaño. Me levanté de un salto.

¡Tu regalo!, exclamó mi padre.

No me lo podía creer.

O sea, que te has acordado.

Lo dices como si fuera la primera vez.

Es la primera vez.

Asia también se acercó. Acarició el manillar.

¿Dónde la has comprado? Una bici así vale mucho dinero.

Menuda pregunta. Es un regalo. No se pregunta el precio de un regalo.

¿Puedo salir?

¿Es que pensabas usarla en casa?

Nunca había tenido una bicicleta. Un triciclo sí. Rosa. De mi hermana. Y luego nada. Mi padre me había enseñado a montar con la bici del hijo de un vecino que después se había mudado. Recuerdo que me llevó al parque Valentino. Buscó hasta encontrar una rampa con las cualidades necesarias, me dijo que subiera en la bici —yo debía de tener, qué sé yo, cinco años— y, en cuanto agarré el manillar, me empujó. Mantuve el equilibrio unos diez metros, quizá menos, y luego, cuando intenté frenar, derrapé, caí sobre el cemento y me hice una herida en el codo y una rascada en el hombro. Era julio. Llevaba pantalón corto y camiseta. Si hubiera sido noviembre, mi padre habría tenido más cuidado, porque habría corrido el riesgo de romperme los vaqueros o la cazadora. Yo estaba a punto de echarme a llorar, pero, en cuanto me levanté del suelo, oí aplausos y gritos:

Muy bien, pequeño, muy bien. Te ha faltado un pelín de nada. Vamos a por el segundo intento.

Mi padre, con el cigarrillo entre los labios, hacía gestos con los brazos desde lo alto de la rampa para invitarme a subir. Pellizqué la manga de la camiseta con dos dedos y tiré de ella para que el hombro rascado se aireara un poco, me tragué las lágrimas, recogí la bici y me reuní con él. Me caí cientos de veces. Me golpeé contra un árbol. Estuve a punto de matar a un perro. Pero él me incitaba cada vez más convencido, sin método, sin estrategia, solo con una confianza absoluta en mí y en que tarde o temprano lo conseguiría, en que de un momento a otro adquiriría la dinámica del movimiento y sería capaz de pedalear hacia el infinito, hasta sorprenderme a mí mismo.

Cogí la bici y bajé la escalera con ella a cuestras. Di un paseo por el barrio. Pasé a saludar a Marcello por el Barzagli, que estaba abierto, aunque fuera fiesta. Llegué al parque Ruffini, di la vuelta por el pabellón de deportes y el estadio con la pista de atletismo. Volví atrás y pasé por delante del colegio

deseando que hubiera alguien, qué sé yo, un compañero, un profesor, aunque solo fuera un conserje que me viera y me preguntase qué hacía allí con esa bici que parecía salida del paraíso. Pero debían de estar todos de celebración, porque no me encontré a nadie. Por fin, en los alrededores de la plaza Robilant, un chico un poco mayor que yo, con pantalón corto y camiseta de la selección española, se fijó en mí. Miró la bici como yo quería que la mirara y vio en ella la misma maravilla que veía yo; se quedó boquiabierto, con los ojos redondos como albaricoques y un helado en la mano que se le estaba derritiendo y le goteaba por la muñeca. Entonces di otra vuelta a la rotonda y me acerqué para que pudiera admirarme con mayor comodidad.

Justo en ese momento lo oí gritar:

Papá, papá. Mira. Corre. Mi bicicleta.

Mi padre se la había robado poco después de salir de casa. Más tarde, por lo que nos contó el padre del chico, supimos que habían entrado en el quiosco a comprar el periódico *La Stampa* y un tebeo y que cuando salieron la bici ya no estaba. Desaparecida. Nadie había visto nada. Nadie había oído nada. Habían recorrido el barrio entero antes de rendirse y, para consolar al niño, su padre lo había llevado a la heladería de la plaza Robilant, donde aparecí yo.

Mi padre me echó la culpa a mí, no podía ser de otra manera. No iba a admitir que la había robado él. Podía ir a la cárcel. O quizá no, no lo sé. Pero estaba claro que, si hubieran descubierto que había sido él, se habría armado una buena. En cambio, en mi caso era suficiente con una colleja espectacular y la enumeración de nuestras desgracias —Estoy desesperado. Su madre nos abandonó. Es su manera de expresar el dolor—, seguida de las necesarias promesas de redención.

Pase usted más tiempo con él, dijo el padre del chico.

Estamos juntos todo el día.

Pida ayuda.

¿A quién? El padre Lino es como un segundo padre, pero lo que él necesita es una madre.

Entiendo.

Le pido disculpas, dijo mi padre. Estoy consternado.

Son cosas que pasan.

¿Cómo puedo compensárselo?

No es necesario.

Quizá una botella, en la bodega...

No, no hace falta. El hombre le alborotó el pelo a su hijo. Lo que debe hacer usted es no rendirse. Y tú..., me dijo. Tú... Me estudió antes de decidir si interpretaba un papel autoritario o si me sonreía con confianza. Movi6 los labios, pero no se le ocurría nada, y se le formó en la cara una mueca indulgente, como si se hubiera comido un limón. Me dio un pequeño golpe para animarme. Su hijo se acercó a mí con una sonrisa amable y me susurró:

Como te vea por ahí, estás muerto.

Y se marcharon.

Aquella noche, un 24 de junio como hoy, Asia y yo cogimos el autobús y fuimos a la plaza Vittorio a ver los fuegos artificiales. La ciudad entera se había reunido para celebrar mi cumpleaños, pero yo estaba triste, triste como nunca me había sentido en la vida. Es increíble lo solo que puedes llegar a sentirte en medio de una multitud, peor que si estuvieras sentado en la cama con las piernas cruzadas, hablando con los monstruos de las paredes. Después de los fuegos artificiales, Asia propuso dar un paseo por la orilla del río. Ella comprendía mi estado de ánimo y sabía pegar la tirita en los pensamientos que me sangraban. Bajamos a los Murazzi, donde hace un siglo atracaban y amarraban las embarcaciones y ahora hay bares y salas de estudio, y gente que mea o se besa. Había un montón de personas alegres. Chicos, ancianos, niños corriendo y madres gritándoles que tuvieran cuidado. Unos bebían, otros se cogían de la mano, otros charlaban. Las farolas se reflejaban en el agua oscura y grasienta del Po, que cruzaba la ciudad.

Eh, dijo Asia, tiró de mí y señaló algo bajo los árboles: una luciérnaga que volaba entre las plantas. Nunca había visto una de verdad. Me acerqué y me puse en cuclillas:

¿Cómo funciona?

Asia se agachó junto a mí:

No lo sé. Creo que es algo químico relacionado con la reproducción.

¿Con qué?

El sexo.

Ah.

...

¿Estás segura?

Lo estudié en Ciencias.

¿Cómo es que está sola?

No está sola. Mira ahí.

Me di la vuelta y a nuestra derecha había cinco más volando alrededor de un matorral; dibujaban trayectos imprevisibles y se encendían y apagaban a la vez. Después, como si respondieran a una señal convenida, se alejaron en dirección al río. Las vimos danzar sobre el agua y pensé que en el mundo había suficiente magia para cargar todos los móviles, los aparatos acústicos y los cepillos de dientes eléctricos del planeta; y para cavar agujeros y ver hasta las antípodas; y para ser muy ricos y pasarnos el día diciendo «te quiero» a nuestros seres queridos, visitando a los amigos y asignándoles formas a las nubes. En definitiva, haciendo cosas importantes.

En aquel momento pregunté:

¿Será siempre así?

Asia preguntó: ¿El qué? Y siguió el vuelo de las luciérnagas.

Papá.

Se encogió de hombros: Papá es papá.

¿Ya era así antes de que mamá se fuera?

Sí.

O sea que será siempre así.

Es muy posible.

¿Y nosotros qué?

¿De qué?

¿Nos volveremos como él?

No.

¿Cómo lo evitaremos?

Solo tenemos que comportarnos de otra manera.

Yo no me quiero comportar de otra manera.

Entonces no quieres ser distinto a él.

No lo sé. Quizá no.

¿Y entonces por qué te preocupas?

Por el hecho de que quizá no quiero ser distinto a él.

...

...

Qué raro eres, dijo Asia.

El ruido de un motor me llegó desde atrás, a la izquierda. Una vieja camioneta avanzaba por el camino de tierra a unos cien metros, entre los campos. Me puse de pie, me enjuagué el sudor y agité los brazos. Antes de girar hacia la carretera provincial, el vehículo se detuvo. Al volante iba un hombre con sombrero. Bajó la ventanilla, hizo un movimiento con el mentón y me preguntó qué quería.

Grité: He pinchado.

El hombre apagó el motor y bajó. Se acercó andando como si no tuviera otra cosa que hacer, escupió en el suelo y se hurgó entre los dientes con un dedo.

¿Qué pasa?

He pinchado.

Se agachó junto a la rueda y la estudió con el pulgar. Tenía las manos surcadas por arrugas profundas, las uñas sucias.

¿Adónde vas?

A Erta.

Se echó hacia atrás el sombrero y me miró de arriba abajo:

¿A Erta?

Sí.

La rueda está fatal, dijo rascándose la barbilla.

Lo imaginaba.

¿Tienes algo para repararla?

No.

¿Dónde vives?

En Turín.

¿Ibas a Erta desde Turín?

Sí.

¿Con esa bici?

Asentí.

Puso cara de sorpresa, quizá de admiración (o eso me pareció). Miró el reloj, luego dijo:

No puedo llevarte hasta Erta.

¿Adónde puede llevarme?

Te puedo dejar en la estación de Pinerolo. De ahí sale el autobús. O pides que vayan a recogerte.

¿El autobús a Erta?

El autobús a Erta, claro.

Pensé que no tenía dinero, pero tampoco tenía otra solución, así que acepté. Cargamos la bici en la parte de atrás de la camioneta. El habitáculo apestaba a animales. El hombre también apestaba a animales. La radio del vehículo estaba sintonizada en un programa de análisis político: un hombre y una mujer hablaban de pensiones y reformas sociales. En el retrovisor había todo tipo de silbatos colgados: de plástico, de metal, bitonales. Vi uno en forma de canoa y otro que parecía una tienda de campaña india. Los rocé con la punta de los dedos.

Los colecciono, dijo el hombre.

¿Y los usa?

Trátame de tú.

¿Y los usas?

A veces. Con los animales.

La mujer de la radio dijo algo que captó su atención. Subió el volumen. A partir de ese momento, dejamos de hablar. Él inmerso en el programa y yo en mis pensamientos. Pensé que estaba haciendo aquel viaje tan accidentado para llegar a un pueblo donde ni siquiera estaba seguro de que viviera mi madre. No tenía su dirección. No tenía nada. Quizá el lugar del que hablaba en las postales no era Erta. No sabía si me daba más miedo encontrarla o no encontrarla. Imaginemos que la encontraba: ¿qué le diría? ¿Cómo me dirigiría a ella? ¿Y qué cara pondría ella? Quería preguntarle al hombre cuánto faltaba, pero él tenía la mirada fija en la carretera y la cabeza no sé dónde. Entre los silbatos vi un crucifijo de madera con el travesaño horizontal manchado de pintura y el larguero vertical gastado en la base, como los pies de las estatuas, porque la gente los frota, convencida de que dan suerte.

Una vez solo en la estación de Pinerolo, cuando se disipó la polvareda que había levantado la camioneta, lo primero que hice fue atar la bici en un

aparcamiento de bicicletas. Había unas diez, algunas mucho más bonitas y nuevas que la mía, y me dije que, si a alguien se le ocurría robar una, no elegiría la mía; yo tarde o temprano volvería a buscarla. Fui a la taquilla a pedir información sobre el autobús y me dijeron que preguntara en el bar, y en el bar me enteré de que tenía que coger el bus con destino a Sestriere. Erta era la tercera parada; un cuarto de hora de trayecto. Un euro con noventa el billete. Me sorprendí, creía que sería más caro. Rebusqué en los bolsillos de los vaqueros y saqué un euro con veinte. Joder, pensé. Me acerqué a un señor que estaba tomando café junto a la ventana mientras leía el periódico, intenté explicarle dónde quería ir y le pedí si tenía setenta céntimos para ayudarme a comprar el billete; él me dijo que desapareciera, que aquel truco era viejo y que con él no funcionaba. Le respondí que no era un truco, pero él pasó la página y no habló más.

Salí. Vi a dos monjas sentadas en un banco, una joven y otra anciana; hablaban en voz baja de algo que parecía importarles mucho.

Disculpen, las interrumpí.

Se callaron y alzaron los ojos. La joven era muy guapa. La anciana me observó por encima de las gafas; llevaba una tirita en la frente.

Dije: Yo... siento molestar, pero tengo un problema.

La joven me miró con una expresión dulce y preocupada que hizo que el corazón me latiera con más fuerza y me preguntó qué ocurría. La anciana achicó los ojos, como si quisiera leer en mi interior.

Sabía que en esos casos admitir hasta cierto punto la propia culpa era más efectivo que contar una simple historia de mala suerte, como: he perdido el dinero, me lo han robado, etcétera. Por eso dije:

Nada, que soy un idiota. He contado mal; creía que llevaba un euro con noventa para el billete hasta Erta, pero solo llevo un euro con veinte. Es culpa mía. Me he tomado una Coca-Cola, porque estaba convencido de que tenía dos euros más, pero no, me los gasté ayer. Y ahora no sé qué hacer. Tampoco tengo móvil para llamar a mi abuela y avisarla. Además, aunque la avisara, mi abuela no conduce y no sé cómo me reuniría con ella.

¿Cuánto dices que te falta? ¿Setenta céntimos?

Exacto.

La monja joven sonrió, la anciana gruñó; pero no era un gruñido malo. Las

dos se miraron, luego la joven alargó la mano con la palma hacia arriba y dijo:

Dame tu euro y veinte.

Como era monja, pensé que me podía fiar —además, si salía corriendo, la alcanzaría— y le di el dinero.

¿Has dicho Erta?, preguntó de nuevo.

Asentí.

Ella se levantó, fue a la taquilla, compró el billete y me lo dio.

No sé cómo darle las gracias.

La monja dijo: Recuerda que le debes setenta céntimos a alguien.

¿A quién?

A quien tú quieras.

Erta es un pueblo de cuatrocientos habitantes, que surge donde la llanura se eleva, poco antes de que se adapte a la forma de las montañas para transformarse en el valle Chisone. Había una fábrica de cemento, ahora cerrada, y una fábrica de cerveza artesana que sigue dando trabajo a quince personas. Recuerda un decorado de película: las fachadas de las casas con vigas, una calle principal por la que se entra y se sale, una plaza con la iglesia y el ayuntamiento y dos bares, una carnicería y una tienda de comestibles que también es estanco y quiosco. Si te asomas por detrás de la calle principal, se abren patios, y dentro de los patios hay construcciones nuevas (algunas son pajares reformados; otras, pajares sin más). Por un lado, el pueblo da al relieve de la montaña y los bosques; por el otro, da a la llanura que baja hasta Turín. Algunas casas parecen expulsadas del núcleo de la población, en dirección al torrente, donde el cadáver de la fábrica de cemento se está deteriorando. En cambio, la fábrica de cerveza está junto a la montaña, y se abastece del agua de un manantial que, según dicen algunos, es el auténtico secreto de la cerveza.

Todo eso lo sé ahora.

Aquel día, cuando bajé del autobús en la plaza del pueblo —a la derecha, la

parroquia; a la izquierda, el ayuntamiento—, aún no sabía nada. Y, desde luego, no sabía qué hacer. En la plaza había una fuente, cuatro árboles y dos bancos de madera y cemento. Un bar en la esquina. En el balcón del ayuntamiento ondeaba la bandera de Italia, y en la puerta del bar, una bandera que nunca había visto, con una cruz amarilla sobre fondo rojo y una estrella en la parte superior derecha. Miré a mi alrededor, perdido; no había nadie. Fui al bar. Cuando abrí la puerta, un tintineo de conchas acompañó mi entrada. Estaba oscuro, porque yo venía de la luz violenta del día y porque las ventanas estaban cubiertas de adhesivos y carteles. Las paredes estaban forradas de madera, había una máquina tragaperras en la esquina y no se oía música. Sentado ante la barra, un chico un poco mayor que yo hablaba con una mujer que podía ser su madre mientras ella secaba unos vasos y los colgaba boca abajo en unas guías. Los dos siguieron charlando hasta que la mujer me observó con atención y dijo:

¿Necesitas algo?

Debí de guardar silencio durante un tiempo insólito, porque dejó el vaso que estaba secando en la barra e intercambió una mirada con el chico, que en ese momento giró el taburete para darse la vuelta. ¿A qué esperaba? No es que tuviera muchas cosas que preguntar. En realidad, solo una. Debía pronunciar su nombre y, si era necesario, describirla. Describir a la mujer que yo conocía diez años atrás, cuyo rostro conservaba en la memoria más que ningún otro gracias a las fotos que había en casa. Tenía el pelo negro, a menos que se lo hubiera teñido o ahora fuera ya gris. Sabía que le llegaba al hombro a mi padre y, como yo ahora le llegaba a la nariz, eso significaba que ella me llegaba a la barbilla. Esa imagen me impresionó: Es más baja que yo. Sabía que tenía los ojos como los míos; que tenía cuarenta y dos años y que a veces, cuando estaba cansada, se encallaba en las efes, como si tartamudeara. Pero no tartamudeaba, sino que, por un instante, parecía que estuviese a punto de salirle de la boca una mariposa.

¿Necesitas algo?, repitió la mujer.

La miré como si acabara de tener un sueño.

Eh, dijo el chico. ¿Estás despierto?

Sí.

Está despierto, confirmó, y rio en dirección a la mujer, que permaneció

seria.

Giulia Desio, dije.

¿Quién?

Quería preguntar si conocen a una mujer llamada Giulia Desio.

¿Giulia Desio?

Tiene cuarenta y dos años. Y el pelo negro. Creo. Más o menos así de alta, e indiqué con la mano la altura del mentón. Era bastante delgada. Ahora no lo sé.

El chico hinchó los carrillos y negó con la cabeza. Dijo que nunca había oído ese nombre y que por allí había varias mujeres así de altas y bastante delgadas. La mujer enrolló el trapo, como si quisiera escurrirlo, y lo usó para espantar una mosca de la grapadora; dijo que el nombre tampoco le sonaba. De la trastienda salió un hombre con la barba gris y poblada y el pelo recogido en una cola de caballo. La mujer me pidió que repitiera el nombre. El sabor del nombre de mi madre en los labios era dulce y molesto. El hombre sorbió por la nariz, miró a la mujer y luego al chico:

¿No será la que vive detrás de la fábrica de cerveza? Luego se volvió hacia mí: ¿Por qué la buscas?

Soy su hijo.

¿No tienes un número de teléfono o algo?

No.

¿Estás seguro de que vive en Erta?

Me metí las manos en los bolsillos.

Eso creo.

Pregunta en el ayuntamiento, dijo la mujer.

¿En el ayuntamiento?

Tienen una lista de residentes.

Sí, dijo el hombre, pero no se lo dirán así como así...

¿Por qué no? Es su hijo.

No tiene nada que ver. Se necesita una solicitud oficial.

¿Hecha por quién?

¿Hecha por quién?, repetí.

Quizá... deberías preguntar a los carabineros.

Puse los ojos en blanco.

¿Has venido con alguien?

¿Cómo?

Me refiero a si te acompaña un adulto.

¿Adónde?

Aquí. Ahora.

No. He venido solo.

¿Tu padre sabe que estás aquí?

Yo... sí, él... creo que ha ido a preguntar a los carabineros. Para informarse.

El hombre se soltó la cola de caballo y movió el pelo gris para airearlo.

Pues será mejor que esperes hasta que vuelva.

Salí. Hacía rato que había pasado la hora de comer, hacía calor y empezaba a tener hambre. Me miré los bolsillos, como si alguien pudiese haberme metido dinero a escondidas como si pudiera haberme olvidado de un último billete arrugado al confundirlo con un tíquet. Pero no. Estaban tan vacíos como los había dejado. No sabía qué hacer y, al no saber qué hacer, lo peor que podía hacer era quedarme quieto esperando un milagro; así que se me ocurrió explorar el pueblo. Entré en patios donde alguna señora o algún niño me miraron para saber quién era, un perro me ladró. Dos gatos se revolcaban en el polvo. Salí del núcleo habitado, bajé por un sendero hasta el torrente y la vieja fábrica de cemento. Lo que más me impresionó, igual que me había ocurrido por la mañana, en el arcén de la carretera provincial, fue el silencio. No estaba acostumbrado. Allí, en el torrente, a la sombra de las paredes de ladrillos y de los silos oxidados, solo se oían el agua y el viento entre los árboles, que también parecía líquido; oía el zumbido de las moscas y otros pocos sonidos a los que no sabía poner un nombre. De repente, me entró mucho sueño, quizá por la noche en vela, quizá por el trayecto en bicicleta. Me senté con la espalda contra un tronco y cerré los ojos.

Me despertaron las hormigas que me andaban por el brazo. Me pregunté dónde estaba. El sol iba bajando por detrás de la montaña, las sombras se habían alargado. Me agaché sobre un peñasco que sobresalía del torrente, puse las manos en forma de copa, me enjuagué el sopor de la cara y regresé al pueblo. Tenía hambre. Qué idiota había sido al ir hasta allí sin información y

sin dinero en el bolsillo. En la plaza vi a un grupo de chicas hablando animadamente. Una de ellas era pelirroja. Cuando me acerqué, me sonrió y esperó a que yo dijera lo que tenía que decir. Me recordó a Violetta y me entraron ganas de volver a Turín, de entrar en su habitación por la ventana, sorprenderla y besarla y pedirle perdón, y besarla de nuevo.

Hola, dije, estoy buscando a una persona, una mujer. Y describí a mi madre.

Las chicas consultaron entre ellas, pero el nombre tampoco les decía nada. Luego la pelirroja dijo que había una mujer con la altura y el físico que yo había descrito; vivía encima de una tienda de comestibles, en la carretera que llevaba a una pedanía. Me explicó cómo llegar. Antes de despedirme, pregunté si tenían un caramelo o algo así y me ofrecieron un chicle.

Llegué a la tienda, que estaba abierta, y una señora anciana y muy delgada, que parecía salida de un cuento de hadas y duendes, me recibió con un saludo tan íntimo que, por un instante, pensé que me había confundido con alguien:

¿En qué puedo ayudarte?

Estoy buscando a Giulia Desio.

¿A quién?

A Giulia Desio. Me han dicho que la mujer que vive aquí arriba, encima de la tienda, podría ser ella.

Lo siento, chico, dijo la señora, pero la mujer que vive arriba es la hija de mi primo. Y no se llama Giulia Desio. En ese momento debí de poner una cara triste, porque, antes de salir de la tienda y de decir vale, perdone, olvídelo, la señora me detuvo: Espera. ¿Tienes más datos?

No.

¿Sabes dónde trabaja?

No.

¿Hace mucho que vive en el pueblo?

Si es este pueblo, creo que seis o siete años.

¿Si es este pueblo?

No estoy seguro.

La señora suspiró:

Pero ¿tú quién eres?

¿Yo? Yo soy... La mujer que busco es mi madre.

Hubo una absorción en el aire de la tienda, como si alguien nos hubiera

envasado al vacío.

Es una historia que merece la pena ser escuchada, dijo la señora. ¿Por qué no te sientas? Y me señaló una silla de madera que había en una esquina. ¿Quieres beber algo?

Dije que sí.

¿Un zumo de fruta?

Perfecto.

¿Melocotón? ¿Albaricoque?

Melocotón.

Lo cogió de detrás del mostrador, un zumo en botellín de cristal. Me lo dio. Empujó la silla hacia mí y dijo:

Siéntate. Ahora vuelvo. Y desapareció detrás de una cortina de anillas multicolores de plástico transparente.

Mientras bebía, vi en el mostrador, cerca de la caja, cuadraditos de pizza de tomate y de *focaccia* con palillos clavados para que los clientes los probasen. Me levanté con cuidado a fin de que la silla no crujiera, cogí un puñado y me los metí todos en la boca. Mientras intentaba no ahogarme, eché un vistazo a la cortina para ver si la señora regresaba y, en la penumbra, detrás de las anillas de plástico, entreví su silueta al teléfono; hablaba tapando con la mano la boca y el auricular para que yo no la oyera. Me acerqué a la pared y pegué la oreja a la cortina. No entendí con quién hablaba, pero entre los dedos cerrados para contener la voz se deslizaron palabras como «entreteno» y «normal» y «no lo sé». Luego la palabra «servicios». Y «deprisa». ¿Deprisa por qué? Pues nada, estaba claro que me había metido en la guarida de una persona de buen corazón que estaba avisando a no sé quién de que había que ayudar a un chico, lo cual, según mi experiencia, era como decir que había que investigar a un chico. Y yo no necesitaba que me investigasen, ni que descubrieran que mi padre estaba en la cárcel y que yo andaba por ahí solo. Necesitaba a alguien que me ayudara a encontrar a mi madre. Cogí otro puñado de trocitos de pizza y hui.

Corrí hasta la plaza. Las chicas ya no estaban. La sombra de las cumbres del oeste se alargaba sobre el pueblo y la temperatura estaba bajando. Fui a sentarme en las escaleras de la capilla derruida, detrás de la iglesia, para

quitarme de en medio y evitar tropezarme con los amigos de buen corazón de la señora o, peor aún, con alguien de los servicios sociales o con un coche de la policía. Saqué del bolsillo las postales de mi madre y las repasé una por una en busca de alguna pista que se me hubiera escapado. Nada. No encontré nada que no supiera. Nada que me dijera dónde buscarla si no era allí, en Erta, que si no era donde vivía, al menos debía de ser un lugar donde había estado varias veces.

De pronto, el sol desapareció. La noche iba creciendo a mi alrededor, aunque el cielo aún se veía claro, de un azul desleído, excepto por algunas nubes que ya se teñían de rojo y que atraieron a dos cuervos que no tenían ninguna posibilidad de alcanzarlas. Se encendió una farola. Tenía la sensación de encontrarme dentro de un cuadro que había visto en un libro de arte, en casa de Violetta: al fondo tenía un cielo y, en primer plano, un bosque, pero el cielo era diurno y en el bosque era de noche, y había un muro de una casa de campo iluminada débilmente por una farola y con las luces del interior encendidas.

Di la vuelta a la capilla derruida. Al otro lado había un estanque. En la orilla del estanque, un columpio hecho con una tabla colgado con cuerdas a la rama de un árbol. Me senté y me balanceé un poco, sin pensar en nada, mordiéndome de vez en cuando las pieles que rodean la uña del pulgar. Desde ahí se veía la llanura, sobre la que se extendía la neblina, y un tramo de la carretera provincial, con los coches en caravana. Los únicos ruidos eran los crujidos de las ramas y los chasquidos de las hojas; y una rana que croaba entre las cañas, a un salto de distancia del agua. En ese momento, pensé que no me habría importado vivir así. Y que aquella soledad ocultaba una forma de belleza.

Saqué fuerzas para moverme solo cuando con la oscuridad llegó el frío. Por la tarde había visto un viejo pajar abandonado en dirección a la fábrica de cemento; fui hasta allí y subí con la ayuda de una escalera de mano a la que le faltaban varios travesaños. Habría podido estar asustado o, qué sé yo, tener extrañas fantasías —al fin y al cabo, nunca había dormido así, sin un saco de dormir siquiera y en un lugar como aquel—, pero me sentía tranquilo, como si ciertas experiencias formaran parte de la vida y ahora me tocara a mí. Los lamentos del bosque y la montaña, arrastrados por el viento, se tumbaron a mi

lado. Fingí que no tenía hambre y que no tenía frío. Me tapé como pude con un montón de paja y esperé a que se hiciera de día.

Obviamente, dormí fatal. Se me metió en el pelo una araña, el tejado podrido parecía que estuviera a punto de caérseme encima de un momento a otro, y al amanecer no había un solo hueso del cuerpo que no me doliera. Por no hablar del hambre, tan intensa en ese momento que, si hubiera visto la rana de la noche anterior, me habría lanzado a capturarla. Mientras me enjuagaba la cara en la fuente de la plaza, pensé que lo único que podía hacer era regresar a Turín. Esperaría el autobús y le suplicaría al conductor. También podía enseñarle la bici y la rueda pinchada en la estación de Pinerolo como prueba de que había sufrido un contratiempo, y decirle que, como no tenía móvil, no podía avisar a nadie.

Me senté a esperar. De vez en cuando, repetía «qué idiota» negando con la cabeza. Poco antes de que el campanario de la iglesia diera las ocho, el autobús apareció por la curva. Repasé mentalmente las frases y la expresión; para resultar convincente, debía mostrarme amable y desesperado. Me humedecí los labios y sorbí por la nariz. El autobús estaba a doscientos metros; traté de verle la cara al conductor, pero el reflejo en el cristal me lo impedía. El vehículo se detuvo mientras los frenos silbaban y la puerta delantera se abrió delante de mí con un suspiro hidráulico. Abrí la boca para empezar a hablar, a justificarme, pero un señor tenía que bajar y me aparté. Luego una chica con una mochila escolar de la que sobresalía una raqueta de tenis. Por último, una señora con una bolsa de la compra, un tatuaje en el antebrazo y un niño al que le eché unos cinco o seis años; ella le ofreció la mano, porque los escalones eran altos, pero él le negó la suya, la escondió detrás de la espalda y dijo con aire desafiante:

Yo solo.

Está bien, es f-fácil, respondió ella, encallándose rápidamente en la efe, como el batir de las alas de una mariposa.

Bajó dándome la espalda para asegurarse de que el niño no se caía, preparada para sujetarlo en caso de que tropezara; pero él lo hizo muy bien, se agarró

donde podía y saltó al suelo con una sonrisa de orgullo pintada en la cara.

El conductor del autobús dijo algo. Tuve la impresión de que me hablaba a mí. Movi6 la boca, pero la voz se le qued6 colgando en los labios.

Ella se coloc6 bien el hombro del jersey azul que llevaba encima de una camiseta blanca, se baj6 la manga para tapar el tatuaje. En el cuello, un hilo transparente del que colgaban triángulos y óvalos de plástico de colores. Vaqueros remangados hasta las pantorrillas. Zapatillas de deporte amarillas. El pelo corto, estilo militar. En las orejas las marcas de los agujeros, sin pendientes. Con el pelo tan corto, la cabeza parecía singularmente redonda.

El conductor del autobús seguía hablando, hablándome. Un niño sentado en los asientos de delante se asom6 para ver qui6n era la persona a la que se dirigía el conductor cada vez con mayor impaciencia.

Era delgada, más delgada de lo que yo la recordaba. Se le marcaban las venas azules en el cuello. El pelo seguía siendo negro, pero menos, aunque todavía no era gris. No habría sabido decir en qué consistía la diferencia, aparte del corte. Pensé que tal vez en eso: en que era menos negro.

El conductor del autobús hizo un gesto con el brazo que entr6 en mi campo visual únicamente por error (desenfocado). Y dijo algo que hizo reír al niño que iba sentado delante.

No oí el resoplido con que se cierran las puertas de los autobuses. No oí el motor aumentando las revoluciones. No oí el crujido del asfalto. No oí nada, porque en ese momento la mujer se dio la vuelta, atraída por mi mirada ensordecedora, pero no del todo; ech6 un vistazo distraído por encima del hombro (el hombro del jersey que se acababa de colocar bien). Estaba a punto de volver a centrar su atención en el niño, que señalaba un gato apostado en una cornisa iluminada por el sol, cuando una bofetada, o algo

similar a una bofetada, le llegó desde dentro, desde un lugar lejano y muy profundo, y la obligó a girarse. La bolsa le resbaló de la mano y se le abrieron los labios.

¿Aquella luz era incredulidad? ¿Era miedo?

Avanzó paso a paso, como se hace con los animales para que no huyan. Yo no me moví. Se acercó más. Me estudió la frente, la nariz, el nacimiento del pelo, como si buscara algo que no encontraba. Yo estaba en lo cierto: ahora era más baja que yo, me llegaba a los pómulos. Hasta ese momento había sido como un sueño, yo era de piedra. Luego me cogió la mano, me tocó los dedos como si quisiera asegurarse de que no faltaba ninguno, y eso fue lo que desencadenó algo. El contacto. Su piel. Mi piel. Los ojos se llenaron de lágrimas. Me abrazó. La estreché contra mí. El niño nos miró sin entender nada, luego se acercó y le metió una mano en el bolsillo mientras golpeaba con la punta de los zapatos dos tapones de cerveza que alguien había tirado.

En mi cabeza sucedieron cosas extraordinarias. Recordé la vez que me perdí en el mercado de Porta Palazzo y mi madre me buscó entre las piernas de la gente y, cuando por fin me encontró, se puso de rodillas, ensuciándose los vaqueros, y me abrazó temblando. Recordé un día en el parque de atracciones, cuando tiré unas bolas, le di a un muñeco de Homer Simpson y lo gané; empecé a saltar de alegría, abracé fuerte a mi madre y ella me apretó contra el pecho como si el trofeo fuera yo. Recordé otro día, después del baño; mi madre me había puesto el albornoz y me friccionaba para secarme, ella sentada en el borde de la bañera y yo de pie. Todos mis recuerdos antes de los seis años están relacionados con mi madre. Ella y yo de la mano en la playa, esperando que las olas se nos acerquen y la espuma rueda hacia nosotros y nos moje los pies; los dos huimos un segundo antes riendo como locos. Un cangrejo. El sol reflejándose en el agua. La sal pegada a la piel. Gafas de sol. El viento que arrastra un sombrero. Ella me lleva al cuarto de baño para enseñarme un caos que debí de armar y que no recuerdo, y yo lloro, me tapo los oídos y escondo la cara en la falda —no te oigo, no te veo—, olor a pachulí y a algodón contra las mejillas. Yo señalo unos colines. La panadera se inclina y me ofrece uno. Miro a mi madre para saber si puedo aceptar. Ella sonrío —la sonrisa igual, sí—, yo lo cojo y me lo meto en la

boca. Es un colín largo y lo empujo tan adentro que me da tos. Sudo. Mi madre me quita la camiseta. Mi madre canta fingiendo que el cucharón es un micrófono. Laura Pausini. Café molido en el suelo. De rodillas, dibujamos caritas sonrientes: circunferencia, puntos, boca.

En esos recuerdos nunca están Asia, ni mi padre, tampoco mis abuelos. Solo nosotros dos. A veces algún desconocido.

Cuando nos separamos, esperé que ella hablara primero, pero por su mirada intuí que ella también esperaba que yo dijera algo antes. Por suerte, estaba el niño, que le tiró del jersey y dijo:

Tengo hambre. ¿Cuándo desayunamos?

Mi madre le dijo que sí a él, mirándome a mí: ¿Y tú?

Yo también tengo hambre, dije.

Y ella: Vamos a casa.

Echamos a andar por la carretera que había recorrido por la tarde, la que llevaba al río y al cadáver de la fábrica de cemento. El sol nos seguía y se adentraba con nosotros en el bosque como los dedos entre el pelo.

¿Tú quién eres?, preguntó el niño.

Ercole.

¿Y eres fuerte como Hércules?

Más o menos.

Él, dijo mi madre en voz baja, es tu hermano.

El niño me miró de reojo:

¿Mi hermano?

Yo miré a mi madre:

¿Mi hermano?

Mi madre dijo: Se llama Luca.

Tengo cinco años y medio, dijo Luca. Así, sin más. Y me enseñó la mano con los cinco dedos extendidos. Yo no sabía que tenía un hermano.

Yo tampoco, dije.

Entonces Luca se puso a hablar de todo lo ocurrido la noche antes, de lo grande que era y lo llena de objetos raros que estaba la casa de la señora a la que cuidaba mi madre, la viuda de un capitán del ejército enferma de alzhéimer. Se había visto obligada a pasar la noche allí y se había llevado a

Luca, que había dormido en la habitación de los hijos de la señora, que vivían en el extranjero. Luca siguió hablando hasta que llegamos a casa, como si sintiera la necesidad de invadir el silencio. Mi madre lo dejó hablar. Me habría gustado que me preguntara enseguida cómo había llegado hasta allí, cómo la había encontrado; y yo habría podido enseñarle las postales y decirle que había dejado la bici delante de la estación de tren de Pinerolo. Pero ella no preguntó nada. No dejaba de mirarme de reojo, se mordía el labio y sonreía, siguiendo un hilo de pensamientos que de vez en cuando perdía y que era suyo, solamente suyo.

Era una casa de esas que parecen haber sido construidas fuera del núcleo de la población para expiar una culpa. Era grande, pero de cerca se notaba enseguida su estado decadente. Parte del edificio estaba ocupado por un pajar en ruinas. Las paredes se veían llenas de desconchones y una zona del tejado solo estaba cubierta por un trozo de hule. Lo mejor era el bosque: los árboles estaban tan cerca que casi llamaban a las ventanas. Colgado de un saliente de la fachada, vi un casco de fútbol americano amarillo con el número 10 en rojo, sucio y manchado por el tiempo. Entramos. La puerta daba a una sala con cocina americana; era un poco más grande que la nuestra y tenía, como la nuestra, un sofá y la televisión empotrada en el aparador. Una mancha de humedad se iba comiendo la pared de detrás de la nevera. En la mesa, donde mi madre había dejado la bolsa y las llaves, había pan duro y una caja metálica llena de lápices de colores. En el suelo, el cuenco de un gato. Mi madre aún no había abierto la boca y seguía mirando a su alrededor como si las palabras estuvieran escondidas bajo un mueble, hasta que le pidió a Luca que me enseñara su habitación mientras ella ponía la mesa para desayunar. Lo dijo cohibida y feliz.

Repitió: Voy a hacer el desayuno.

Luca giró sobre sus talones fingiendo ser un robot y yo lo seguí.

El resto de la casa estaba formado por un pasillo al que daban un cuarto de baño y dos habitaciones, una de mi madre y la otra de Luca. El piso de arriba, al que se accedía a través de una escalera exterior, era inutilizable. Le eché un vistazo al cuarto de mi madre, y en una silla vi un pantalón de hombre, con el cinturón colgando de las trabillas, y una camisa a cuadros rojos y negros

colgada de una percha en el tirador de la ventana.

¿Vienes?, dijo Luca.

Sí.

En su habitación había una cama verde de metal, un arcón y un mueble; las paredes estaban cubiertas de dibujos hechos con lápices pastel: árboles con nariz, balones de fútbol, misiles.

Dije: A mí también me gustaba dibujar en las paredes.

Cogió un coche de la mesilla y se sentó en la cama:

¿Y tú quién eres?

¿Ella es tu mamá?

¿Ella?, preguntó Luca señalando hacia la sala.

Sí.

Sí.

Dije: También es mi mamá.

Luca achicó los ojos hasta convertirlos en una rendija.

Y tengo una hermana, se llama Asia. Y tu mamá también es su mamá.

¿Y quién es tu papá?

El mío se llama Pietro.

El mío, Nicola.

¿Y dónde está ahora?

Se ha ido.

¿Adónde?

Luca se encogió de hombros.

¿Va a volver?

Los encogió de nuevo:

¿Eres fuerte como Hércules? ¿En serio?

Pues claro.

Luca torció los labios, como diciendo «anda ya...».

Le indiqué que se acercara y saqué bíceps. Luca se levantó de la cama y me lo apretó tan fuerte como podía con las dos manos. Luego él también abrió los brazos y tensó los músculos; yo le hice lo mismo, pero con dos dedos, y dije que un día sería más fuerte que yo. Tenía los ojos claros y rasgados, como la gente que vive en países donde hay mucho hielo; supuse que los había heredado de su padre. Cogió una caja de Lego, volcó su contenido y me

pidió que lo ayudara a construir una base espacial. Y eso fue lo que hicimos hasta que apareció nuestra madre para decir que el desayuno estaba listo.

Al principio, la televisión llenaba el silencio. Luca hacía correr un cochecito por una yincana de galletas; cada vez cogía una, la mojaba en la leche y se la tragaba como si fuera gasolina. Mi madre cortaba trozos minúsculos de pan, los untaba con una capa muy fina de mermelada y los masticaba despacio. Me miraba cuando yo no la miraba; si no, apartaba los ojos y sonreía. De pronto, me preguntó por los estudios, si me había matriculado en el instituto artístico.

Dijo: Se te daba tan bien dibujar. Y luego: A Luca también se le da bien dibujar.

Dije que había visto los dibujos en la habitación y que no, que no me había matriculado en el artístico, sino en un instituto profesional.

Es una pena.

Sí.

¿Sigues dibujando?

No.

¿Por qué?

No lo sé. Tengo otras cosas que hacer, supongo.

¿Por ejemplo?

No lo sé... Los amigos, el baloncesto.

¿Juegas al baloncesto?

Me gusta tirar a la canasta.

De pequeño te gustaba el tenis.

¿El tenis?

Sí.

¿Qué dices? No es cierto.

Mi madre dejó el cuchillo con expresión indignada.

Claro que es cierto.

Dije: Nunca me ha importado un pimiento el tenis.

¿Y por qué crees que te lo digo?

No lo sé. Puede que te confundas. Estuve a punto de decir: «de persona», pero el hecho de pensarlo me pinchó, como si las palabras tuvieran espinas;

me pareció algo ofensivo y no quería ofenderla, así es que me tragué las palabras.

Entonces ella dijo: ¿Y con quién iba a confundirte?

Bajé la mirada y seguí bebiéndome la leche.

Mi madre emitió un suspiro lento, como si el aire fuese resina:

Te llevaba al parque Ruffini después de la guardería, ¿te acuerdas?

Asentí.

En el parque, detrás del pabellón de deportes, hay pistas de tenis. Cuando pasábamos por delante, te agarrabas a la valla metálica, metías la nariz entre los rombos y te quedabas mirando. Siempre lo hacías. Estabas literalmente hipnotizado. Para alejarte de allí, siempre tenía que discutir contigo. Aplastabas la cara contra la valla metálica con tanta fuerza que te quedaban marcas en las mejillas. Una vez, estaba hablando con alguien, no recuerdo con quién, me distraje y entraste en la pista; un chico que estaba jugando te dijo que te acercaras y te dio la raqueta, y tú intentaste darle a la bola, pero eras muy pequeño y casi no podías sujetarla. No querías marcharte. Te echaste a llorar y, para consolarte, te prometí que iríamos a tomar un helado, pero tú no callabas y entonces el chico te regaló una pelota de tenis.

He terminado, ¿puedo ver los dibujos?, dijo Luca.

Mi madre hizo una pausa para recobrar el aliento, bebió agua y luego añadió:

Dormiste seis meses con la pelota.

¿Mamá?

Dime.

He terminado. ¿Puedo ver los dibujos?

Sí... sí, claro. Ve.

Dije: ¿Dónde acabó?

¿El qué?

La pelota.

Supongo que la perdiste.

Si era tan importante...

No sé dónde acabó la pelota, Ercole. Eso no lo recuerdo.

Mientras Luca veía los dibujos, la ayudé a quitar la mesa. Si pienso en todas

las cosas que teníamos que decirnos y en cómo evitábamos cuidadosamente decir las, me parece increíble. Nuestra capacidad de hacer como si nada, de ahogar las preguntas, es extraordinaria; y lo hacemos porque, por muy mal que nos haga sentir el hecho de no saber, siempre existe la posibilidad de que la respuesta nos haga sentir peor. Y nos callamos. ¿Hay que recoger las migas? Pues recogemos las migas. ¿Hay que tirar la basura? Pues tiramos la basura. ¿Hay que barrer? Pues barremos. Seríamos capaces de limpiar el mundo entero para no tener que abrir uno, solo uno de los cajones de nuestro interior.

¿Por qué te fuiste exactamente?

¿Por qué no intentaste explicarlo?

¿Por qué no dejaste una carta?

¿Alguna vez te has arrepentido?

¿Me has echado de menos?

¿Por qué no trataste de resolver los problemas quedándote con nosotros?

¿Qué has hecho todos estos años?

¿Viniste enseguida a vivir aquí?

¿Quién es Nicola, el padre de Luca?

¿Dónde lo conociste?

¿Ya lo conocías antes de dejarnos?

¿Cuando nació Luca pensaste en mí?

¿Has pensado en mí de vez en cuando?

¿Por qué no me preguntas cómo he descubierto dónde vives?

¿Por qué no me preguntas cómo está Asia?

¿Por qué no me preguntas cómo está papá?

¿Nunca has estado a punto de hablarle a Luca de Asia y de mí?

¿Qué significa el tatuaje?

¿Puedo verlo?

¿Cuándo te lo hiciste?

¿Me has echado de menos?

¿De quién son el pantalón y la camisa a cuadros rojos del dormitorio?

¿Son del padre de Luca?

¿Va a venir alguien?

¿Va a venir el dueño del pantalón?

¿Has vuelto alguna vez a Turín?

¿Y a Cenisia, a nuestra casa?

¿Fuiste algún día a la puerta de nuestra casa, y quizá yo estuviese dentro dibujando monstruos y tú en la calle, mirando hacia arriba, y si me hubiera asomado, te habría visto?

¿Por qué no me preguntas si te he echado de menos?

Y a mí, ¿me has echado de menos?

Eso es lo que me habría gustado saber. Pero solo pregunté si podía ducharme. Después de la sudada del día anterior y de la noche en el pajar, sentía necesidad de lavarme. Mi madre me acompañó para enseñarme cómo funcionaba la mampara, porque había que tener cuidado al cerrarla. Cogió una toalla de la estantería, la dejó sobre la lavadora y salió. Abrí el grifo para que el calentador se pusiera en marcha; mientras tanto me desnudé y eché la ropa sucia en un cestillo que había debajo de la ventana. Vi una grieta muy grande en el techo. Deslicé la puerta de la mampara por dentro de la guía, como me había dicho mi madre, y cuando el chorro me dio en la nuca y los hombros, ronroneé, satisfecho.

No hacía tanto tiempo que había dejado de pensar en los monstruos de las paredes. Alrededor de los doce años, un día, durante las vacaciones de Navidad, al salir de trabajar de la tienda del mimbrero, que en esas fechas siempre vende mucho, compré masilla y pintura, cogí un cubo y una espátula y tapé todas las grietas de casa, una por una. En la cocina. En el cuarto de baño. Sobre todo en la habitación. Primero las ensanché con el filo —y eso me dio miedo, porque si eran más anchas, sería más fácil pasar por ellas— y luego retiré lo que parecía compacto y en realidad no era más que una especie de pasta. Limpié el polvo y los fragmentos de pintura de la superficie. Procuré que la masilla penetrara hasta el fondo. Esperé a que se secase. Lijé y le di una mano de pintura, pero no era igual que la anterior y, como no tenía ganas de pintar las paredes enteras, al final parecía que a la casa le hubiera salido un eczema. Me gustan los trabajos manuales. Me despejan la mente. Recuerdo que una tarde, mientras observaba los esfuerzos del viejo mimbrero para tensar bien la rafia y lo veía apretar los dientes para contener el dolor de

los dedos, él me miró con sus ojos devotos, amarillentos a causa de la edad, y dijo con un hilo de voz:

Recuerda, Ercole, que cada vez que hacemos algo bien y a conciencia destruimos el mal que llevamos dentro.

Salí de la ducha, me enrollé la toalla a la cintura y al volver a la cocina dejé las huellas húmedas de los pies en el suelo de baldosas. Mi madre estaba sentada en el sofá con Luca, viendo los dibujos animados. Cuando aparecí, se dio la vuelta; deslizó su mirada sobre mí, como si me tomara medidas y hubiese algo que no le cuadrara.

Dije: Necesito ropa limpia.

Claro, respondió. Se levantó, pasó por mi lado y entró en el dormitorio. A los pocos segundos, salió con un pantalón corto marrón con bolsillos laterales, una camiseta, unos calcetines de rizo grises y unos calzoncillos.

Seguro que el pantalón te queda ancho, pero puedes estrecharlo con el cinturón.

No hay problema.

Luca se puso de pie sobre los cojines, cogió un balón de detrás del sofá y me preguntó si salía a jugar.

Mi madre sonrió, dijo: Adelante, hace un día espléndido. Y con un dedo recogió una gota que desde el pelo me estaba resbalando por el cuello.

Pasé el día jugando a la pelota con Luca y explorando los alrededores. Luca me enseñó un agujero en la roca del que, según él, salían murciélagos. Tenía un montón de lugares secretos que enseñarme: troncos huecos, puntos donde se podía cruzar el torrente saltando sobre piedras, charcas donde ir a coger renacuajos, un peñasco en forma de espalda de elefante. Era un niño hablador y entusiasta, siempre emocionado con algo. Por la mañana, nuestra madre dio un paseo con nosotros, pero después de comer dijo que estaba cansada y que no se encontraba muy bien; se acostó y no volvimos a verla hasta la hora de cenar. Al anochecer, después de ver el episodio de *Masha y el oso*, Luca empezó a deslizarse un cohecito arriba y abajo por los muebles, se acercó al fregadero donde estábamos lavando los platos y preguntó:

¿Cuánto tiempo se va a quedar Ercole?

Mi madre dijo: El que quiera.

¿Dormirá en mi habitación?

Mi madre dejó de fregar, dijo:

Pues... no lo había pensado... Yo puedo dormir en el sofá y tú, Ercole, puedes dormir en mi cama, si quieres.

Puedo dormir yo en el sofá, dije.

¿Por qué no puede dormir en mi habitación?

Porque en tu habitación solo hay una cama.

Tenemos la colchoneta de papá, dijo Luca.

¿Quieres que duerma en la colchoneta?

También hay un saco de dormir. Es mejor que yo duerma en la colchoneta con el saco de dormir y Ercole en mi cama.

Mi madre siguió fregando los vasos y se salpicó la cara de espuma. Sonrió y dijo: Haced lo que queráis, chicos. Decidid vosotros.

Luca se fue corriendo. Poco después lo oímos gritar:

Ayudadme a hincharlo.

Entonces me sequé las manos y fui a ayudar a mi hermano a hinchar la colchoneta de su padre. La colocamos a los pies de su cama. Cogió el saco de dormir del arcón, se puso el pijama, se metió dentro y cerró la cremallera hasta desaparecer. No sé si se durmió al momento, pero no lo oí más. Yo, por mi parte, no sabía cómo moverme, no sabía qué hacer. Me habría gustado lavarme los dientes, pero no tenía cepillo. En ese instante entró mi madre con varias cosas en la mano: un pantalón corto de fútbol blanco, varias camisetas, un albornoz y unas zapatillas de andar por casa.

Está todo limpio, dijo.

Aquella noche dormí poco. El viento soplaba con fuerza y los postigos ululaban como cachorros. Al día siguiente, lo que me despertó fue el silencio. El viento se había calmado. La luz tímida de la mañana empujaba la sombra de los árboles dentro de la habitación. El saco de dormir de Luca estaba hecho un ovillo sobre la colchoneta. No me levanté enseguida. Me quedé tumbado, con los brazos separados del cuerpo, tratando de ordenar los acontecimientos del día anterior, de ponerles nombre a las emociones, pero era como estar con las piernas abiertas en medio del río intentando coger peces. Empecé a sentir un peso en la vejiga. Fui al baño a mear y, mientras

meaba, entró Luca.

Eh, dije. Hay que llamar, ¿no?

Luca dio dos golpes en la puerta con la punta de los dedos, impasible, mientras yo me subía la bragueta.

El desayuno. Está. En la mesa, dijo con voz de robot.

¿Y mamá?

Ha. Salido.

¿Adónde ha ido?

No. Lo. Sé.

¿Cuándo volverá?

No. Lo. Sé.

Oye, si quieres poner voz de robot, ¿podrías hacer de C-3PO? Por lo menos es un androide de protocolo y habla correctamente seis millones de lenguas, no como si fuera un GPS con hipo.

...

¿Sabes quién es C-3PO, no?

...

Dije: ¿No sabes quién es C-3PO?

...

¡Oh, cielos!, dije imitando la voz del androide mientras me echaba hacia atrás, con los brazos a noventa grados. Si Luca hubiera sabido quién era C-3PO, eso lo habría hecho reír. Pero nada.

Mi madre no estaba. Había salido antes de que nos despertáramos. La cama tenía las mantas bien puestas, como si no hubiera dormido en ella, pero yo la había oído levantarse por la noche para ir al baño. Cogí la leche de la nevera y comprobé que no estuviera caducada, busqué las galletas y desayuné mientras observaba a Luca, que estaba viendo los dibujos animados tirado en el sofá.

¿Suele dejarte en casa solo?, pregunté mientras la galleta absorbía la leche.

Hoy estás tú, dijo sin apartar los ojos de la pantalla. Luego apagó el televisor y vino a sentarse delante de mí: ¿Quieres salir?

¿Para ir adónde?

Al bosque.

A la hora de comer, mi madre aún no había vuelto y Luca empezaba a tener hambre. En la nevera encontré huevos, queso y mayonesa: nos hicimos unos bocadillos de tortilla y nos los comimos en el sofá viendo la televisión. Mientras Luca terminaba el suyo, fui al lavabo a enjuagarme la boca para quitarme los restos de mayonesa. Al volver me detuve en el umbral del cuarto de mi madre. Entré. El pantalón y la camisa de hombre seguían allí. Cogí el teléfono inalámbrico de la mesilla y marqué el número del móvil de Asia; me lo sabía de memoria. Sonó cuatro veces antes de que contestara: ¿Diga?, con la voz circunspecta que ponía cuando no conocía el número.

Soy yo.

Asia bajó la voz y percibí que se movía; debía de estar en el restaurante e imaginé que se dirigía al rincón de las revistas.

¿Se puede saber dónde estás?

En Erta.

¿Dónde?

En casa de mamá.

...

...

...

¿Sigues ahí?

Dijo: ¿Es una broma?

No.

La oí respirar a través del teléfono.

Pregunté: ¿Y papá?

Está bien. La policía solo quería interrogarlo.

¿Por qué?

Un robo en una empresa donde estuvo haciendo algo, un trabajo, no entendí el qué. El problema fue que cuando se presentaron en casa, él los trató a su manera, ya me entiendes... Qué coño queréis, fascistas, y todo eso. Y claro, ellos se pusieron nerviosos. Palabras gruesas. Sillas por los aires. En ese momento llegaste tú.

¿Y ahora dónde está?

Lo han soltado. El amigo de Andrea lo arregló todo. Tienen que volver a interrogarlo, pero dice que él no tiene nada que ver con el robo.

Bien.

¿Y tú?

¿Yo qué?

¿Tú cómo estás?

Me tendí en la cama de mi madre y observé el techo manchado de luces y sombras:

Tenemos un hermano. Se llama Luca. Tiene cinco años.

...

Cinco años y medio en realidad. Seis en octubre.

No sé si me apetece saberlo.

No para quieto. Le gusta poner voz de robot.

¿Y ella?

Miré las paredes en busca de una respuesta y al deslizar la mirada me fijé en un cuadro colgado entre las ventanas. Era una pintura de verdad, hecha a mano, no una lámina: una sucesión de colinas, en otoño, con una rama grande en primer plano, en la parte superior derecha, y una hoja de la rama que caía en dirección al suelo. Era el cuadro que estaba colgado sobre la cama de mis padres y que mamá se había llevado el día que se fue.

Dije: No lo sé. Si quieres saber cómo está, no puedo decírtelo. Hemos hablado poco, básicamente de tonterías. No sé cómo está. Y no sé cómo estoy yo. Todo esto me parece un lío.

Vuelve.

...

Ercole, escúchame. Vuelve aquí.

No.

Dame la dirección y voy a recogerte.

No. Ahora no.

Ahí no hay nada para ti, hazme caso.

En ese momento, oí ruidos en la sala y a Luca exclamar:

¡Mamá!

Me tengo que ir, dije. Si necesito algo, te llamo.

Ercole...

Avisa tú a papá. Dile... No lo sé. Invéntate algo, Asia.

Sí.

Te quiero.

Mi madre se había ido a trabajar. Eso dijo. Y que Luca lo sabía, pero que Luca nunca decía nada. Desde hacía un año le hacía compañía a una señora enferma de alzhéimer tres mañanas y dos tardes a la semana. De vez en cuando tenía que pasar la noche allí. En aquellas fechas, desde que el colegio estaba cerrado, se veía obligada a llevarse a mi hermano, ya que no tenía con quién dejarlo, pero ese día, al verlo dormir tan a gusto dentro del saco, a los pies de la cama donde dormía yo, no había tenido valor para despertarlo. Le dije que habría podido dejar una nota para decirme dónde estaba y a qué hora volvería. Ella repitió que Luca lo sabía —¿a qué otro sitio habría podido ir? — y que creía que él me lo diría. Y luego, antes de que yo pudiera añadir nada, propuso que, como hacía calor, fuéramos a bañarnos a las charcas. Luca chilló, feliz, y corrió a ponerse el bañador. Ella me sonrió y dijo:

Vamos a buscarte algo.

Fuimos a su cuarto, abrió un cajón; dentro había ropa interior de hombre y muchas cosas más, como unos relojes. Rebuscó hasta encontrar un bañador azul oscuro, largo hasta la rodilla.

Dijo: Si te viene grande, puedes ponerte el pantalón corto que te di como pijama y...

¿De quién es todo esto?

Ella miró en el cajón como para entender a qué me refería.

De Nicola.

¿El padre de Luca?

Sí.

¿Y dónde está?

Se metió un dedo en la boca y empezó a morderse las pieles:

Ya no vive conmigo. Y lo dijo como si fuera algo obvio.

¿Desde cuándo?

Desde hace casi dos años.

¿Dos años?

Sí.

¿Y te ha dejado aquí sus cosas?

Sí.

¿Incluso ese pantalón de ahí?, dije señalando la silla.

No, dijo, ese no es de Nicola.

Esperé a que me dijese de quién era, pero no lo hizo; y, aunque tenía ganas de saberlo, sobre todo de saber cómo había sido su vida desde que nos abandonó, no añadí nada. En cuanto al amor..., al fin y al cabo, mi padre estaba con la tía pintada de verde y azul y Asia estaba con Andrea. Mi madre podía verse con quien le apeteciera, estaba en su derecho. Pensé en Violetta y sentí una punzada en el centro del pecho. Tenía que llamarla, o escribirle, pedirle perdón. Luca entró en la habitación con una toalla atada al cuello, un flotador en cada brazo y un bañador estampado con imágenes de Joker. Dio una voltereta sobre la cama, empezó a saltar encima y los muelles chirriaron.

Las charcas estaban a veinte minutos a pie de la casa; había que ir por un sendero que se abría en el bosque, entre montones de helechos y ortigas, y que llegaba hasta el torrente, al pie de una gran roca, bajo una pequeña cascada. El agua estaba muy fría, pero Luca se zambulló como si fuera una piscina y dijo que si yo no me metía era un cagueta y que mamá era una vieja. Cuando ella fingió que le daba miedo el frío, él empezó a gritar: Vieja, vieja, vieja, y mi madre y yo nos metimos juntos, nos abalanzamos sobre él para ahogarlo y nos salpicamos protestando por el frío.

Cuando salimos a secarnos, mientras Luca jugaba a construir un dique, le pedí a mi madre que me enseñara el tatuaje. Ella alargó el brazo. Era una rama de rosal llena de espinas, que le mordía la piel y la hacía sangrar.

Dije: Es bonito.

Asintió.

¿Por qué te lo hiciste?

Me gustaba.

¿Te lo hiciste por Nicola?

¿Por Nicola? ¿Por qué habría tenido que hacérmelo por Nicola?

Señalé el electrocardiograma que tenía en el pecho y que asomaba por la parte de arriba del biquini:

Ese te lo hiciste con papá.

Ya, pero este no tiene nada que ver con Nicola. Es por mí. Solo por mí.

Seguí con la mirada el vuelo de un pájaro de un árbol a otro; llevaba algo en

la boca, tal vez comida:

¿Cuánto tiempo puedo quedarme?

Ercole..., puedes quedarte todo lo que quieras. Estás en tu casa.

Es verano. No tengo nada que hacer.

Luca se sentirá f-feliz si tiene una excusa para dormir en la colchoneta el resto del verano.

No tengo ropa. No tengo nada.

¿Puedes volver a cogerla?

¿Y qué le digo a papá?

¿Papá no sabe que estás aquí?

No.

Mi madre se miró la punta de los pies:

¿Él cómo está?

Bien, dije.

¿Y Asia?

También. Los dos están bien. Asia se ha ido a vivir con su novio.

¿En serio?

Sí.

¿Ya es tan mayor?

Tiene veinte años.

Repitió: Tiene veinte años. Luego: ¿Quién es él?

Es su jefe. Se llama Andrea. Tiene un restaurante. Asia lo ayuda en la cocina. Ella es un genio en la cocina.

Mi madre sonrió como si estuviera triste:

No sé a quién habrá salido. Yo en la cocina siempre he sido un desastre.

Intenté recordar un plato suyo que me gustara mucho para decirle que no, que ella también cocinaba bien, pero no se me ocurrió ninguno. Mis recuerdos vinculados a la comida empiezan con los revoltillos de Asia. Luca me llamó. Había acorralado una ranita en un lado del torrente y quería que lo ayudara a cogerla con la mano. Volvimos a casa cuando el sol se ponía. Esa noche me quedé profundamente dormido y no tuve sueños. De madrugada Luca se quejó, no sé por qué; le pregunté si estaba bien sin abrir siquiera los ojos. Él salió del saco de dormir y se tendió en la cama, a mi lado. Me pegué a la pared para hacerle sitio. El pelo le olía a torrente.

Al final, mi madre me dio dinero para que cogiera el autobús y volviese a Turín a coger lo que necesitara, aunque lo que realmente necesitaba era cada minuto que el verano me concediera. Durante el viaje, deslicé la mirada a través de la ventanilla. Tenía mil cosas en la cabeza. Me costaba creer lo que estaba sucediendo. Por lo que yo sabía, en los últimos siete años nunca me había buscado, y sin embargo se la veía feliz de tenerme allí. No entendía cómo era posible.

Al llegar a casa, deseé que mi padre no estuviera; no tenía ganas de verlo, de tener que justificarme, de hablar con él de mamá. No sabía cómo iba a tomárselo. No sabía qué le habría dicho Asia. Ni si le habría confesado que le ocultó las postales. No sabía si le habría dicho que yo estaba en casa de mi madre, y dónde, y que si no le parecía bien, pues solo tenía que ir a buscarme. Asia tenía el número desde el que yo la había llamado —estaba seguro de que lo habría grabado— y, por tanto, podía telefonar.

Mi padre no estaba en casa. Había recogido los cristales rotos y colocado bien las sillas, pero el suelo seguía pegajoso. Cogí una bolsa y metí vaqueros, camisetas, calzoncillos y calcetines. Cogí mi cepillo de dientes y mi albornoz. No necesitaba nada más. Pensé si debía ir al restaurante a ver a Asia y Andrea —¿para decirles qué?— y decidí que no. Me llevé un paquete de galletas saladas y una manzana que ya tenía bichos rondando y fui a coger el autobús de vuelta.

Cinco

La bala ya está en el cerebro; la actividad cerebral no podrá continuar superándola siempre en velocidad, y nada la detendrá por arte de magia.

TOBIAS WOLFF

Un kit de supervivencia debería contener: un eslabón para hacer fuego; cerillas por si no podemos encenderlo con el eslabón; una vela; hilo y aguja; filtros para depurar el agua y evitar que nos dé fiebre o cagalera; una brújula; un espejo para reflejar la luz o para mirarnos en caso de necesidad (por ejemplo, si tenemos que desinfectarnos un corte en la mejilla); anzuelos y sedal para pescar; más hilo, porque el hilo nunca sobra; imperdibles para unir telas o prendas de ropa; una sierra de filo metálico para cortar ramas. Guías y mapas. Raciones de comida. Todo lo necesario para los primeros auxilios.

La primera noche en el bosque Luca y yo nos llevamos: una linterna (porque el fuego estaba prohibido y porque nuestra madre dijo que le daba miedo); una tableta de chocolate; un silbato que Luca había insistido en coger y que nos serviría para ahuyentar a los animales salvajes; dos tiritas; dos mantas y un saco de dormir. Tienda de campaña no, porque no llovía. Nos alejamos lo bastante de la casa para no ver la luz de las ventanas. Tendidos en el suelo, uno junto al otro, inventamos nombres para las estrellas que veíamos entre las copas de los árboles. Luca las señalaba con la linterna y el foco de luz se perdía en los retazos de cielo que había entre las hojas. El bosque era una sinfonía de crujidos y el aire contenía mil olores a los que no estaba acostumbrado. De nuevo pensé que no me importaría vivir así.

A pesar de su edad, Luca tenía un gran sentido del humor, una forma ligera de estar a tu lado. Lo observé blandir la linterna como si fuera una espada láser y pensé que me gustaba tener un hermano además de una hermana. Y

que me gustaba ser el hermano mayor además del menor. Ser el hermano mayor conllevaba una responsabilidad nueva, era un estímulo. Luca hacía un montón de preguntas a las que yo no sabía responder, y se me ocurrió que todos somos adultos respecto a otros, y que serlo no significa saberlo todo; aunque en el fondo, muy dentro de mí, cuando hacía una pregunta que yo no sabía contestar, sentía que estaba fallándole. Me entraban ganas de ponerme a estudiar para satisfacer su curiosidad. Pensé que los mayores y los niños se educan mutuamente, y que la curiosidad es lo más importante del mundo.

Una luz arañó el cielo y luego se disolvió en el centro de la Osa Mayor. Luca se puso en pie de un salto:

Una estrella fugaz. ¿La has visto? Una estrella fugaz.

Y me preguntó cómo funcionaban las estrellas fugaces; me inventé una historia divertida con la que se partió de risa y pensé que, en cuanto me fuera posible, averiguaría cómo funcionaban.

Después, no sé por qué, nos pusimos a hablar de mi padre y de su padre. Dijo que lo que más recordaba era que se divertía mucho con él, que lo hacía reír. Me preguntó si mi padre también era divertido y le dije que sí. Luca me pidió que le contara algo cómico que hubiera hecho con él y me vino a la cabeza cómo acabó la historia del calvo, aquel día que me vi obligado a bajar al sótano y a llevarme a mi padre para evitar que lo vieran borracho. Habían pasado, qué sé yo, siete años, pero lo recordaba como si hubiera sido el día anterior. Mientras yo deambulaba con él por el barrio, el calvo le dijo a Asia que lo mandaba el padre Lino. El caso es que mi padre había visto al párroco descargando vino de misa, se había ofrecido a ayudarlo y había desaparecido una caja de seis botellas. El sacerdote creía que mi padre podía saber algo. Al día siguiente, cuando volvió a casa después del mercado, yo estaba en mi cuarto dibujando monstruos y Asia en casa de una compañera de clase; me aseguré de que estaba sobrio, fui a la cocina y, armándome de todo el valor de mis ocho años, le dije:

Tienes que ir a ver al padre Lino.

¿Por qué?

Dice que has robado botellas de vino de misa.

No es cierto.

Ve a hablar con él.

Ese cura en un maldito mentiroso, no tengo nada que decirle.

Si no vas, nos mandará otra vez al calvo de buen corazón.

¿Qué calvo?

El que vino ayer a ver cómo estamos.

Estamos de lujo, dijo mi padre, y abrió la nevera en busca de una cerveza o de cualquier otra cosa. Pero la nevera estaba vacía. Resopló por la nariz. La cerró. Se quedó mirando la puerta forrada de pósitos de la misma manera que los magos miran los baúles antes de sacar de su interior a una joven cubierta de lentejuelas. Luego la abrió de golpe, pero dentro seguía habiendo lo mismo: unas zanahorias y unas cortezas de queso. Esperó a que ocurriese algo que no ocurrió, se dio la vuelta para mirarme y vi una luz en sus ojos.

Ven conmigo, dijo.

La parroquia del padre Lino estaba en la calle del mercado. Llamamos, nos abrieron; en el pasillo, frente al despacho del párroco, lo vi sentado tras una mesa: era él, el calvo. Recuerdo que pensé: «¡Ouh!», porque en aquella época siempre veía los *Simpson* y mis compañeros y yo decíamos continuamente «¡Ouh!». Al vernos entrar, se levantó, alargó un brazo y tendió la mano para presentarse; dijo que el día anterior había ido a nuestra casa y había tenido el placer de conocer a Asia, una niña encantadora. Mi padre ignoró la mano. Lo que hizo fue abrir los brazos e inclinarse sobre la mesa. El señor Lorenzo abrió los ojos como platos, como si tuviera delante un camión a punto de atropellarlo.

No sabe, dijo mi padre, no sabe cuánto siento no haber estado en casa en ese momento. Estaba fuera. En el trabajo. Dar de comer a este animal, me alborotó el pelo, y a su hermana es tarea de mineros. No se lo imagina. Comida a espuestas. ¿Usted tiene hijos?

No.

Hace bien. ¿Está el padre Lino?

Voy a avisarlo.

No se moleste.

Mi padre me cogió de la mano y rodeamos la mesa. Antes de que el calvo tuviera tiempo de decir «evangelio», nos metimos dentro. El padre Lino estaba fumando un puro junto a la ventana entreabierta, por la que entraba

una brisa ligera. La radio retransmitía una música tranquila y el aire olía a papel. Era la primera vez que entraba en su despacho. Había dos cuadros grandes, con unas sombras imponentes, con mucho rojo y mucho amarillo y una mujer de ojos exaltados. Había cómodas de madera, un candelabro, unas cintas VHS encima de un viejo reproductor de vídeo y, sobre todo, libros por todas partes: finos y gruesos, viejos y nuevos, con letras doradas en relieve o envueltos en celofán, apilados en las repisas, amontonados sobre un arcón, incluso en el suelo. En nuestra casa no había libros. Solo los escolares, los míos y los de Asia. Pensé que, si tenía tantos, era porque en aquellas páginas había escritas cosas de valor, cosas que merecían la pena.

El cura aspiró por la boquilla del puro y echó el humo a través de la rendija de la ventana.

Pietro, exclamó con alegría.

Padre Lino, respondió mi padre con el mismo énfasis.

El sacerdote apagó el puro en un cenicero escondido entre las macetas. Me sonrió:

Y el pequeño Ercole.

Levanté a medias la mano y moví los dedos. No me sentía a gusto allí.

Padre Lino, me han dicho que me buscaba, dijo mi padre.

Pietro, ¿te acuerdas de las cajas de vino de misa que me ayudaste a descargar hace tres días?

Sí.

Falta una.

¿En serio?

¿Sabes algo?

No.

¿Seguro?

Sí.

En el coche llevaba doce, estoy seguro.

Mi padre arqueó una ceja y bajó la voz:

Padre Lino, no me diga que... Señaló la puerta con el pulgar. ¿Usted confía en el calvo? Tiene unos ojillos...

¿Lorenzo? Es abstemio.

A mi padre le cambió la cara.

¿En serio?

El cura asintió.

No confíe nunca en un abstemio. A lo mejor la vendió.

El párroco abrió la boca, como para hablar, luego se detuvo y me miró con los ojos llenos de amor.

Ercole, ¿puedes esperar ahí fuera?

Salí. Me senté en una silla, al lado de un jarrón lleno de flores aromáticas. El señor Lorenzo se rascó el bigote; estaba escribiendo algo en el ordenador y parecía muy concentrado.

¿Un caramelo?, me preguntó sin apartar los ojos de la pantalla.

Me apetecía el caramelo, pero pensé que era mejor no confraternizar con el enemigo. Lo que sí hice fue preguntar si podía beber algo.

Él dijo: Claro que sí, y después de teclear unas palabras más, se levantó. Entramos en la cocina de la sacristía, donde yo había estado otras veces y donde el padre Lino guardaba los refrescos para el catecismo y los caramelos blandos que regalaba los domingos. Las cajas de vino de misa estaban apiladas debajo de la ventana. Me preguntó si quería un vaso de Fanta. Para perder tiempo, estuve a punto de decirle que la Fanta no me gustaba, porque la habían inventado los nazis durante la Segunda Guerra Mundial —algo que me había contado Marcello—, pero en ese instante el padre Lino gritó:

Lorenzo. El calvo se asomó a la puerta. Ven aquí un momento, dijo el cura.

Lorenzo salió y me dejó solo; lo primero que pensé fue: mi padre es un genio.

Abrí la ventana, levanté una caja de botellas, la dejé en el alféizar que daba al patio, luego me subí a una silla y me encaramé al alféizar. Entonces saqué al exterior la silla. Puse un pie encima, cogí la caja, bajé y la dejé en el suelo, tan cuidadoso como un artificiero. Subí de nuevo al alféizar. Estaba a punto de coger otra vez la silla cuando la voz del padre Lino retumbó en el pasillo. Así que cerré la ventana a toda prisa, cogí un vaso y abrí el grifo del fregadero. En ese instante entró Lorenzo. Bebí agua para disimular que estaba sin aliento. Detrás aparecieron mi padre y el sacerdote. El segundo estaba radiante. Mi padre tenía un aire dócil, de contrición.

Tu padre es buena persona, dijo el cura. Tienes que estar a su lado. Y, por favor, sé obediente. Haz siempre lo que te diga que hagas.

Al salir de la parroquia, dimos la vuelta para acceder al patio por una puerta lateral y coger el vino.

Anda, cuenta, le dije mientras entrábamos a hurtadillas.

¿El qué?

¿Te has confesado?

Sí.

¿Qué le has dicho?

¿Y a ti qué te importa?

...

...

¿Le has dicho que también habías cogido la otra caja?

Claro. No puedo mentir cuando me confieso.

Pero si...

Ahora. No hay nadie. Corre.

...

No olvides la silla.

¿Qué hacemos con ella?

Nos la llevamos a casa.

¿La silla?

Espera. Veo a Lorenzo en la ventana. Agáchate.

...

...

...

Ahora. Corre, corre.

Luca dijo que, sin duda, yo tenía el padre más divertido del mundo.

Los días pasaron volando. Mi madre trabajaba tres mañanas y dos tardes a la semana en casa de la viuda del capitán. Cuando ella estaba en el trabajo, Luca y yo íbamos a las charcas a bañarnos, construíamos refugios de ramas y barro y nos metíamos lagartijas en las camisetas el uno al otro. Cuando nuestra madre estaba en casa, tratábamos de pasar tiempo los tres juntos, pero a ella muchas veces le dolía la cabeza, sobre todo después de comer; un dolor blanco que la obligaba a acostarse con las persianas bajadas y las ventanas

abiertas, para dejar fuera el sol y permitir que el aire le acariciara los pies.

En las horas más frescas salíamos a jugar. Le decía a Luca que se pusiera el casco de fútbol americano amarillo con el número 10, el que colgaba de un saliente de la fachada de la casa, y jugábamos con un cojín en vez de un balón. En las horas de calor dibujábamos. Pero eso me recordaba a Violetta y recordar a Violetta me entristecía y acababa dibujando transpaletas eléctricas. Cuando Luca me preguntó qué era una transpaleta eléctrica, fui capaz de explicárselo, pero cuando me preguntó que por qué lo sabía, no me vi con fuerzas; porque mi abuela también era su abuela y lo consideraba demasiado pequeño para saber que una transpaleta la había arrastrado diez metros entre cardos y cebollas rojas.

La noche del 24 de junio, después de cenar, la noche de mi cumpleaños, sonó el teléfono, que nunca sonaba. Respondió mi madre. Estaba en la cama con uno de sus dolores de cabeza, pero por la tarde había hecho una tarta de chocolate, habíamos cantado el «Cumpleaños feliz» y soplé una vela. Luca y ella me habían regalado una gorra de béisbol con la visera fosforescente. Yo estaba viendo la televisión con mi hermano y garabateaba caritas en el bloc de una compañía de seguros. Alargué el cuello y a través de la rendija de la puerta la vi levantarse y arreglarse el pelo, como si la persona que llamaba por teléfono pudiera verla; se humedeció los labios con la lengua para no trabarse:

Me ha costado reconocerte. Te ha cambiado la voz.

...

No, no molestas. Por supuesto que no.

...

Ahora lo aviso. ¿Y tú cómo estás?

...

Sí. Yo también.

...

En el f-fondo podríamos...

...

Sí.

...

No, no es así, te lo...

...

Sí.

...

Luego volví a concentrarme en la televisión y subí el volumen. Al cabo de un par de minutos, mi madre me llamó. Cuando entre en su habitación, tapó el auricular con la mano y movió los labios para dibujar la palabra: Asia. Me senté en el borde de la cama; ella volvió a tumbarse y me dio la espalda.

¿Hola?

Eh, dijo Asia. Muchas felicidades.

Gracias. ¿Qué tal?

Tirando. ¿Y tú?

Todo bien.

Quería decirte que papá no tiene nada que ver con el robo en aquella empresa.

Perfecto.

Y que Violetta ha pasado por aquí.

¿Violetta?

Sí.

¿Por dónde?

Por el restaurante.

¿Por qué?

Ercole..., ¿tú qué crees?

¿Cómo lo ha encontrado?

Creía que se lo habías dicho tú. ¿No se lo dijiste?

Le dije que trabajabas en un restaurante, pero creo que no en cuál.

Bueno, el caso es que ha venido aquí esta mañana. Te estaba buscando.

¿Y...?

Ha preguntado dónde te habías metido, ya que tú y algunos adolescentes de la tribu de los hombres rojos sois los únicos quinceañeros del planeta sin móvil.

¿Estaba enfadada?

Sí, parecía enfadada. ¿Qué le has hecho?

Nada..., no es asunto tuyo.

Oye, perdona por haberme tomado la molestia de llamarte.

¿Qué le has dicho?

Que estabas en casa de unos parientes.

¿Parientes?

No sabía qué sabía ella. ¿Qué iba a decirle, que estabas de viaje de los Apeninos a los Andes? Dice que la llames.

...

¿Sigues ahí?

Sí, contesté. Gracias. Miré hacia las ventanas y noté que la noche presionaba contra las persianas como un animal salvaje. ¿Y qué le has dicho a...? Mi madre se movió en la cama, restregó las piernas. Me quedé callado el tiempo suficiente para que Asia entendiera que me refería a papá, pero que no quería decirlo.

La verdad.

¿Toda?

Toda.

¿Lo de las postales también?

Sí.

Oh. ¿Y qué dijo?

Se encogió de hombros. Dijo que no le importaba, que yo había hecho lo que consideraba mejor y que cada uno...

Cada uno es libre de hacer lo que quiera.

Y que sabía que tarde o temprano iríamos a buscarla. Y que el primero serías tú. Dijo que, por él, puedes quedarte todo el tiempo que quieras con mamá.

El viento movió la persiana.

Él no te buscará, ¿lo sabes?

Sí.

Tras un instante de silencio, Asia dijo:

¿No puedes hablar?

No.

¿Está ella ahí?

Sí.

...

...

Bueno, y... ¿las cosas van bien?

Murmuré en el auricular como diciendo: sí. Y era cierto. Estaba tranquilo. Echaba de menos a Violetta. A veces también echaba de menos a Asia y a mi padre. Pero en general estaba bien y no sabía si en septiembre, cuando empezara el curso, tendría ganas de volver a Turín. Pero eso no se lo dije a Asia. La luz de un rayo se filtró a través de las lamas de las persianas y, justo después, un trueno, como un tronco al romperse. Luca chilló: ¡Tormenta! Y lo oí ir descalzo hasta la ventana con la esperanza de ver un relámpago caer sobre un árbol, una de las cosas que ni él ni yo habíamos visto nunca.

Al día siguiente, llamé a Violetta. Estaba en la estación con la princesa Leia —para variar— y otra compañera. Iban a la playa, a un pueblo de Liguria donde la abuela de Leia tenía un apartamento. No hablamos mucho. Nunca he entendido cómo puede mantenerse una conversación de verdad por teléfono. Al contar solo con las palabras, no sé, tengo la impresión de perderme cosas, de que hay algo más, de que quizá debería haber prestado más atención. Lo que entendí fue que me había ido a buscar para confirmarme que me había comportado como un idiota, un idiota violento para más señas, y que, a pesar de que me hubiera comportado como un idiota (violento), no quería que su último recuerdo fuera mi huida de la plaza. Por eso, y aunque probablemente dejaríamos de vernos, quería darme la oportunidad de explicar las cosas.

Esto es lo que yo entendí.

Lo que le dije fue que podía hacerle una lista muy larga de motivos que no justificaban mi comportamiento, pero que lo...

¿Contextualizaban?, dijo ella.

Eso, dije, exacto. Aunque no estaba seguro de lo que significaba la palabra. Pero no tenía ganas de contarle que la policía se había llevado a mi padre, ni de hablarle de las postales que mi hermana había ocultado. Si se lo hubiera dicho, le habría dado pena, y su rabia se habría transformado en compasión; el mismo sentimiento de las personas de buen corazón, que no te quieren por lo que eres, sino por el asco de vida que has llevado. Por eso le dije que mejor dejarlo y ella debió de interpretar el «mejor dejarlo» en un sentido

equivocado, porque dijo que llegaba el tren y que colgaría al cabo de un, dos, tres y que, si no sentía la necesidad de explicarme, podía irme a la mierda. Entonces abrí la boca para rectificar, pero las palabras se me habían perdido en algún punto de las piernas y no tuve tiempo de recuperarlas; y, claro, al estar hablando por teléfono, ella no podía leérmelas en la cara. Oí el ruido del tren. Luego nada.

No sé cuánto rato me quedé sentado en la cama de mi madre, mirando al vacío. Creo que hasta que Luca entró en la habitación, entusiasmado y manchado de barro, a decirme que había encontrado una araña y que, si quería, podíamos quemarla.

¿Por qué te fuiste?

Se lo pregunté sin más, mientras ella frotaba con una esponja impregnada de detergente una zapatilla de deporte que se había manchado de grasa, de ese producto para lubricar las ruedas de las bicis. Mi madre estaba de pie delante del fregadero, y en el fogón había una olla con agua hirviendo de la que salía una nube de vapor. La caldera de la casa funcionaba mal y el agua caliente solamente salía templada. Se lo pregunté en ese momento no porque lo considerara mejor o peor que otros, sino porque le vi en la cara una sonrisa melancólica y relajada que no le conocía, y pensé que se encontraba en el estado de ánimo idóneo para hablar del pasado.

Ella se tomó el tiempo necesario para regresar mentalmente a aquellos días; no zanjó la cuestión con una frase y cambió de tema. Lo pensó bien mientras seguía frotando la zapatilla y su mirada atravesaba la espuma y se hundía en el fregadero. Inspiró, como si necesitara mucho aire para decir lo que tenía que decir:

Fue en el entierro de la abuela. ¿Recuerdas que pocos días antes enterramos a la abuela?

Sí.

Mi madre siempre había sido un referente para mí. No debes de saberlo, no creo que tu padre te lo haya contado, pero tu abuela tuvo una vida realmente complicada.

¿Por qué?

Porque era la menor de diez hermanos, sus padres murieron cuando era

pequeña y desde entonces la criaron sus hermanos mayores, que tenían otras preocupaciones. Por eso se casó tan joven. Quiero decir con su primer marido.

¿Te refieres a antes del abuelo?

Sí. Un hombre que se lo hizo pasar muy mal, pero ella tuvo la fuerza de abandonarlo y de irse con mi padre, que no es que fuera ningún santo, pero al menos nunca le puso la mano encima. Tuvo una vida difícil, y siempre trabajó. Trabajó duro. Y me cuidó lo mejor que podía, y también le tocó hacer el papel de mi padre, porque para él yo siempre fui una especie de consecuencia inevitable.

Recuerdo poco al abuelo.

No me sorprende.

Recuerdo la historia de los perros.

¿Tomba?

Sí. Tomba. El rottweiler.

Yo diría que le gustaba más el perro que cualquiera de nosotros. No creo que te dirigiera nunca la palabra si no era para decirte que te mantuvieras a distancia. Quien estaba con vosotros era la abuela.

La abuela me enseñó a dibujar.

¡Oh, sí! Dibujaba muy bien. El caso es que... fue durante el entierro. Mientras el cura hablaba, me di la vuelta y os observé a Asia y a ti. Parecía que os hubierais perdido entre la multitud, allí sentados en un banco esperando a que alguien os encontrara. A vuestra derecha estaba mi padre, escribiendo algo en el bloc que usaba para llevar las cuentas de las apuestas.

¿Las peleas de perros?

No lo sé. Imagino que sí. Y... Mi madre se rascó la nariz con la mano llena de espuma: Pensé que de ellos dos, mi padre y mi madre, yo me parecía más a él. No quería. Pero era así. Pensé que hasta ese momento yo había dado todo lo que podía como madre solo porque la tenía a ella, a la mía, y quería demostrarle que yo estaba a la altura. Pero no era cierto. Todo lo bueno que yo tenía venía de ella. Y las debilidades, de mi padre. Y no os quería contagiar mis debilidades. Pensé que, si no era capaz de ser una buena madre, lo mejor era desaparecer y dejarle la responsabilidad a vuestro padre. Él era mejor que yo. Parecía distraído, sí. No sé... Creí que eso también era culpa

mía.

Entonces mi madre me miró de reojo, cohibida, como si esperase una reacción. Pero yo no tenía nada que decir. Por el simple hecho de que no lo entendía. No entendía sobre todo la cuestión de las debilidades: ¿de qué debilidades hablaba? No entendía cómo podía considerar a mi padre mejor que ella. A ver, yo quiero a mi padre, pero mi padre, pues... es lo que es. No lo entendía. Y así se lo dije. Porque era uno de esos días en que parece que se pueda decir todo; en que basta ponerles nombre a los problemas para resolverlos. Aunque sé que no siempre es así.

Dije: ¿Fue por las drogas?

Dejó caer las manos en el fregadero.

Asia me contó lo que pasó cuando nací. Que papá no estaba porque la policía lo había pillado mientras te compraba costo.

Mi madre tragó saliva.

¿Fue por eso?

En parte.

Busqué las mejores palabras para decirlo:

¿Era un problema grave?

Mi madre recuperó la sonrisa no sé cómo y se tocó el pelo. Le quedó un poco de espuma en la frente.

Habló con una voz tonta: ¿Te parece que estoy grave?

Dije que, aparte del dolor de cabeza, la veía en forma.

Exacto. Luego añadió: Pero habría podido llegar a serlo. Grave, quiero decir. Y hubo un momento en que pensé que empezaba a serlo y que os podía afectar a vosotros. Me dio miedo haceros daño.

Nunca nos hiciste daño.

No.

Me acordaría, dije.

Sí.

Y Asia se acordaría mejor que yo.

Ella se acordaría, sí.

Pero nunca pasó nada.

Porque me fui.

Y cuando te diste cuenta de que no nos harías daño, ¿no te entraron ganas

de volver?

Millones de veces.

Pero no lo hiciste.

Lo intenté.

Pero no lo conseguiste.

Mi madre miró por la ventana. El sol iluminaba las copas de los árboles que había delante de la casa, y la luz oblicua de la tarde dibujaba sombras finas y netas con las ramas.

Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes, dije.

...

Se lo dice Yoda a Luke.

Mi madre sonrió, y era una sonrisa tierna.

No nos habrías hecho daño.

¿Sabes que cuando naciste te parecías a Yoda?

Ya, pero con más pelo.

Eso es. Con más pelo.

A la mañana siguiente, fui al pueblo con Luca, a ver a un tío que me había aconsejado mi madre; no era un ciclista de verdad, pero todo el mundo acudía a él para que le arreglara la bicicleta. La mía se había quedado tirada delante de la estación de Pinerolo hasta mediados de julio; luego descubrí que a determinadas horas la podía cargar en el autobús y fui a buscarla. Luca insistió en llevarla a reparar. Él tenía una pequeña y decía que, si me arreglaban la mía, podríamos echar carreras. Así que la empujamos hasta el taller del medio ciclista, que se llamaba Giuseppe, aunque todo el mundo lo llamaba Ercole —qué casualidad— porque era muy aficionado a cazar jabalíes, y Hércules, el héroe antiguo, cazó uno muy fiero en Grecia, uno que atemorizaba a todo el mundo. En el caso de Giuseppe, el nombre de Ercole era una tomadura de pelo, porque lo agredió un jabalí durante una cacería, él se asustó y se disparó en un pie.

Lo encontramos en el patio, agachado sobre la cadena de una moto. Vestía un mono de trabajo azul y llevaba una bandana en la cabeza. Al vernos entrar dijo:

Buenos días, señores.

Luca sonrió sin decir nada. Yo lo llamé señor Giuseppe y le dije que nuestra madre nos había mandado allí a cambiar la rueda.

¿Deshinchada o pinchada?

Pinchada.

Se levantó y se limpió con un trapo la grasa de la cadena de las manos.

Vamos a ver qué ha pasado, dijo.

Cogió la bici. Desenroscó el tapón y la anilla de la válvula y la extrajo de la llanta. Retiró el neumático y presionó por los lados hasta destalonarlo. Sacó la cámara de aire y tras pasar el dedo por encima localizó el agujero. Más que un agujero, como dijo él, era una cueva. Se sentó ante la mesa, un tablero sobre unos caballetes de madera, para limpiar la superficie de la cámara de aire y lijó la zona que rodeaba el agujero para que la masilla se pegara mejor. Trabajó un rato en silencio. Yo lo observaba y Luca jugaba con un gato: movía un trozo de cuerda delante del hocico del animal. La fachada de la casa estaba cubierta por una capa fina de hiedra que empezaba a sufrir el calor del verano. Vi que tenía los ojos pequeños y un lunar ancho y plano, con relieve, junto al izquierdo. Él dijo sin levantar la cabeza:

Nunca te había visto por aquí.

Llevo poco en el pueblo.

A él sí. Al pequeño.

Sí.

¿Sois parientes?

Somos hermanos.

¡Oh! ¿Y cómo es que no te he visto antes?

Porque yo vivo... vivía en Turín.

El señor Giuseppe asintió, como si lo entendiera, y no hizo más preguntas. Cogió el parche y le quitó el plástico protector. Aplicó el parche en el agujero y presionó con fuerza. Dijo que había que esperar un par de minutos y nos preguntó si teníamos sed. Antes de que yo pudiera contestar sí o no, Luca dijo que se moría de sed y que, de haber podido, se habría tirado a una piscina de zumo de naranja natural. El señor Giuseppe respondió que captaba el mensaje y que esperásemos un momento; entró en casa y poco después se asomó a una ventana para preguntar si también queríamos que le echara zumo de limón. Dijimos que sí. Salió con una jarra grande en cada mano, de

esas de cerveza, llena de zumo. Mientras bebíamos, retiró el segundo plástico protector y dobló la cámara de aire con cuidado, para que no se despegara el parche. A los dos minutos, la bici estaba lista.

Gracias, dije. ¿Qué le debo?

Serán veinte. Ocho euros el parche y doce los zumos.

Debí de poner una cara bastante rara, porque él se echó a reír, se palmeó los muslos y dijo que era una broma, que ocho era más que suficiente.

¿Cómo te llamas?, me preguntó al darme los dos euros de vuelta.

Ercole.

Los ojos pequeños se redondearon como canicas.

¿Me tomas el pelo?

No.

¿Sabes que en el pueblo me llaman Ercole?

No.

Él me miró dudando.

Me estás tomando el pelo.

Ya se lo he dicho, acabo de llegar. ¿Por qué lo llaman Ercole?

Porque soy fuerte como Hércules, obviamente. Sacó pecho y bíceps. Luca lo imitó. O sea que portaos bien. ¿Entendido?

A sus órdenes, señor, dije haciendo el saludo militar. Le dije a Luca que montara en la barra de la bicicleta y nos fuimos.

¿De quién es esta casa?

Mi madre estaba sentada en el sofá, con las piernas dobladas a un lado; leía una revista femenina vieja, de hacía años. Luca y yo dibujábamos. Mejor dicho, yo dibujaba lo que él me decía y él pintaba el cielo y los personajes.

La casa es de Nicola. Era de sus padres.

Miré a Luca para ver si decía algo, pero estaba concentrado en un árbol de color naranja.

Dije: ¿Y si vuelve y la quiere recuperar?

Aquí vive su hijo. No va a quitarle la casa a su hijo.

¿Y él dónde está?

Entonces fue mi madre quien observó a Luca y me indicó con los ojos que era mejor no hablar del tema cuando él estuviera presente. Comprendí y ella

se quedó mirándonos; parecía que contemplara algo valioso y fugaz, que se debe coger al vuelo antes de que sea demasiado tarde.

¿Por qué te llevaste el cuadro cuando te fuiste?

Mi madre arrugó la nariz, como hace siempre cuando no entiende algo.

El cuadro que tienes en la habitación. Y que estaba encima de tu cama y la de papá.

¡Ah! Ese. Ese lo pintó tu abuela.

¿En serio?

Sí.

Es muy bonito.

Se le daba muy bien.

¿Pintó más?

No.

¿Por qué?

No lo sé. Consideraba esa afición como una tontería. Algo para quienes podían perder el tiempo. Y ella nunca pudo perder el tiempo. Tenía que trabajar, limpiar la casa, cuidar primero de mi padre y de mí y luego de vosotros. Todo el mundo no puede permitirse cultivar sus talentos. Esa es la verdad.

Ya he hablado del tiempo, que es un animal casi tan raro como el gusto, que es algo que llevamos dentro. A los seis años, el verano te parece infinito; a los dieciocho ya es distinto y, cuando eres adulto, cuentas los meses igual que contabas los días de pequeño. La forma en que pasaron julio y agosto aquel verano fue increíble. Un tiempo acordeón, con días larguísimos e inmóviles, el polvo flotando en el aire, y días rápidos, como liebres que huyen hacia sus madrigueras para que no las capturen.

En más de una ocasión intenté enfadarme con mi madre; creía que era algo que debía hacer, que formaba parte de mis deberes como adolescente montar una escena de vez en cuando, desahogarme, reprocharle su comportamiento. Me habría gustado gritarle, llamarla burra, quizá inepta, cobarde. Que cumpliera una condena, que tuviera que volver a conquistarme. Pero nada, nunca lo conseguí. Desde el principio, sentía por ella una enorme ternura. Tal vez porque yo soy así. Tal vez porque las cosas tenían que ser así.

Seis

... en el humo de una botella
destinos escritos en la cara
drama marca de familia.

MARRACASH Y GUÉ PEQUENO

En septiembre se presentó el problema del instituto. Pensé que la mejor solución podía ser no hacer ninguna tontería. No tenía sentido abandonarlo. Así que el día antes de que empezara el curso recogí mis cuatro cosas, mi madre y Luca me acompañaron a la parada del autobús y regresé a Turín. Era lo más sensato. El verano había sembrado en mí todo lo que sería capaz de recoger; no era necesario hurgar más en el pasado y, de ahí al futuro, en medio estaba el presente. Dejé la bici en Erta como rehén. Fue Luca quien lo quiso así: Déjala aquí, así estás obligado a volver. Prometí que iría a verlos todos los fines de semana.

Mi padre me recibió como si solo hubiera estado fuera media hora, lo que se tarda en ir a comprar pan y leche. Me saludó y me preguntó si había visto lo que había hecho el Torino contra el Nápoles en el partido que cerraba la jornada. Me dijo que tenía que salir, que Asia había traído pasta al horno, que en la nevera había una bandeja y solo debía calentarla. No preguntó nada sobre mi madre, ni sobre lo ocurrido aquel verano. Pero al salir me dirigió una mirada que no sabría definir. Me miró de verdad, como si me viera. Una mirada completa. Yo se la devolví con la misma intensidad.

Dijo: Nos vemos esta noche. Comí la pasta al horno. Salí. Sentía la cabeza ligera y fresca, como si acabara de lavarme el pelo.

Fui a ver a Asia. Estaba en el restaurante. Al verme entrar, soltó el cúter con el que estaba abriendo un paquete de café y se acercó a mí con pasos tranquilos, aunque se notaba que se estaba controlando; nos quedamos el uno frente al otro unos segundos, luego cubrió la distancia abriendo los brazos y me estrechó con fuerza. No nos habíamos visto desde la noche en que nuestro padre la lio con la policía y ella me enseñó las postales. Me invitó a una Coca-Cola y nos sentamos a una mesa para hablar. Me contó su verano: Andrea y ella habían pasado una semana en los Dolomitas, y yo le hablé de Erta, de nuestra madre y de Luca, pero solo un poco, porque, aunque mis noticias eran buenas —o quizá precisamente por ello—, noté que me escuchaba para complacerme, no porque le interesara realmente. Así que pronto cambié de tema y le pregunté por Violetta, por si había vuelto a pasar por allí, qué sé yo, aunque solo fuera por error.

No, lo siento. ¿La llamaste?

Sí.

¿Y qué?

La fastidié.

Esas cosas siempre tienen remedio. Casi siempre. Llámala otra vez. Ve a buscarla.

Apoyé las manos en la mesa y la frente en las manos.

Me da vergüenza.

¿Te da vergüenza?

Sí.

¿Eres tonto o qué?

Esperaba que me buscara ella.

Asia se levantó a coger el bolso.

Quien vive esperando muere cagando, dijo, recuérdalo. Sacó del bolso la cartera, extrajo dos billetes de cincuenta y me los dio.

¿Y eso?

Supongo que estarás a dos velas. Mañana empieza el curso. Necesitarás libros, cuadernos. No le digas a papá que te los he dado. Pídele a él el dinero para los libros. Y también para el abono del autobús.

Gracias.

Entonces empezó a entrar gente y Asia fue a recibirla. Me quedé en mi sitio

y la observé mientras hablaba, se movía y anotaba una reserva. Siempre con aquella sonrisa igual que un corte en el mármol, pero era feliz; lo sabía por su manera de mover las manos. Antes de irme, dijo:

Oye, necesitamos a alguien que nos ayude en la sala de vez en cuando.
¿Qué te parece?

¿Me estás ofreciendo trabajo?

En negro y te pagaría poco.

El sábado tengo que ir a Erta.

Entre semana también estaría bien.

¿Y si por la mañana estoy cansado?

Te necesito hasta las diez, luego puedes irte.

¿Comería aquí?

Claro. Solo que los trabajadores comen al acabar el turno.

Me puse un dedo en los labios y valoré la oferta.

Trato hecho.

Era miércoles. El segundo miércoles de septiembre. El otoño se jugaba a la petanca la ciudad con un verano en las últimas, mientras las hojas amarillas seguían colgando de las ramas, como ocurre siempre en Turín, donde nunca hay viento. La ciudad paseaba hacia una serena vuelta a la normalidad; se respiraba la energía positiva que transmite comprar agendas y entrar en la rutina. Las mujeres tomaban café con sus amigas, los compañeros se prestaban los deberes y llevaban camisetas compradas en Grecia o en Nueva York y collares de coco con algún grano de arena incrustado. Se percibía el olor a propósitos que acompaña todos los inicios.

El miércoles era el día en que Violetta iba al quiosco de las flores. Antes de montar en el autobús pasé por el Barzagli a saludar a Marcello, y descubrí que la cafetería había cerrado en agosto; me quedé de piedra. El cartel de la persiana decía SE ALQUILA. No me lo podía creer. El Barzagli era parte de mi vida. Hay sitios que no pueden cerrar así como así. Habría que convocar un referéndum y que la gente decidiera; no pertenecen al dueño, sino a los clientes. Y, sin dejar de pensar en la cafetería, en Marcello y en cómo pueden llegar a cambiar las cosas en un momento, crucé el centro y llegué a Vanchiglietta y al cementerio Monumentale.

Me di cuenta de que Violetta no estaba mientras esperaba en el semáforo, al otro lado de la calle. Una chica con bombín y pajarita se puso a hacer juegos malabares delante de los coches. La abuela estaba podando una planta; llevaba un jersey celeste y un delantal naranja.

Hola, dije.

Ella me miró por encima de las gafas y, en cuanto me reconoció, se le borró la sonrisa de sapo.

Ercole.

Buenos días.

Buenos días. ¿Dónde te habías metido?

Acabo de volver.

Ya lo veo. ¿De vacaciones?

Moví la mano como para decir que más o menos.

¿Y Violetta?

Hoy no vendrá. Mañana empieza las clases y tenía cosas que hacer. ¿Por qué la buscas?

Yo, pues... quería disculparme.

Creo que tienes motivos.

Me miré los zapatos.

Sí.

La abuela cortó la rama de una planta.

¿Cómo está?

¿Violetta? Oh, ella está bien, ella siempre está bien. La verdad, Ercole, es que la única persona que la ha amargado últimamente has sido tú, espero que seas consciente de ello. Le diste un puñetazo a mi nieto y luego desapareciste. No sé qué pensar.

La fastidié.

Sí, eso fue exactamente lo que hiciste.

Pero creo... creo que le puedo explicar, si no...

Eso si ella quiere escucharte, dijo la abuela señalándome con las tijeras.

Sí.

...

Alcé la mirada y la sumergí en la suya, acuosa y severa.

¿Qué hago?

No tengo ni idea.
¿Usted qué haría?
Yo no soy tú.
Sin ser yo. Siendo usted. ¿Qué haría?
La mujer deslizó las tijeras en el bolsillo del delantal.
Intentaría valorar a las personas. Y pensaría en las consecuencias de mis actos.

Encontré a Violetta en su casa. Llamé y le pedí que bajara. Ella guardó silencio un momento que me pareció interminable y que me permitió imaginarla apoyada en el mueble de la entrada, mordisqueándose el labio inferior con los incisivos. Luego dijo:

No quiero verte.
Necesito explicarme.
Yo también necesitaba que te explicaras, Ercole. Hace tres meses.
Han pasado un montón de cosas.
No lo dudo. A mí también.
Rasqué la placa del portero automático, dije:
No creo que sean como las mías.
La oí sorber con la nariz.
Uf..., ¿ya empiezas a comparar otra vez nuestras vidas?
No se trata de hacer comparaciones. Lo que pasa es que encontré a mi madre. Y eso no es poca cosa.

...

¿Violetta?
Me alegro de que encontraras a tu madre, Ercole. En serio. Pero sigo sin tener ganas de verte. O puede que tenga ganas, pero sería un lío y prefiero evitarlo. Y pensar que te han ocurrido cosas como encontrar a tu madre, que sí, lo reconozco, a mí no me ha pasado nada parecido este verano, o sea que en esto has ganado tú, pero mira, aún me hace enfadar más. ¿Sabes por qué? Porque no te ha parecido importante compartir esas cosas. Estamos en el siglo XXI, Ercole, aunque tú hayas decidido ignorarlo. Existen los teléfonos, los mensajes. Podías haberme llamado. Podíamos haber hablado. Me habría gustado saberlo. Estar a tu lado de alguna manera. Grabé el número desde el

que me llamaste a finales de junio. No sé de quién era, no sé desde dónde me llamaste, pero lo grabé con tu nombre y le puse la foto que te hice en el parque Valentino, esa en la que sonríes con cara de tonto. Y todo el verano, cada vez que sonaba el teléfono, esperaba ver aparecer esa cara de tonto. ¿Y ahora te presentas aquí sin más y qué tengo que hacer? ¿Conformarme con un resumen? ¿Se acerca el invierno y me necesitas? A la mierda, Ercole, no soy tu calefacción central.

El zumbido del portero automático cesó.

Dije: ¿Violetta?, pero ella no respondió. Llamé de nuevo. Una vez. Dos veces. Si me concentraba, creía oír el sonido del timbre vibrando en las ventanas. Al final me rendí y me marché.

La noche del miércoles fue la peor de mi vida. Si no hubiera tenido quince años, habría jurado que todos los monstruos del universo se habían reunido en las paredes, cabreados porque no encontraban ni una sola grieta para entrar en casa. O quizá los monstruos no estuvieran en las grietas. Violetta tenía razón. No había mucho más que decir. Me había portado como un cobarde, cuando ella me había dicho que lo que más le gustaba de mí era la valentía. En realidad, ni siquiera ir a buscar a mi madre había sido un gesto valiente; había sido una reacción instintiva. Salir de casa durante un bombardeo es un gesto de supervivencia; volver a buscar algo importante entre los escombros y las bombas que no han estallado es distinto. Y yo no lo había hecho.

Poco antes del amanecer oí que mi padre hacía ruido en la cocina y me levanté.

¡Eh!, dije al entrar, y me senté a la mesa.

¡Eh!, dijo él. ¿Un café?

Sí, gracias.

Mi padre estaba vestido. Le pregunté si se iba o si acababa de llegar.

Me voy, contestó. Tengo que vaciar un almacén en Racconigi.

¿Quieres que vaya contigo?

¿No empiezan las clases hoy?

¿Cómo lo sabes?

Lo han dicho en el telediario.

¡Oh! Pues sí. Empiezan hoy.

Entonces ve al instituto.

Mi padre apagó la cafetera, sirvió el café en dos vasos de cristal —en casa siempre lo hemos tomado en vasos de cristal—, me tendió uno y se quedó de pie, apoyado en el fregadero. Fuera aún estaba oscuro y por la ventana entraba un hilo de aire junto con la luz de las farolas y el canto de los pájaros. Permanecimos un rato en silencio, tomando el café, con la mirada perdida en la mesa. Luego dije:

¿Crees que habrías podido hacer más?

Mi padre alzó la mirada para entender a qué me refería.

Quiero decir con mamá. ¿Crees que habrías podido hacer más para evitar que se fuera?

Ya sabes lo que pienso.

Pero ¿cómo podemos saber que lo que una persona hace es realmente lo que quiere? A lo mejor esa persona necesita ayuda para hacer lo que le gustaría. O se equivoca al juzgarse. ¿No crees que a veces nosotros mismos no sabemos lo que nos conviene?

Sí, dijo mi padre. Es posible.

¿Y?

¿Y qué? Tú tampoco puedes saber qué es mejor para los demás.

Así no hay manera de resolverlo.

Las cosas son así, Ercole. Y no puedes hacer mucho para cambiarlas.

Seguí pensando en el tema el resto de la mañana, al saludar a los compañeros y durante las primeras horas de clase. Seguí pensando en el tema a la hora del patio, mientras los demás hablaban de la playa y la montaña. Seguí pensando en el tema en el camino de vuelta a casa. Era como si no tuviera espacio para nada más en la cabeza; me faltaba el aire. Me hice un plato de pasta, pero no tenía hambre y dejé que se enfriara. Encendí la televisión y no había nada interesante: las palabras sonaban vacías, las imágenes no tenían ningún valor. Pensé en Hans Schwarz y en Konradin von Hohenfels; en el hecho de que Hans se pasó la vida convencido de que Konradin siguió siendo un nazi hasta la muerte. Si Hans hubiera tenido valor para enfrentarse a la verdad, para buscarla, habría hecho las paces con Konradin mucho antes. De pronto, oí un frenazo y un ruido metálico, de hierro y cristal. Me asomé. Un Panda había

chocado con el lateral de una furgoneta del mercado que estaba haciendo maniobras. El conductor de la furgoneta bajó sin un solo rasguño, tocándose el pelo. Del coche salió una mujer; le sangraba la frente, lo vi claramente a pesar de la distancia.

No sé por qué, pero me di la vuelta, cogí las llaves y salí. Habría dado cualquier cosa por tener la bici, pero la había dejado en Erta. Así es que eché a correr. Corrí a toda velocidad, subí al autobús, bajé en la sexta parada y seguí corriendo hasta la casa de Violetta. Llamé. Me contestó su madre. No dije quién era, dije que era un compañero y ella me respondió que estaba con su abuela, sin decir dónde, pero yo lo sabía. Eché a correr otra vez. El paseo del río. El puente. Un autobús en marcha. Al llegar al quiosco de las flores, por poco me caí sobre los jarrones de gerberas. Estaba rojo y sudado. Violetta no estaba. La abuela negó con la cabeza y murmuró que al fin y al cabo era asunto nuestro; cambió de expresión, sonrió con su sonrisa de sapo y señaló algo detrás de mí con las tijeras que estaba usando para podar una planta.

Está ahí, dijo.

Primero no entendí lo que quería decir *está ahí*, porque tenía colapsado el cerebro. Después me di la vuelta y Violetta estaba cruzando la calle. Escuchaba música con unos auriculares blancos enormes, que le presionaban el pelo rojo, más largo y rizado que nunca. Ya estaba llegando cuando me vio; se paró y algo ocurrió en sus ojos. De las montañas bajó una ráfaga de viento anómalo, que disipó e hizo jirones el humo de los tubos de escape de los coches, elevó trozos de papel, confetis de una fiesta para niños, y zarandó los árboles; a nuestro alrededor llovieron tres millones de flores amarillas.

En el cementerio Monumentale de Turín están enterradas personas como Silvio Pellico, que pasó mucho tiempo en la cárcel; Galileo Ferraris, un científico que dio nombre a un instituto; Ferrante Aporti, que se dedicaba a la educación y por eso le pusieron su nombre a la cárcel de menores; Primo Levi, del que nos hicieron leer un libro en el colegio que me gustaría releer, porque creo que decía cosas enormes y entonces mi cabeza era demasiado pequeña; y el Grande Torino, el equipo de fútbol entero que murió en la tragedia de Superga. Hay mucha más gente famosa que no conozco; Violetta

no los conoce a todos, pero sí a muchos. Lo descubrí paseando entre las tumbas aquella tarde.

A Violetta le costó un poco sacar la voz, pero por sus ojos comprendí que la única pregunta que quería hacerme era: ¿Cómo se te ocurrió, joder?

Le pedí perdón.

No se trata de pedir perdón. Tienes que contármelo.

Y eso hice. Contárselo. O al menos lo intenté. No me dejé nada. Nunca había hablado de mí de una manera tan profunda. Fue como entender dónde me encontraba; igual que cuando miras un plano de la ciudad colgado en la pared de una estación de metro y ves el círculo rojo en el que dice: «Tú estás aquí». Violetta me hizo un montón de preguntas que antes no se había atrevido a hacerme, porque yo no le había dado esa posibilidad. Y su voz no juzgaba, solo deseaba comprender. Le hablé del verano, de los policías, de mi madre y de Luca; de cómo las piezas se iban recomponiendo poco a poco a mi alrededor. Ella me escuchaba, recogía y sopesaba en las manos cada una de mis palabras.

Y esto es todo.

Tienes que pedirle perdón a mi hermano.

Lo haré.

Tienes que hacerlo, es imprescindible.

He dicho que lo haré.

Me miró con los ojos entornados. Negó con la cabeza.

¿Sabes? No sé por qué me gustas tanto. Contigo siempre es como ir andando por uno de esos terrenos que, cuando llueve mucho, se hunden. Pero también tengo la impresión de que, si se hundiera, echarías a correr sobre el lodo como un acróbata.

Dije: No sé si te he entendido. Aunque me parece algo bonito.

Sí.

Y te cogería en brazos y te salvaría.

Sería todo un detalle por tu parte.

Violetta se cogió un mechón de pelo y se lo enrolló alrededor de un dedo. Sentí unas ganas irresistibles de besarla.

¿No lo harás nunca más?

¿Pegarle un puñetazo a tu hermano?

Eso espero que no..., pero me refería a desaparecer.

No lo haré nunca más.

¿Me lo prometes?

Te lo prometo.

Violetta lo pensó, y luego dijo:

Está bien...

¿Me crees?

Sí.

Le cogí la mano y se la apreté.

Ahora es mejor que volvamos con mi abuela.

Ese fin de semana cogí el primer autobús del sábado; todo estaba como lo había dejado y eso me sorprendió, porque en casi cinco días podía haber ocurrido de todo. Quizá fuera por los acontecimientos de los últimos meses, pero estaba preparado para cualquier cosa. Como sucede cuando hay un terremoto, que la energía se acumula, se acumula, se acumula y, de pronto, el caos.

El fin de semana siguiente no fui, porque Violetta me pidió que la acompañara a ver una competición de remo y, como también iba a ir su hermano, era la ocasión ideal para suavizar la cuestión del puñetazo. Aquel viernes llamé por teléfono a mi madre desde el restaurante para decirle que no nos veríamos, y la pillé en uno de sus ataques de migraña. Susurró que no me preocupara. Pregunté por Luca, que si me lo pasaba. Dijo que no estaba. Pregunté dónde estaba y ella respondió de nuevo que no me preocupara, como si se hubiera quedado en el tema anterior.

El tercer fin de semana se me ocurrió ir a Erta el viernes por la tarde, para estar una noche más. No se lo dije. Quería que fuese una sorpresa. Miré por la ventanilla del autobús y me di cuenta de lo mucho que había cambiado el paisaje desde el día en que había recorrido aquel camino en bicicleta. Las extensiones de trigo que se prolongaban hacia el sol habían desaparecido, al igual que los pájaros. El sol se veía pálido y bajo, y en los campos secos de color mostaza solo había rastrojos. Cuando llegué a Erta, ya había oscurecido. La noche había caído sobre el valle, entre las casas y los bosques, junto con una neblina pegajosa que rodeaba las farolas y las ramas altas de

los árboles. No había nadie en la calle y la iluminación pública terminaba poco antes del cementerio. Pero yo conocía cada matorral y cada piedra del trayecto hacia la casa de mi madre, situada al final del camino de tierra, y no necesitaba luz. Caminaba adivinando los pasos, disfrutando del miedo infantil que siempre me sopla en los tobillos cuando estoy al aire libre por la noche; el miedo a lo sobrenatural, a lo que se oculta en la oscuridad. Además del viento que rozaba la ladera del monte, se oía el ruido del torrente a lo lejos.

Entre los árboles apareció la ventana iluminada de la sala, la que estaba encima de la cocina americana. Y el reflejo de la luz dibujó en el patio a oscuras la silueta de un coche que no había visto nunca, un viejo Lancia aparcado con el morro de cara a la puerta, como si fuese a derribarla.

Me acerqué al vehículo e intenté mirar dentro. Era la primera vez que veía un coche delante de la casa; en todo el verano nadie había ido a ver a mi madre. Parecía que nadie supiera que vivía allí, o que a nadie le interesara. Los cristales del automóvil estaban cubiertos de polvo y en la penumbra distinguí latas de cerveza vacías y arrugadas en el asiento de atrás y dos cojines cuadrados con fundas indias. Del retrovisor colgaban pulseras y collares de madera; en el salpicadero, entre las colillas, vi una de esas muñecas que se balancean con las vibraciones del coche: una hawaiana con una guirnalda de flores al cuello. Me acerqué a la ventana de la sala, manteniéndome fuera de los cuatro rectángulos de luz que dibujaba el marco para poder ver sin que me vieran. Luca estaba tirado en el sofá, frente a la televisión, y se reía con las gracias de unos dibujos animados. La olla en el fuego. La mesa aún sin poner.

Recorrí el perímetro de la casa. La habitación de Luca —la mía— estaba a oscuras; intuí la cama deshecha, el saco de dormir abandonado en el suelo y la pista de cochecitos desmontada al pie del armario. Di la vuelta por el pajar. El cristal opaco del cuarto de baño difundía una luz tenue y por la ventana entreabierta salía vapor. El chapoteo de la ducha. Ninguna voz. Proseguí. Las persianas de la habitación de mi madre estaban medio bajadas. Me aproximé con cuidado, para que el suelo no crujiera. Moví una de las persianas con la punta de los dedos, como habría hecho un soplo de aire. Esperé unos instantes, luego me incliné y miré en el interior. Mi madre estaba tendida en la cama y me daba la espalda en la posición migraña, encogida como un feto.

Algo se movió a mi izquierda, me giré rápido. Era un minino. Se acercó y se restregó contra mis zapatos. Dejó que le rascara la cabeza y ronroneó. En ese momento, se encendió la luz del dormitorio y una voz masculina dijo:

Joder, levántate ya. No sirve de nada quedarse ahí. El dolor de cabeza te lo quitas con una cerveza. ¿Aún no ha llegado?

Intenté reconocer la voz, pero estaba casi seguro de no haberla oído antes. Mi madre contestó que no, que aún no había llegado. Supuse que no estaban hablando de mí, porque no sabían que iba a llegar ese día. Me esperaban a la mañana siguiente. El corazón empezó a latirme rápido en el pecho y en la garganta, como un percusionista borracho. Me quedé agachado debajo de la ventana acariciando al gato; si alargaba un dedo, el animal lo olisqueaba y me frotaba el hocico contra la mano.

Tengo hambre, dijo el hombre.

Mi madre no respondió, o respondió en voz baja. Me alejé encorvado. Volví al coche, di la vuelta alrededor por última vez y luego me dirigí a la casa.

Entré y dije: ¡Hola!

Luca se levantó del sofá y corrió a abrazarme: ¿Sabes qué ha pasado en nuestro dique?, me preguntó como si hubiéramos hablado de ello hacía un rato.

No. ¿Qué ha pasado?

He capturado un pez.

¿Un pez? ¿Qué pez?

No lo sé. Era así de grande.

Hizo un gesto con las manos y en ese momento apareció mi madre detrás de él. Y detrás de ella, el hombre.

Mi madre dijo: ¿Qué haces aquí, cariño? Y movió la mano para saludarme, como si yo estuviera en un muelle y ella en un barco que se alejaba; luego se dio unos golpecitos con la punta de los dedos en la sien derecha. Tenía los ojos apagados y una arruga en la mejilla que nunca le había visto.

El hombre fumaba un cigarrillo. Era alto, con los mismos ojos claros y rasgados que Luca y un pelo canoso que debía de haber sido rubio. Estaba bronceado y tenía la piel de la frente manchada por una exposición excesiva

al sol. Vestía una camiseta gris con la bandera de Inglaterra.

Luca se separó de mí, corrió hacia él y dijo: Es mi papá, y se lo veía contento; le rodeó la cintura, le pasó un dedo por la trabilla de los vaqueros y le hundió la cara en el costado. El hombre sorbió con la nariz y me observó a través del humo del cigarrillo; luego dio tres pasos en dirección a mí, arrastrando a Luca, me tendió la mano y dijo:

Encantado de conocerte.

Se la estreché sin decir nada.

En ese momento oímos el ruido de un coche que se acercaba, después un motor que se apagaba y una puerta que se cerraba. Llamaron al timbre y, sin esperar respuesta, apareció Giuseppe Ercole, el tío que me había arreglado la bici, con el mismo mono de trabajo y la misma bandana roja en la cabeza.

Nicola había estado en Calabria, al menos eso contó. Según creí entender, mi madre y él se habían peleado y él sintió la necesidad de irse —de encontrar su camino, una expresión que me hacía pensar en el Gran Cañón; en las carreteras larguísimas que cruzan Australia, donde las cabinas de los camiones llevan enganchados tantos remolques que parecen trenes; en la Patagonia, uno de esos lugares a los que, cuando iba al Barzagli, Marcello y yo decíamos que queríamos ir algún día. Y Nicola le prometió a Luca que algún día lo llevaría a Calabria, donde conocía sitios a los que nadie iba, porque la gente es estúpida y se amontona como la basura en los contenedores—. Eso fue lo que dijo mientras comía sin dejar de fumar.

¿Y tú qué dices?

Levanté la cabeza del plato.

Nicola ahogó una colilla en el vaso de agua:

¿Te vienes a Calabria?

Sí.

Nicola me escrutó: No eres muy hablador.

Giuseppe habló de cuando Luca y yo fuimos a arreglar la bici, y dijo que yo lo había estado observando un buen rato desde lejos, como si quisiera aprender sin molestar, y que le había parecido una buena cualidad. Mi madre rio de una manera tonta y dijo que siempre había sido así, desde pequeño: un niño que observa y que solo dice algo si cree que tiene sentido. Habló de mí

de esa forma, como si yo no estuviera. No hice caso y me acabé la carne que tenía en el plato. Nicola esperaba que interviniera en la conversación, pero yo no tenía nada que decir. Al final se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo. Mi madre se levantó por el helado que tenía en el congelador y, cuando volvió a la mesa para servirlo en los vasos, él la cogió y la atrajo hacia sí. Mi madre se rio y dijo:

Cuidado, que se me caerá el helado.

Él le mordió un hombro.

Después de cenar, Giuseppe le ofreció un puro a Nicola y salieron al bosque a fumar.

Aquella noche hizo frío. En verano, la casa siempre estaba fresca, era impermeable al calor que inundaba el valle; en otoño, el bosque absorbía el hielo de las montañas. Mi madre quería encender la calefacción —para caldear un poco, dijo—, pero Nicola no quiso. Dijo que había que acostumbrarse al frío, que la calefacción era cara y que ni ella ni él podían permitirse tirar el dinero; si teníamos frío, con una manta más se resolvía el problema. Luca y yo dormimos juntos. Él se metió en el saco y se tendió en la cama, a mi lado. Ninguno de los dos podíamos dormir. Yo no dejaba de pensar en Nicola y en que mi madre y Luca debían de estar contentos de tenerlo otra vez allí. Tendría que haberme alegrado por ellos. Pero no era así. Y me sentía culpable.

Mientras tanto, Luca jugaba con la linterna, fingía conocer el código Morse y la usaba para escribir mensajes en el techo. Cuando le pregunté si se alegraba de que su padre hubiera regresado, encendió y apagó la linterna con una secuencia inventada (un intervalo luminoso más largo para las líneas y uno más corto para los puntos).

Pregunté: ¿Eso significa que sí?

Respondió con la misma secuencia.

¿Y cómo se dice que no?

Encendió la linterna e iluminó el techo un buen rato; luego la apagó, la encendió y la apagó.

Hazlo otra vez.

Lo hizo otra vez.

O sea que línea y punto quiere decir «no», ¿es así?

Intentó reproducir la primera secuencia, pero ya no se acordaba. De todos modos, entendí que quería decir que sí.

Seguimos jugando a eso: él dirigía luces al techo y yo interpretaba lo que significaban. Hasta que de pronto dije:

Ahora no he entendido nada.

Tengo sueño, dijo.

Respondí que yo también empezaba a tener sueño. Debía de haber una luna increíble en el cielo, porque las sombras de las ramas de los árboles dibujaban mapas en las paredes de la habitación. Luca y la linterna desaparecieron dentro del saco de dormir. Sentía sus pies presionándome los tobillos. Una mano asomó por la cremallera y me cogió la muñeca, como para salvarse en caso de amerizaje.

Por la mañana fui el primero en despertar. Me estaba meando. Salí para ir al cuarto de baño y, al pasar por delante de la habitación de mi madre, la oí quejarse. Me paré. La puerta estaba cerrada. Se quejaba de un modo rítmico y constante, y percibí el sonido del roce de las mantas y otros ruidos cuya procedencia dejé de imaginar en el momento en que comprendí que no se encontraba mal. Era la primera vez que oía a alguien haciendo el amor, me refiero en directo. Fui al baño y cerré la puerta con más fuerza de lo debido; abrí el grifo y, después de mear, tiré tres veces de la cadena. Desde el alféizar de la ventana me llegó un maullido. La abrí. Era el gato de la noche anterior. Dejó que lo cogiera en brazos. Me senté en el borde del bidé y jugué con él mientras el agua corría por el lavabo... hasta que llamaron a la puerta. Era Nicola, necesitaba entrar.

A media mañana empezó a llover. Nicola se puso la cazadora y dijo que salía a hacer unos recados; Luca preguntó si podía ir con él y Nicola asintió. Luca, entusiasmado, dijo de un tirón:

Ercole también se viene. ¿A que te vienes, Ercole?

El Lancia olía a tabaco y a vainilla. Luca montó delante, aunque era demasiado pequeño, y yo me senté en el asiento de atrás, donde una persona

de altura normal se veía obligada a doblar el cuello. Nicola puso la radio, una emisora de música rock; pisó el acelerador mientras aguantaba el freno, lo soltó y salimos derrapando y salpicando barro por todas partes. Las ruedas resbalaban en el camino de tierra, el volumen de la radio estaba muy alto y Luca fingía saberse la canción y gritaba inventándose la letra. Entramos en la carretera provincial y nos desviamos hacia el valle Pellice. Una capa fina de niebla envolvía el campo y en muchas casas tenían las luces encendidas, a pesar de que era de día.

Nicola acercó el encendedor del coche a la punta del cigarrillo hasta que este empezó a echar humo, bajó un palmo la ventanilla y le preguntó a Luca:

¿Quieres conducir?

Luca dejó de cantar.

¿Qué dices?

¿En serio?

Sin frenar, Nicola se quitó el cinturón.

Vamos, ven aquí.

¿Adónde?

Sobre mis piernas.

Luca se quitó el cinturón a la velocidad de alguien que huye de un vehículo en llamas, se deslizó por encima del cambio de marchas con cuidado, para no chocar con nada, y se sentó encima de su padre. Si yo hubiera tenido suficiente espacio, habría enderezado la espalda, una tensión involuntaria, de animal, pero no podía. Me habría gustado decir algo, pero no sabía qué. El asfalto estaba mojado. Luca chillaba, entusiasta; sus manos pequeñas rozaban las de su padre sobre el volante. Y Nicola, con la barbilla apoyada en la cabeza de su hijo, no disminuía la velocidad. En la radio, una guitarra eléctrica distorsionada tocaba el himno de los Estados Unidos, y el DJ gritó algo, aunque solo entendí la palabra «Woodstock». Adelantamos a una camioneta de congelados, a un coche familiar y a una Vespa con el motorista enfundado en un poncho impermeable. Giramos por un viaducto y los neumáticos perdieron adherencia; me sujeté a los reposacabezas y dije que quizá sería mejor aflojar: ¿No creéis?, y al decirlo intenté poner la voz de alguien que, en el fondo, se estaba divirtiendo. En ese momento apareció entre la neblina, como un galeón fantasma, un rótulo luminoso: CONSORCIO DE

DISTRIBUIDORES DE LA CONSTRUCCIÓN y Nicola dijo que habíamos llegado. Dio la vuelta al patio. Aparcó junto a unos palés cargados de azulejos envueltos en celofán transparente. Le dijo a Luca —al que le temblaban las piernas— que bajara y dijo que lo esperaríamos allí sin armar alboroto.

Yo también salí. Respiré a pleno pulmón. Luca gritó, emocionado.

Dijo: ¿Has visto? ¿Has visto? Después volvió a sentarse en el asiento del conductor y fingió que corría una carrera mientras imitaba el ruido del motor con la boca. Había un perro atado a una cadena; nos miraba sin moverse.

¿En qué trabaja?, le pregunté a Luca.

Él siguió haciendo pedorretas y cambiando marchas.

Luca.

Me miró sin dejar de conducir.

¿En qué trabaja tu padre?

Vende.

¿El qué?

Se encogió de hombros y se concentró en la carretera imaginaria.

Nos quedamos allí fuera diez minutos. La niebla se iba disipando y apareció un retal de cielo azul encima de DISTRIBUIDORES DE LA CONSTRUCCIÓN. Nicola salió por la puerta corredera metiéndose un sobre en el bolsillo interior de la cazadora, pellizcó con dos dedos el cigarrillo que se acababa de fumar y lo lanzó en dirección al perro.

Vamos, dijo. ¿Quieres conducir tú ahora?

¿Yo?

¿Ves a alguien más?

Pensé que quería que me sentara sobre sus rodillas.

No creo que quepa.

Vamos, ¿qué dices? Te estoy preguntando si quieres conducir. ¿Has conducido alguna vez?

No.

¿En serio?

Asentí.

Joder, es increíble, yo a tu edad habría sido capaz de llevar un camión con remolque a Finlandia si me lo hubieran pedido. Anda, sube. Luca, tú detrás.

Pero...

Nada de excusas. ¿Cuántos años tienes?

Quince.

No puedes tener quince años y no saber conducir.

Subimos al coche. Yo por la puerta del conductor, él por la del copiloto.

Ponlo en marcha. ¿Sabes cómo se hace?

Tengo que pisar el embrague.

¿Y luego?

Levantar el pie del embrague y acelerar.

¿Y la marcha?

Hay que meter primera.

Primera, sí, pero ¿cuándo metes primera?

Mientras piso el embrague.

Y cuando salgamos, ¿qué tienes que hacer?

Pisar otra vez el embrague y meter segunda.

Exacto. Ahora mantén el pie izquierdo en el embrague y el derecho en el suelo. ¿Listo?

Listo.

Gira la llave. Mete primera. Así, perfecto. ¿Lo oyes? ¿Oyes cómo ronronea?

Sí.

Ahora levanta el pie izquierdo del embrague... No... así no..., despacio, hasta que el pedal empiece a vibrar. Busca la vibración en la planta del pie, ¿entendido? ¿La sientes? Es el punto crucial. La vibración significa que el coche te está hablando ¿Y qué está diciendo?

¿Qué está diciendo?

Está diciendo que si sueltas un poco más el pedal, se muere. Eso es. ¿Y tú no quieres que se muera, no?

No.

Muy bien. Si no quieres que se muera, cuando notes la vibración, tienes que pisar enseguida el acelerador. Sueltas el embrague, pisas el acelerador y el coche, feliz, en vez de morir, ¿qué hace?

¿Se mueve?

Se mueve, dijo riendo, y me dio un codazo en el hombro. Claro que sí. Anda, ahora intenta llevarnos a casa sanos y salvos.

¿A casa?

¿Vamos a quedarnos aquí?

Pero yo... no...

Has puesto en marcha el coche. Tienes el pie en el embrague. Ahora levanta el pie como te he dicho, escuchando la vibración, pisa el acelerador y adelante.

Aferré el volante y tragué saliva como si engullera un jabalí. Hice lo que me decía. Estaba haciendo una tontería, lo sabía, pero estaba demasiado alterado para renunciar a ello. Solté el embrague y fui a pisar el acelerador, pero presioné muy deprisa y el coche se caló. Nicola me indicó con la mano que fuera más cuidadoso. Lo volví a intentar, pero esta vez lo fui en exceso y, cuando noté que la vibración se convertía en un golpe de tos, ya era tarde: el coche dio una sacudida, medio salto hacia delante y se apagó. Nicola se echó a reír y buscó el paquete de cigarrillos en la guantera. Luca también rio. Alcé los ojos y crucé una mirada con él por el retrovisor; se había agarrado con las dos manos al reposacabezas.

Nicola encendió el cigarrillo:

Vamos, otra vez.

Empecé de nuevo: embrague, encendido, marcha. Vibración bajo el pie y acelerador. El coche dio una sacudida, pero no se apagó. Le di gas.

Nicola dijo: Tranquilo, amigo, tranquilo. No te pongas nervioso. Dómalo. El coche es como un animal, un caballo, una mujer. Escúchalo. Siéntelo. Y ahora vamos, adelante.

Mientras Nicola hablaba, circulé por el patio.

Ahora cambia de marcha, mete segunda, dijo.

Y lo hice. Cambié de marcha, pasé a segunda y todo iba bien. Nicola dijo:

Ve hacia la verja. Ahora frena... El embrague, joder, el embrague. Bien...

¿Hay alguien?

¿Dónde?

En la carretera, ¿dónde si no? ¿Dentro de tu cabeza? Me dio una colleja. Mira a la derecha y luego a la izquierda. ¿Viene alguien?

No.

Pues sigue.

Me entraron ganas de rascarme la nariz. Tenía mucho oxígeno en los

pulmones y expulsé tanto como para hinchar una lancha. Giré, solté el embrague, di gas. Salimos. Sí, salimos. Estaba conduciendo. No me lo podía creer. Nicola me dijo que metiera tercera, y después cuarta. Luca aplaudió. Un coche se puso detrás y nos hizo luces, porque yo iba despacio. Nicola se dio la vuelta, le enseñó el dedo corazón y le dijo que se podía ir a la mierda.

Adelántanos, joder, gritó, adelántanos.

Y cuando el hombre —camisa, corbata, auriculares— nos adelantó y nos miró, Nicola sacó otra vez el dedo y le sonrió.

Conduje hasta casa de mi madre. Solo se me caló dos veces, tantas como Nicola amenazó con vomitarme encima. Luca se pasó el trayecto riendo. Yo lo había conseguido. Y tenía la impresión de que la neblina relucía, de que irradiaba una luminosidad constante, al igual que los árboles y las piedras. Cuando llegamos, Nicola fingió que se desmayaba en el patio, Luca se le tiró encima, mi madre salió con una sartén y un trapo en la mano y preguntó qué diablos hacíamos. En ese momento me di cuenta de que había un antes y un después. Para mí, quiero decir. Había un antes. Y había un después.

No me lo creo, dijo Violetta; puso un pie en el banco y se apretó el muslo contra el pecho. Estábamos en la plaza Vittorio. La colina nos guiñaba un ojo al otro lado del río invitándonos a saltar sobre los montones de hojas amarillas y a recoger caquis y castañas.

Pues no te lo creas, dije.

Te dejó conducir veinte minutos por una carretera provincial.

Y no pasó nada. No hubo muertos.

Estás loco.

Asentí.

¿Y tu madre?

¿Qué?

¿No dijo nada?

Me encogí de hombros.

Bah, no lo sé...

¿Cómo que «bah, no lo sé»?

Me parece un comportamiento infantil.

¿Y qué tiene de malo?

Nada... si eres un niño.

¿Un adulto no puede divertirse?

No quiero decir eso. El problema no es divertirse o no divertirse, el problema es cómo. Hay quien se divierte buscando tratamientos para enfermedades raras y quien se divierte en el estadio gritando que la madre de no sé quién es una puta.

...

...

¿No crees que a veces necesitamos un poco de ligereza?

No tiene nada de ligero hacer gilipolleces, eso es lo que creo. Ligereza es comprarte unos vaqueros que no necesitas, salpicarnos de agua cuando bebemos en la fuente, echar una cabezada en el balcón en vez de repasar Historia. La vida está llena de gestos inútiles que... bueno, que están relacionados con la belleza. Pero no hay nada bello en arriesgar la vida por una chorrada. La propia vida. Y peor aún la de los demás.

Me incliné y la besé en los labios.

Dijo: ¿Y esto?

Esto está relacionado con la belleza.

Violetta ladeó la cabeza, le vi el cielo reflejado en los ojos.

Sí, se le acerca.

Le cogí el pelo por detrás de la nuca y la besé de nuevo intentando que todas las cosas tiernas de la Tierra contribuyesen a aquel momento; mi mano derecha se deslizó hasta su cadera y se detuvo en el muslo mientras ella me contaba con los dedos las vértebras de la espalda. El mundo que nos rodeaba se desvaneció. No necesitaba nada más. Comida, oxígeno, agua. Nada. La tenía a ella. Cuando nos separamos, después de observarnos —piel, nariz, cejas—, de observarnos como si necesitáramos reconocernos, le dije:

¿Y esto?

Violetta hinchó un carrillo.

Pues... esto ha sido una obra maestra.

El sábado siguiente era el cumpleaños de Luca. Seis años. Intenté por todos

los medios convencer a Asia para que me acompañara a Erta; sabía que para él habría sido una sorpresa increíble. Pero ella no podía, o no quería. Dijo que ese sábado, al cerrar el restaurante, Andrea y ella se irían a no sé dónde, fuera de la ciudad, a casa de unos amigos, algo programado hacía tiempo. Por lo menos la convencí de que me acompañara a comprarle el regalo: la trilogía de *La guerra de las galaxias* en DVD, la original. Ya era hora de que él también conociera la Fuerza.

Cuando salimos de la tienda, Asia me llevó a beber leche con menta a un bar donde el sirope de menta lo hacían ellos, y cuando me senté a la mesa, me puso delante un paquete naranja. No lo toqué. La miré.

¿Qué es?

Ábrelo.

¿Es un regalo?

Sí, es un regalo.

Bebí un sorbo sin apartar los ojos del paquete, me limpié la boca con el antebrazo y lo abrí. Dentro había un móvil.

No es nuevo, dijo Asia, pero lo han reparado bien y funciona perfectamente. Dentro ya lleva una tarjeta SIM. Te he hecho un abono, pero tienes pocos minutos de llamadas; llama solo en caso de emergencia. Pero tienes como mil mensajes y, además, puedes usar el WhatsApp, o sea que mejor escribir. ¿Lo has entendido?

Me levanté, di la vuelta a la mesa, en silencio, y fui a abrazarla.

Te he grabado mi número, el de Andrea y el del restaurante.

Gracias, dije.

Me acabé la leche con menta y le envié un mensaje a Violetta diciéndole que era yo. Al principio creyó que era un compañero o una amiga que estaba gastándole una broma, así que me hizo un interrogatorio, pero al final se convenció. Bueno, en realidad no se convenció de que era yo hasta que me llamó.

En casa, mi padre había decidido pintar todas las paredes de rojo. Al vaciar un desván, encontró tres latas de pintura roja y recordó que siempre había querido vivir en una casa roja. No estaba mal. Solo que era un poco inquietante. Por lo demás, le había encargado a no sé quién unos folletos en los que ponía «Pietro Santià vacía sótanos y desvanes» y el número de

teléfono de la vinoteca que había delante del colegio del barrio. Y la cosa estaba funcionando: le llegaban un par de encargos a la semana y, entre lo que ganaba vaciando y lo que ganaba revendiendo, estaba contento; hasta se había comprado una chaqueta de terciopelo verde.

Para ir a la fiesta de cumpleaños de Luca, cogí el autobús de las seis de la tarde. Quería salir en el de antes, pero Violetta estaba sola en casa y... ya se sabe. A las seis estaba sentado al final del bus y llevaba en la mochila el paquete con los tres DVD de *La guerra de las galaxias*.

Al llegar a Erta, me encontré a Giuseppe descargando un jabalí —muerto— de la furgoneta.

Ha empezado la caza, dijo, feliz.

Parecía que el jabalí solo estuviera inconsciente.

Nos vemos más tarde.

Dije: ¿Dónde?

En la fiesta.

¿Tú también vas?

Le prometí a Nicola que me pasaría. Irán más amigos. Gente a la que no veo hace un montón de tiempo.

¿Cuánto hace que os conocéis Nicola y tú?

Giuseppe puso los ojos en blanco, como si le fuera a dar un ataque epiléptico.

Desde que teníamos la edad de Luca. Quizá antes. Entonces lo llamaron desde la casa y dijo: Dile a tu madre que sea generosa con el licor en la tarta.

Luca estaba en el patio, jugando con unas flechas; intentaba clavarlas en unos anillos concéntricos dibujados en un tablero de madera. Cuando me vio, corrió hacia mí y lo cogí en brazos, le di una vuelta, lo levanté y lo puse boca abajo, como en un movimiento de lucha libre. Me preguntó si le había comprado un regalo y contesté:

¿Qué regalo? Pero él no se lo creyó y trató de robarme la mochila. Pregunté: ¿Mamá está en casa?

Y sí, estaba en lo alto de una escalera, colgando unas guirnaldas de la lámpara:

¿Me ayudas?

Dejé la mochila en el sofá:
¿Qué tengo que hacer?
Pásame la cuerda, la verde.
Toma.
Y las bolas.
Pero si son de Navidad. Todavía no es Navidad.
Da igual. Quedan de fiesta.
Giuseppe ha dicho que seas generosa con el licor de la tarta.
Mi madre rio y se secó la comisura de un ojo; rejuvenecía diez años cuando se reía. Le pregunté cómo le había ido la semana y contestó:
Todo bien, y me contó varias cosas divertidas que había hecho la viuda del capitán. Cada día está peor del alzhéimer, dijo.
Esperé que me preguntará cómo me había ido a mí la semana, pero estaba concentrada en la cuerda que no lograba anudar. Entonces le dije que me dejase a mí. Subí en su lugar a la escalera y hasta la hora de cenar no hice más que colgar bolas de Navidad.

Creía que lo celebraríamos solo nosotros. Nunca había visto a nadie en casa de mi madre y de Nicola, solo a Giuseppe. Pero aquella noche llegaron tres coches, el de Nicola, la furgoneta de Giuseppe y un Fiat Punto blanco; aparcaron en el patio y tres mujeres y siete hombres entraron en casa cantando «Cumpleaños feliz, te deseamos Luca». Ya habían bebido y dos de ellos estaban borrachos, los mismos ojos acuosos de mi padre cuando se encontraba en aquellas condiciones. Se adueñaron de la sala y empezaron a comer sin esperar a que mi madre les diera permiso. Y cuando ella intentó decir algo, Nicola la abrazó y la besó y dijo que los dejara, que era una noche de fiesta y no había reglas.

No me quedó claro de qué se conocían. Las tres mujeres se parecían. Todas tenían el pelo negro y llevaban vaqueros rotos y zapatos demasiado elegantes. Los hombres eran ese tipo de personas que esperas encontrarte en la gasolinera llenando el depósito de la furgoneta al volver de una cacería; todos de la misma edad —la de Nicola y Giuseppe—, excepto dos: uno mayor, con el pelo blanco, arrugas profundas en la frente y pinta de estar huyendo de algo, y otro más joven, rubio y con gafas. Algunos le trajeron un regalo a

Luca —una caja de construcciones, un coche teledirigido—, otros le prometieron que se lo traerían; pero en realidad ninguno de ellos daba la impresión de estar allí por su cumpleaños. No paraban de beber, subieron el volumen de la música y se pusieron a bailar (si dar esos saltos y esos meneos temblorosos podía considerarse bailar). Luego, de pronto, como si fuera algo inevitable, encendimos las velas de la tarta y Luca las apagó. Después de servir la tarta —Giuseppe se quejó de que había poco licor y mi madre le dijo que no había nada de licor, porque era el cumpleaños de un niño—, o sea, después de cortar y servir la tarta, mi madre dijo que le dolía la cabeza, se disculpó y fue a echarse. Para entonces, el único regalo que le quedaba por abrir a Luca era el mío. Se lo di y nos sentamos en el sofá.

Dije: De mi parte y de Asia.

¿En serio?

Sí.

Podías haber venido con ella.

Ya, pero tenía un compromiso. Me ha dado recuerdos para ti.

Me gustaría conocerla.

Tarde o temprano la conocerás. Un día te llevaré a Turín.

¿Lo dices de verdad?

Iremos a comer a su restaurante, y luego al museo egipcio a ver las momias.

Luca asintió y abrió el paquete. Lo miró sin entenderlo y dijo:

Gracias, ¿son películas?

Entonces le expliqué que era una historia increíble y le hablé de Luke, de Obi-Wan, de Darth Vader y de la Fuerza. Todo eso despertó su curiosidad y quiso saber si la Fuerza existía realmente; le dije que yo creía que sí, pero que aún era pronto para que se manifestara.

¿La vemos ahora?

Hay demasiado ruido. Mejor por la mañana.

¿Y las veremos las tres seguidas?

Pues claro.

La sala estaba llena de humo y las esencias dulzonas de las mujeres se mezclaban con el sudor y la peste del puro.

Le dije a Luca: Salgo a tomar el aire. Debe de haber un cielo espectacular.

¿Vienes?

Luca respondió que hacía frío y que prefería construir un aparcamiento subterráneo con el Lego. Le dije que empezara, que yo lo ayudaría cuando volviera. Pasé entre Marika, una de las amigas de Nicola, la de la chaqueta negra con brillantes y el carmín violeta, que bailaba con los brazos en alto, y el hombre del pelo blanco, que no le quitaba los ojos de encima. Al lado de la puerta, sentado en una silla, estaba Giuseppe. Otra de las amigas se le había sentado encima y él le había pasado los pulgares por las trabillas de los vaqueros, como si no quisiera dejarla escapar. Bebí un sorbo de naranjada de la botella y salí.

El olor a musgo y hojas húmedas dio una nueva transparencia a los pensamientos. Algo vibró en el bolsillo de atrás. El móvil. Aún no me había acostumbrado a llevarlo. Lo saqué y vi que había tres mensajes: uno de Asia, que me pedía que felicitará a Luca, y dos de Violetta, que preguntaba por la fiesta y si estábamos usando espadas láser para cortar la tarta. Les respondí a las dos.

La puerta se abrió, la música y las risas atravesaron el silencio como si le echaran un cubo de barro; el chico rubio cerró y anduvo en dirección a mí. Parecía que no me hubiera visto. Cuando estuvimos hombro con hombro, hizo un gesto con la barbilla.

¿Qué tal?

¿Y tú?

Tranquilo.

...

Una buena noche, ¿eh?

Sí.

Dijo: Tienes suerte de vivir aquí.

No vivo aquí, solo vengo los fines de semana.

¿Y dónde vives?

En Turín.

Ah, sí. Porque eres el hijo de... Chasqueó los dedos: ¿Cómo se llama tu madre?

Sí, soy su hijo.

Del primer matrimonio. Nicola me lo contó. Y vives en Turín.

Sí.

Pero aquí se está bien. Deberías vivir aquí.

Vi algo que se movía en la oscuridad, quizá fuera el gato.

¿Y tú?

El rubio se señaló con los pulgares de ambas manos.

Oh, nada, yo trabajo con Nicola.

¿En la construcción?

¿La construcción? No, ¿por qué?

¿Nicola no trabaja en la construcción?

No. ¿Quién te ha dicho que trabaja en la construcción?

¿Y de qué trabaja?

Bueno, no sé, deberías hablarlo con él. ¿Nunca se lo has preguntado?

No.

Hazlo. No es nada raro, y a lo mejor te busca algo a ti.

Si no es nada raro, ¿por qué no me lo dices tú?

Porque tengo sed.

...

¿Tú no tienes sed?

No.

El rubio miró a su alrededor.

Está muy bien todo esto. Deberías vivir aquí.

Una de las mujeres abrió una ventana y dijo algo, quizá una broma sobre el hecho de que estábamos fuera los dos solos, a oscuras, pero no le presté atención, porque en ese momento un grito dibujó una línea recta en el ruido, como la aleta de un tiburón. La voz de Luca. Un grito, una rabieta. Y a él nunca le daban rabieta.

La idea fue del tío del pelo blanco. Luca abandonó el aparcamiento subterráneo para ir a beber. Fue hasta la mesa, que ese día estaba colocada contra el horno, y se sirvió un vaso de refresco de naranja. Marika llegó detrás, seguida por el del pelo blanco, se agachó, le estampó un beso en la mejilla a Luca y lo apretujó como si fuera un oso de peluche de los que se ganan en los parques de atracciones. Eso pilló por sorpresa a Luca, y se le cayó la naranjada. Entonces Marika dijo:

Madre mía, lo siento, ahora cogemos otra, vamos a coger otra, ¿eh?, insistió dirigiéndose al del pelo blanco.

¿Otra qué?, dijo él.

Naranjada. Al niño se le ha caído el vaso.

Pues que hubiera ido con más cuidado.

Ha sido culpa mía.

El del pelo blanco dijo: En ese caso... Cogió a Luca por las axilas y lo sentó en la mesa: Mira, te voy a hacer una demostración de cómo se bebe la naranjada, así se lo puedes enseñar a tus amiguitas. Cogió la botella de Fanta y la botella de vodka que había traído no sé quién —no sé quién había traído aquella cantidad de alcohol—, inclinó hacia atrás la cabeza y se las echó al gaznate. Empezó a hacer una especie de gárgaras, escupiendo por todas partes, con los ojos fuera de las órbitas; le metió la lengua en la boca a Marika y le dijo que se la lamiera. Luego se dirigió a Luca y dijo: Ahora tú.

Luca abrió la boca. El hombre cogió la Fanta y el vodka, los levantó por encima de la cabeza y dejó caer dos chorros. Luca intentó beber; el refresco le manchó la sudadera y el vodka, antes de entrarle en la boca, le dio en la nariz. Unas gotas le cayeron en los ojos, que empezaron a escocerle. Marika y el hombre rieron.

Joder, no te lo has tragado, probemos otra vez.

Luca se frotó los ojos y se esforzó por encontrar divertido lo que estaba pasando, aunque lo que deseaba realmente era volver a su aparcamiento subterráneo. Dijo que no tenía más sed, gracias. Pero el hombre lo agarró.

Es tu cumpleaños, a los seis años hay que saber hacer ciertas cosas. Le apretó la mandíbula con una mano para obligarlo a abrir la boca: Empezaremos con esto. Luca tosió y expulsó el vodka que el tío del pelo blanco intentaba hacerle tragar.

Se asustó y gritó:

No quiero, déjame ya.

Entré en casa como un torbellino.

¿Qué le estáis haciendo?

La radio eructaba una música de discoteca que hacía temblar los platos en el fregadero y martilleaba las ideas hasta convertirlas en polvo. Todo ocurrió

en pocos segundos. El del pelo blanco, serio, dijo que no había pasado nada. Marika confirmó que solo estaban divirtiéndose y celebrándolo con Luca.

Es su cumpleaños, dijo, y trató de acariciarme la mejilla.

Yo le aparté la mano con una media bofetada y le dije que se fuera a la mierda y que aquello no era forma de celebrar el cumpleaños de un niño. El hombre me pidió que me calmara. Llamé a Nicola. El hombre me cogió por la muñeca, dijo:

¿Por qué coño llamas a Nicola?

Lo empujé y chocó contra Marika. Reaccionó dándome un cabezazo. Caí hacia atrás, encima de una mesita llena de vasos, pero no me corté, porque me di cuenta a tiempo y logré aterrizar con los codos, sin apoyar las manos. Aunque el dolor en los codos fue atroz. Los vasos se rompieron o rodaron por ahí. Noté que me salía sangre de la nariz y me mojaba los labios. Música, voces. Todos hablaban. Luca corrió a abrazarme. Temblaba. Entonces llegó Nicola, que no sé dónde se había metido (quizá en el baño, o a ver cómo estaba mi madre).

Dijo: ¿Se puede saber qué pasa aquí?

Me sequé la sangre con el dorso de la mano.

Joder, ¿dónde estabas?

Eh, modera el tono. ¿Qué problema hay?

Estaban obligando a Luca a beber vodka.

Y también naranjada, dijo Marika para disculparse.

Le estaban haciendo daño.

No es verdad.

Grité: Lo habéis asustado.

¿Asustado?, dijo el hombre. Aquí el que ha empezado ha sido el chico. Ha agredido a Marika.

No la he agredido, es mentira.

Marika dijo: No, no me ha agredido.

Amor mío..., suspiró el hombre.

Entonces, como si acabara de entenderlo, Marika añadió:

Bueno, me ha hecho un poco de daño en la mano.

Le señalé a Nicola la sudadera de Luca:

Mira, tócala, está empapada.

Nicola lanzó una mirada de contrariedad a sus amigos:

Chicos, esto no son maneras. Y luego se dirigió a mí: Déjame ver. Me miró la nariz. Necesitas hielo. Abrió el congelador y sacó un paquete de guisantes: Presiónalos contra la nariz. Y lávate la cara.

Me dirigí al cuarto de baño y me llevé a Luca. Al pasar por delante de la habitación de mi madre, entorné la puerta; solo era una masa de oscuridad, una respiración leve bajo las mantas. Estaba durmiendo. Tal vez soñando.

Me lavé con agua fría la sangre de la nariz y de los labios. Dejé de sangrar. Luca se iba fijando en todos los detalles que lo rodeaban, por mínimos que fueran, como si de repente fuera miope. Se quitó la sudadera, la echó en el cestillo de la ropa sucia y cogió una seca, verde y azul, de la pila que había encima de la lavadora. Me quedé un buen rato inclinado, con la cabeza en el lavabo, observando las gotas de color óxido que me caían de la nariz, se estrellaban contra la porcelana blanca y se colaban por el desagüe. Un nerviosismo gélido en los dedos me hacía clavar las uñas, como si quisiera romper el lavabo. Estaba desorientado. Atónito. Las cosas no tenían que ser así. Pensé: *No, no, no, esto no puede ser. Esto no está bien. No está nada bien.* Lo cual era una manera de empezar a establecer prioridades, como el hecho de que no podía irme al día siguiente y dejar a Luca solo. Los amigos de Nicola, como amigos de Nicola que eran, podían volver. ¿Y si se les ocurría verse entre semana, organizar otro encuentro en mi ausencia? ¿Y si se reunían una noche en que yo no estaba y mi madre se había ido a la cama con dolor de cabeza y eso? Sabía que si mi madre se hubiera encontrado bien, si hubiera estado allí con nosotros, habría intervenido. No habría permitido que ocurriese lo que estaba ocurriendo. Pero ella no estaba. Y nunca se sabía cuándo iba a estar y cuándo no.

¿Te sigue doliendo?, preguntó Luca, sentado en el bidé.

Ya se me está pasando. ¿Tú estás bien?

Sí.

¿Seguro?

¿Cuándo se irán?

No lo sé.

¿Puedo irme a dormir?

¿Quieres irte a dormir?

Asintió.

Me miré en el espejo. Me estaba saliendo un moratón debajo del ojo, tenía la nariz hinchada y de un color distinto al resto de la cara. Había dado por descontado que Nicola nos seguiría hasta el baño o que pasaría a ver cómo nos encontrábamos. Y estaba dispuesto a atacarlo. Pero oí su voz en el salón; les estaba contando algo a sus amigos. Se reían. Entonces me senté en el suelo, con la espalda contra la lavadora. Noté que me tiraba el bolsillo de atrás. El móvil. Lo saqué. La pantalla era una telaraña de cristal. Se había roto al caerme.

Luca se acercó, dijo:

Ostras...

Ya.

¿Desde cuándo lo tenías?

Tres días.

Repitió: Ostras.

Ya.

¿No funciona?

Lo encendí y se iluminó, pero a través de la telaraña de cristal era imposible distinguir los iconos:

Creo que voy a tener que cambiarlo. Y me lo metí en el bolsillo.

Luca se sentó entre mis piernas y cogió un tebeo viejo de Mickey Mouse que había resbalado entre la pared y el cestillo. Le sopló el polvo. Me lo pasó y empecé a leerle una historia: Minnie salía de compras con Clarabella, entraban en una pastelería a comerse un trozo de tarta y hablaban de una venta benéfica; después entraban Morty y Ferdie a preguntar algo, y luego no lo recuerdo. Solo sé que al cabo de veinte minutos, la mujer que estaba sentada en las rodillas de Giuseppe se asomó y dijo que necesitaba ir al baño. Cuando fui a levantarme, me di cuenta de que Luca se había quedado dormido.

Lo cogí en brazos para llevarlo a la habitación. La puerta del pasillo enmarcaba al tío del pelo blanco tumbado en el sofá. Marika estaba encima de él. Entré en la habitación de Luca y encendí la luz con el codo. La cama

estaba llena de chaquetas. Debían de haberlas llevado allí para despejar el sofá de la sala. Las tiré al suelo con una mano mientras sostenía a Luca con la otra. De una de las chaquetas cayó algo que tintineó en el suelo. Un juego de llaves. Las llaves de un coche. Tendí a Luca en la cama; rodó hacia el lado de la pared y abrazó la almohada. Recogí las llaves. Llevaban el símbolo de Volkswagen.

Alcé la mirada y por unos instantes contemplé la oscuridad a través del cristal de la ventana, la luna que iluminaba una parte del bosque, los troncos y las ramas que crujían movidos por el viento. En el cristal había un puntito, una mancha de pintura blanca; la rasqué con la uña, abrí la ventana y dejé que entrara la noche. Me *miré* hacerlo como si no fuera yo, y me pregunté qué ocurriría. El aire frío me dio en el ojo, que me empezó a llorar. Una certeza fría, feroz, me andaba por el cuello, como una hormiga. Apreté las llaves del coche.

Sabía lo que tenía que hacer. Solo me faltaba armarme de valor.

Siete

El año pasado también nevó. Hice un muñeco de nieve y mi hermano lo derribó y yo derribé a mi hermano. Luego tomamos el té.

DYLAN THOMAS

Alguien dijo que el destino no es más de lo que cupo en la infancia. No lo sé. Yo creo que el destino es eso y muchas cosas más. Depende de lo que decidas hacer. Depende de con quién te encuentres. Por ejemplo, Asia encontró a Andrea. La vida es una bola de billar, cada choque la hace cambiar de dirección; y si somos lo bastante fuertes y afortunados, podemos ir a cualquier sitio. Por eso desperté a Luca, le dije que se pusiera la chaqueta, le metí el gorro de lana en el bolsillo, por si acaso, y salimos juntos por la ventana usando la mesilla como escalón. Porque ya era hora de que les diéramos un buen golpe a nuestras bolas... por seguir con la metáfora del billar.

Nos metimos entre los árboles y dimos la vuelta a la casa. Me asomé por detrás de un tronco para ver si había salido alguien a fumar. Y sí, estaba el chico rubio; esperamos a que entrara. Luca se acurrucó a mi lado; el frío de la noche lo estaba despertando por momentos, pero los ojos aún le brillaban de sueño. Me cogió de la mano. Yo en la otra llevaba el juego de llaves y lo tocaba con la punta de los dedos, nervioso. Teníamos delante el único vehículo Volkswagen: la furgoneta de Giuseppe. El coche de Nicola era un Lancia y el otro, un Fiat Punto. Nunca había conducido una furgoneta; en realidad, no había conducido nunca nada antes del Lancia de Nicola, pero suponía que no podía ser muy distinto; también debía de ser una cuestión de embrague, marcha, acelerador. Mientras esperábamos a que el chico rubio entrara en la casa, repasé lo que Nicola me había enseñado: la vibración en la

planta del pie y todo eso.

Ya está, susurró Luca, ha entrado.

En cuanto el rubio cerró la puerta, salimos. La luna nos enfocó cruzando el patio con la espalda encorvada. Entreví al gato refugiándose debajo del Fiat Punto. Cuando intenté abrir la puerta de la furgoneta, la del copiloto, descubrí que me temblaban las manos. Respiré por la nariz para mantener la calma. La puerta se abrió; primero monté yo y después Luca. Mientras metía la llave le dije que se pusiera el cinturón. Luca se giró a cogerlo, pero estaba encallado; me estiré por encima de él para ayudarlo y en ese momento lo miré bien. A Luca, quiero decir. Lo miré y negué con la cabeza.

Esto no puede ser, dije.

¿El qué?

Dije: Espera. Abrí la puerta y bajé.

¿Adónde vas?

Me puse un dedo delante de los labios:

Enseguida vuelvo.

Ercole...

Crucé el patio encorvado como un guerrillero; notaba los ojos de mi hermano clavados en la espalda. Llegué al saliente del que colgaba el viejo casco de fútbol americano amarillo con el número 10. Lo cogí y lo estreché contra el pecho. Desde allí podía mirar por la ventana y ver qué hacían. La música seguía muy alta. Nicola estaba contando algo y gesticulaba contenido, con un vaso de licor entre dos dedos. Una de las amigas le quitó las gafas al chico rubio, y él se tocó los párpados, como si se sintiera desnudo, y le pasó la lengua por la sien. Me giré y volví atrás.

Ponte esto.

Luca abrió los ojos como platos.

¿Tengo que ponerme el casco?

Sí.

¿Por qué?

Porque es mejor.

Se lo puso, se lo ató bajo el mentón y me miró a través de la máscara: Estoy listo.

Levanté el pulgar. Él hizo lo mismo. Pisé el embrague, giré la llave en el

contacto, puse la marcha atrás. El motor arrancó. Temí que se encendieran las luces, pero no, y las dejé apagadas. Ahora tenía que levantar el pie del embrague y al mismo tiempo acelerar, dar marcha atrás unos diez metros, hasta una pequeña explanada donde los dueños de una parte del bosque solían acumular troncos y hojas secas, y allí podría dar la vuelta. Pensé en la postura de mi padre cuando lo hacía, y me coloqué igual, con el brazo derecho detrás del reposacabezas de Luca; pero aquello era una furgoneta y detrás veía poco o nada, así es que volví a ponerme recto, con las dos manos en el volante, y me guie por los espejos. Lentamente empecé a levantar el pie del embrague y a pisar el acelerador. La música alta dentro de la casa se superponía al ruido del motor, pero si le daba gas, lo oirían. Tenía que hacerlo todo con delicadeza. Con calma. Tenía que estar calmado. Levanté el pie del embrague y esperé la vibración. Apareció. Nos movimos. Los neumáticos chirriaron. Ya estab... Se apagó. Un sollozo y el motor se apagó. Poca presión, muy poca. Lo encendí de nuevo. Oí los neumáticos mordiendo la tierra. Adelante. De nuevo. Esta vez aumenté la presión en el pedal. Miraba alternativamente los espejos y la puerta de la casa. ¿El volante estaba recto? ¿Íbamos rectos? Nos alejamos en línea recta, con el motor casi muerto de nuevo, casi, pero lo recuperé. Llegué a la explanada y giré para dejar espacio suficiente y coger la carretera en el sentido correcto con una sola maniobra. Metí primera. Luca miraba hacia delante, como un *quarterback*, concentrado en el infinito.

Nos marchamos.

Habría podido recorrer el trayecto a oscuras, porque lo conocía bien, pero al cabo de trescientos o cuatrocientos metros encendí las luces, y el sotobosque, las raíces de los árboles y la parte baja y nudosa de los troncos brillaron en la oscuridad como criaturas alienígenas. Mientras tanto, seguíamos avanzando. Casi no me lo creía. Iba mirando por el retrovisor si nos seguían otros coches. Pero nada. Solo veía el polvo que levantábamos y que caía despacio en la estela de las luces traseras. Dejamos atrás el camino de tierra y llegamos a la carretera provincial. En la rotonda tomé la segunda salida, siguiendo el cartel que indicaba Turín.

Luca dijo: Conduces muy bien.

Lo miré de reojo; estaba relajado, había apoyado el casco en la ventanilla y, detrás de la máscara, los ojos le danzaban siguiendo las luces de las viviendas y los patios de las fábricas.

Dije: ¿Acaso lo dudabas?

Sí.

¿Cómo que sí?, y me hice el ofendido.

Él rio, y yo también. Me habría abalanzado sobre él para fingir que le pegaba, pero, si lo hubiera hecho, habríamos muerto, o sea que nada. Encendí la radio y sonó el tema «Salvador Dalí» de Marracash y Gué Pequeno, que hablaba de suburbios, y de sentimientos de culpa, y de una ignorancia sofisticada. Había poco tráfico. Iba despacio, por la derecha; así, quien quisiera podía adelantarme sin problemas. Las manos a las diez y diez, como me había enseñado Nicola. Recuerdo el reflejo de las luces fluorescentes en el asfalto, el barril-brasero frente al cual una prostituta se calentaba las manos y las luces de Turín a lo lejos. La noche más absurda de mi vida.

¿Vamos a casa de Asia?

Sí.

¿Cómo es ella?

Tiene veinte años. Es igual de alta que yo.

¿Mamá lo sabe?

¿El qué?

Que vamos a casa de Asia.

Se lo diremos mañana.

¿La llamaremos?

Sí.

¿Mi padre se enfadará?

¿Porque nos hemos ido a escondidas?

Y porque hemos cogido la furgoneta de Giuseppe.

Sí. Es posible.

...

...

¿Dormiremos en casa de Asia?

Sí.

¿Cómo es su casa?

Es pequeña. Más pequeña que la tuya. Pero te gustará. Se está bien.

¿Y la tuya?

Mi casa es un poco más grande que la de Asia. Pero menos bonita.

¿Por qué no vamos a tu casa?

¿No quieres conocer a Asia?

Sí.

Entonces vamos a su casa.

¿Y tu padre?

¿Qué?

¿Está en tu casa?

Supongo que sí.

También quiero ver tu casa.

Pues también iremos a mi casa.

Y a ver las momias. Luego dijo: Mira, y señaló la luna, que flotaba entre las colinas.

Si hubiera tenido el móvil, le habría pedido consejo a Violetta. En cambio, con Asia lo mejor era presentarnos directamente en su casa; cuando viera a Luca, se rendiría. Era lo más sensato. Llevarlo a casa de mi padre no tenía sentido, al menos no en un primer momento. ¿Y después? ¿Después qué haría? Luca no podía estar con aquella gente. Quizá lograría convencer a mi madre de que dejara a Nicola y volviera con nosotros. Sí, eso. Primero le pediría a Asia que nos acogiera en su casa, y luego intentaría que mi madre y mi padre entraran en razón y les diría que estaba en juego el bien de Luca. Mi padre sería lo que fuera, pero nunca nos había metido en situaciones como aquella fiesta. Nunca nos había puesto en peligro. Nicola no nos había defendido ni a Luca ni a mí. No nos había protegido. No sabía lo que haría, solo sabía que, si los adultos no eran capaces de proteger a Luca, me encargaría yo; se quedaría conmigo hasta que encontrara un lugar seguro. Para él. Para todos nosotros.

Conducir en la ciudad era más difícil, por los semáforos y la preferencia y el freno, arranca, acelera, pero solo se me caló una vez la furgoneta. Tomaba las

curvas a trompicones. Me perdí por Mirafiori, pero al final encontré el camino y al cabo de un cuarto de hora estábamos debajo de la casa de Asia buscando aparcamiento. Encontré un hueco en el que era fácil entrar de cara, y al final, cuando giré la llave y el motor se apagó, tuve la sensación de estar a salvo. Estaba agotado. Me quedé mirando en silencio el cartel publicitario de un herbicida.

Entonces Luca preguntó: ¿Puedo quitarme el casco?

Sí, respondí mirando el herbicida. Ya te lo puedes quitar.

Llamé al portero automático de Asia y Andrea —habían puesto una placa nueva, con los dos apellidos— mientras repasaba el relato de los hechos y la lista de las consecuencias para poder justificarme, aunque, en realidad, mi nariz hinchada constituía una prueba más que suficiente. Le guiñé el ojo bueno a Luca para tranquilizarlo. Llamé de nuevo, pero no contestaron. Esperamos. Llamé otra vez. Y otra más. Nada. No sabía qué hora era... Las doce, quizá más tarde. Recordé que Asia y Andrea aquella noche iban a cenar a casa de unos amigos, fuera de Turín. Quizá era demasiado temprano. Le dije a Luca que nos tocaba esperar y le pregunté si quería volver a la furgoneta, pero él dijo que podíamos sentarnos en el escalón, que no hacía tanto frío. Y era cierto. O al menos hacía menos que en Erta.

Pero a los veinte minutos empezamos a tener frío. Me pregunté si lo habría entendido mal. A lo mejor Asia y Andrea no habían ido solo a cenar, sino que se quedaban a dormir en casa de sus amigos. Así es que, cuando tuve la sensación de que se me estaban helando los dedos de los pies, dije:

Vamos a mi casa.

Luca asintió y se puso de pie. Me metió la mano en el bolsillo y metí la mía en el mismo bolsillo, encima de la suya.

¿Vamos a pie?

Sí, dije. Son diez minutos.

Las calles estaban desiertas y la luna aparecía y desaparecía entre los edificios. Faltaban pocas horas para que empezaran a montar el mercado. A lo mejor mi padre tampoco estaba en casa, y también era posible que volviera para ayudar a montar los puestos, aunque últimamente, con lo de vaciar sótanos y desvanes, trabajaba poco en el mercado, solamente si se lo pedía

algún amigo o si los sótanos y los desvanes escaseaban. Faltaba media manzana para llegar cuando un Lancia entró y salió corriendo de mi campo visual, al final de la calle, entre dos edificios. Empujé a Luca detrás de un contenedor de basura y le dije que esperara. Llegué a la esquina y me asomé en el momento en que, tras aparcar mal el Lancia, mi madre, Nicola y Giuseppe entraban en el patio de casa; evidentemente, los había guiado mi madre. Volví atrás y cogí a Luca de la mano.

Nos tenemos que ir.

¿Adónde?

Lo estoy pensando.

¿Qué pasa?

Me agaché, le puse las manos en los hombros y lo miré a los ojos: ¿Confías en mí?

Luca asintió.

Hay algo que he aprendido con los años...

Luca me observó y esperó a que siguiera, con los ojos pequeños y soñolientos.

¿El qué?

He aprendido que a veces los adultos son confusos. Nosotros creemos que siempre saben lo que es mejor, pero no, a veces hay que darles un golpe, como ocurre con la lavadora de mamá en Erta: cuando no funciona, le das un golpe y se pone otra vez en marcha, ¿a que sí?

Sí.

Ahora tienes que confiar en mí. Vamos a darles un golpe a nuestros adultos, y luego estaremos a salvo.

Vale.

¿En serio?

Sí.

¿Confías en mí?

Sí.

Pues vamos. Lo cogí de la mano y volvimos a la furgoneta.

Tengo sueño.

Ya lo sé. Ahora ponte el casco, vete atrás y duerme.

¿Tenemos que irnos otra vez?

Es mejor cambiar de sitio la furgoneta.

¿Por qué?

Porque la están buscando o la buscarán por aquí. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

¿Qué?

Iremos al monte de los Capuchinos. Es un sitio muy bonito. En la colina. Desde ahí veremos cómo despierta la ciudad. Y mañana nosotros tenemos que ver el despertar de la ciudad. Es importante. ¿Sabes por qué?

No.

¿Has visto alguna vez el amanecer en la ciudad?

No.

Mañana será un amanecer especial. Por eso tenemos que verlo.

Además, el monte de los Capuchinos estaba cerca de casa de Violetta, y el domingo sus padres salían temprano para ir a correr. Pensé en esperar hasta verlos pasar y luego llamar al timbre para que nos hiciera un buen desayuno y me aconsejara, porque ella siempre era más lúcida que yo en sus razonamientos. Le dije a Luca que ocupara el asiento de atrás de la furgoneta para que se tumbara, y entonces dijo:

Aquí hay algo.

Tíralo al suelo.

Son escopetas.

Me giré de golpe. Era cierto. En el asiento trasero, entre unas mantas, una chaqueta y una bolsa grande que quizá servía para guardarlas, había dos escopetas de caza. Las que usaba Giuseppe para los jabalíes.

Dije: Estate quieto. No toques nada.

No he tocado nada.

Ven aquí.

Luca resopló y pasó entre los asientos para volver a sentarse delante: Aquí no me puedo tumbar.

Presioné la palanca del asiento delantero y lo eché hacia atrás todo lo posible:

Ya está, ahora ponte el casco.

No puedo dormir con el casco. Si no provocas ningún accidente, no lo

necesito.

Está bien, dije. Vale. No provocaré ningún accidente.

En vez del casco, Luca se puso el gorro de lana que le había metido en el bolsillo, se tendió y se encogió dentro de la chaqueta. Le puse el cinturón. Antes de que diera marcha atrás, ya se había dormido.

Conducir de noche en la ciudad no es difícil. Lo difícil es evitar que te vean si conduces una furgoneta y si alguien ha avisado a la policía y le ha dado el modelo, el color y el número de matrícula diciendo que un adolescente en evidente estado de confusión ha secuestrado a su hermano pequeño de seis años. Eso ya es más complicado. No se me ocurrió que llamarían a la policía. Aquella era una cuestión familiar. Un grito dirigido a mis padres, y al medio padre de Luca, no una cuestión de seguridad pública.

Pero Nicola lo hizo. Y habló de las escopetas, y de lo que podía llegar a hacer con dos escopetas un adolescente en evidente estado de confusión. Estaba yo parado en un semáforo y vi las luces intermitentes reflejadas en el retrovisor. Me quedé sin aliento. Los policías pusieron las sirenas. Un latigazo, como diciendo: Sabemos que nos has visto, pero en caso de que no nos hubieras visto, te hacemos notar nuestra presencia y es mejor que te quedes quieto. La puerta del coche patrulla se abrió y el policía apoyó una bota en el suelo. Estaba a punto de bajar. Pensé que yo había cometido una infracción. No pensé en Nicola. A lo mejor había girado sin poner el intermitente o cualquier otra cosa que ni siquiera sabía. Idiota, idiota, idiota. De todos modos, fuera lo que fuese, si me pillaban conduciendo, todo habría terminado: años de esfuerzos para no acabar en centros sociales, tapando los líos de mi padre, y ahora por una chorrada todo acabaría. ¿Y Luca? ¿Me creerían si les contaba lo ocurrido, si les decía que lo hacía por Luca? ¿Me creerían a mí o a los adultos? ¿El moratón debajo del ojo sería suficiente? Y si me creían, ¿adónde mandarían a Luca? ¿Con quién lo llevarían? No, no podía entregarles a mi hermano.

Oí la voz de Obi-Wan susurrarme: «Usa la fuerza, Luke, sigue tu instinto».

Sentí que las grietas se abrían y los monstruos salían de las paredes.

Metí primera. Pisé a tope el acelerador. Y hui.

Dejé atrás el puente y giré a la derecha; en la primera curva, Luca se golpeó la cabeza contra la guantera, chillé:

El casco, Luca, ponte el caso.

A él le costó alcanzarlo, porque el casco iba dando tumbos delante del asiento, pero lo consiguió, se lo puso bien y yo mientras tanto me lancé por un paseo flanqueado por árboles. La policía me seguía. Adelanté a una moto y un coche, el coche tocó el claxon para insultarme y el motorista, asustado, hizo un movimiento en falso, como si fuera a caerse. La policía frenó en seco para no atropellarlo, pero al final se cayó, se cayó de mala manera; vi por el retrovisor que la moto rascaba el asfalto y el conductor rodaba por la calzada. Seguí a toda velocidad, llegué a un semáforo en rojo y me lo salté, giré a la derecha, a la izquierda, a la derecha —no sabía adónde iba—, las luces intermitentes desaparecieron del retrovisor y apagué los faros, los apagué y, entre dos edificios, vi la entrada al aparcamiento de un bloque de pisos, frené un poco y me metí. Las ruedas chirriaron, rocé la pared, árboles, bicicletas, coches aparcados... y me vi encima de una caravana. Entonces frené en seco. Luca y yo salimos impulsados hacia delante. Durante un momento muy largo, los cinturones de seguridad nos sujetaron, se nos clavaron en las chaquetas y nos presionaron los pulmones. Y volvimos a caer hacia atrás en los asientos. A la vez. La furgoneta suspiró. El motor se apagó. Y nos quedamos allí, inmóviles.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que uno de los dos abriera la boca. En un rincón del aparcamiento, un fluorescente chirriaba dentro del plafón.

¿Estás bien?, dije

Luca balbució: S-sí. Luego se volvió hacia mí y me sonrió, los ojos abiertos para recoger cada gramo de luz: Ha sido... ha sido...

Sí, dije intentando no desmayarme, estoy de acuerdo.

Alucinante, dijo él.

Tragué saliva. A nuestro alrededor reinaba un gran silencio. Se encendió una luz tras una ventana, en el cuarto piso del edificio de enfrente. Oí una sirena surcar el aire. Esperé a ver las luces intermitentes en el patio. Estaba seguro de que no tardarían en llegar y, si entraban, yo no tendría fuerzas para dar ni un paso. Pero no sucedió nada. Dejé de contener el aliento y poco a

poco volví a respirar. Estaba empapado de sudor y tenía las manos heladas. Luca no había visto caer la moto, estaba seguro; si la hubiera visto, me habría hecho preguntas. ¿Qué he hecho? Me tapé los ojos con las manos y esperé que el motorista no se hubiera hecho daño. Pero ¿y si se había hecho daño?

Luca preguntó: ¿Y ahora qué?

Incliné la cabeza, dije: Ahora nos quedamos un rato aquí tranquilos, ¿te parece bien?

Él asintió con el casco puesto.

Dormimos un par de horas y luego nos vamos.

¿Adónde?

No lo sé. Quizá... quizá sea mejor que salgamos de la ciudad y nos movamos entre las fábricas y los campos. Tenemos que llamar a Asia. Es lo primero que vamos a hacer en cuanto encontremos la manera de telefonar.

Sí.

Pensé: Eso es. Asia vendrá a buscarnos y el abogado amigo de Andrea que resolvió el asunto de mi padre se encargará de lo nuestro; descubriremos que el motorista no se ha hecho nada y Asia pedirá la custodia de Luca y todo acabará bien.

Tengo que hacer pis.

Ve detrás de la caravana.

¿No habrá alguien dentro?

No, no lo creo.

Luca abrió la puerta y bajó. Se tambaleó durante un par de pasos, le flojeaban las piernas. Dejó atrás la caravana; desde donde yo estaba, solo veía una parte del casco amarillo. Volvió a la furgoneta, se puso de lado y cerró los ojos. No preguntó si se podía quitar el casco. Y pensé que estaba bien así.

Creo que me quedé traspuesto. Incluso soñé algo. No recuerdo qué. Cuando abrí los ojos, el mundo seguía tan oscuro como lo había dejado. Bostecé. Me dolía la nariz. Luca roncaba dulcemente. Miré a mi alrededor y pensé que quizá ya era hora de moverse. Era domingo, pero quizá al amanecer alguien bajaría al aparcamiento a coger el coche o la bicicleta, y una furgoneta desconocida en medio del paso, con un niño dormido y un quinceañero con la nariz hinchada y un ojo amoratado dentro, podía levantar sospechas. Por el

mismo motivo, era mejor que no nos cruzásemos con muchos vehículos por el camino. Me desperecé hasta que me crujió la espalda, encendí el motor, que me saludó como un viejo amigo, y salí del aparcamiento.

Llegué a una plaza, tan cauto como cuando de pequeño jugaba al escondite y me asomaba desde la esquina de una pared. Pasaron un par de coches. Un señor paseaba un perro. El corazón me latía deprisa y tenía la impresión de ver policías por todas partes, pero giré para salir de la ciudad y, poco después, los edificios fueron espaciándose y aumentaron las naves industriales y las extensiones de terreno entre las casas. Seguí conduciendo sin saber dónde estaba hasta que en la carretera provincial vi uno de esos muñecos de publicidad en forma de hombre que parece que bailen moviendo los brazos, y detrás, en medio de un grupo de casas, un hombre que subía la persiana de un bar. Entonces me detuve y bajé. Un cartel indicaba, a diez minutos en coche, el centro comercial Le Ancore, donde había estado años atrás con Asia y una compañera de su clase.

El dueño del bar, de pelo blanco y estropajoso y con un cigarrillo en los labios, salió a colgar una pizarra pequeña que decía: CAPUCHINO Y CRUASANES VEGANOS.

Disculpe.

Se volvió y noté que se fijaba enseguida en el moratón.

¿Puedo pedirle un favor?

El hombre miró a su alrededor, como si yo intentara distraerlo. Me quedé a cierta distancia, con las manos en los bolsillos, para que comprendiera que no tenía malas intenciones.

Entonces dijo: ¿Qué quieres?

Necesito hacer una llamada.

¿Qué te ha pasado?

Me robaron. Anoche. Unos chicos. Después de una fiesta. Moví los hombros, como para sugerir la música, pero él seguía mirándome serio. Bueno, estaba en una fiesta y eso... ¿Puedo llamar a mi hermana? Le diré que venga a recogerme. Mire —saqué el móvil—, ¿lo ve? Lo rompieron mientras me pegaban. Idiotas. Me lo podían haber robado también.

¿Cuántos años tienes?

Diecisiete.

Anda ya.

Dieciséis.

Suspiró.

Quince.

Lo pensó.

Sí, dijo. Es posible.

¿Y qué? ¿Puedo llamar?

En mis tiempos a los quince años no salíamos por ahí de noche para arriesgarnos a que nos pegaran.

Creo que hoy en día tampoco es lo normal.

Asintió y dijo: Ven dentro.

Era uno de los bares más tristes que había visto en mi vida. Las paredes estaban cubiertas de un material que imitaba el mármol, y había colgadas muchas láminas con imágenes de playas del Pacífico, fotos de grupos musicales de los años ochenta, peces voladores de papel de varios colores y un hilo muy largo con colgantes nacarados que iba de un lado a otro de la sala. El hombre cogió el teléfono inalámbrico de detrás de la caja y, cuando estaba a punto de dármelo, lo pensó mejor.

Espera, lo haré yo.

Le dije el número de Asia, que era el único que me sabía de memoria además del de Violetta, y él lo marcó y me pasó el teléfono. El reloj en forma de Empire State Building decía que eran las siete menos cinco.

¿Diga?

Soy yo.

Joder. ¿Dónde estás?

Oye..., no te enfades, es que... han pasado cosas...

Me ha llamado papá. Esta noche. Dice que te has metido en un buen lío. Que has robado un coche y...

Oye..., todo tiene una explicación. Ahora escúchame. ¿Te acuerdas de Le Ancore?

¿El centro comercial?

Nos vemos allí, en el aparcamiento.

...

...

¿Luca está contigo?

Pues claro.

¿Estáis bien?

Sí. Más o menos. Luego te cuento.

Ercole...

Te espero. No tardes.

Ercol...

Colgué y le devolví el inalámbrico al dueño del bar.

¿Cómo vas a ir a Le Ancore?, me preguntó.

Tengo una furgoneta aquí fuera.

¿Una furgoneta?

Sí, he llegado con ella, ¿no me ha visto?

No, no me he fijado.

Dije: La conduce un amigo. Uno que tiene carnet, por supuesto. Él me llevará a Le Ancore.

¿Y también le robaron a tu amigo?

¿Por qué?

¿Y él no tenía un móvil para dejarte llamar?

Sí. Pero está sin batería. Apagado. A él no le pegaron, y tampoco le robaron. Por eso no quiero implicarlo mucho en esto, ya me entiende. Prefiero que venga mi hermana. Me las arreglaré con ella. Para poner la denuncia y todo eso.

Tus padres se cabrearán.

Ya lo sé. No sabe cuánto.

...

Bueno, pues me voy. Muchas gracias.

Levanté una mano y llegué hasta la puerta andando hacia atrás. Con el rabillo del ojo vi que el dueño del bar me seguía y me observaba a través de los cristales. Subí a la furgoneta por el lado de Luca. Estaba durmiendo y, mientras saltaba por encima de él, preguntó:

¿Qué pasa?

Nada, todo va bien, tú sigue durmiendo.

Confié en que los cristales sucios impidieran al hombre ver que no había ningún amigo con carnet, arranqué el vehículo y salí. Al alejarme lo vi por el

retrovisor, en la puerta del bar, medio oculto por el enorme hombre rojo que seguía hinchándose y deshinchándose mientras agitaba los brazos con desesperación, como si les implorase a los aviones que pasaban que bajaran a salvarlo.

El aparcamiento del centro comercial estaba desierto. Dos cuervos se perseguían entre los rastrojos de los campos, al otro lado de la carretera. Detrás de un grupo de almacenes abandonados, había un bosque donde el sol, a causa de la neblina, surgía como una especie de moratón. Con la quietud del amanecer me entraron ganas de tener un perro para que corriese detrás de los cuervos. Me di cuenta de que tenía sed. Miré si había botellas en la furgoneta, pero no había ni una, ni siquiera una vieja olvidada debajo del asiento. Pensé que en algún punto de la pared del centro comercial podía haber un grifo, una salida de agua para regar o limpiar. Me pregunté si aquel día abriría, aunque era domingo; muchos centros comerciales abren los domingos. Quizá no tardaría en aparecer alguien. Bajé de la furgoneta para desentumecerme las piernas, me alejé a mear y a ver si encontraba el dichoso grifo. El centro comercial parecía un castillo abandonado. Recorrí un lado entero hasta llegar a un aparcamiento idéntico al nuestro, y a un segundo acceso a la carretera provincial, con una rotonda en el centro donde había un ancla gigante, de unos diez metros de altura, con una cuerda enorme que colgaba a un lado.

Y ahí fue donde aparecieron de repente. Desde detrás de una fila de árboles. Llegaban de una de las carreteras que confluían en la rotonda. Sin luces. Silenciosos. Como si solamente rozaran el asfalto. Dos coches de la policía.

Los cuervos se alzaron sobre los campos y volaron por encima de un silo. Eché a correr. La furgoneta, en medio del aparcamiento vacío, parecía una maqueta. Abrí la puerta de Luca, chillé:

Despierta, levántate, tenemos que escondernos. Con el rabillo del ojo vi las escopetas tiradas en el asiento de atrás; cogí una y ayudé a Luca a bajar.

Dijo: Tengo sueño, y se metió una mano debajo del casco de fútbol americano para rascarse la mejilla. Lo dijo sin lloriquear, como si fuera una constatación. Por un instante pensé en darle la otra escopeta a él, pero luego me dije: No, mejor que no.

Sígueme.

Luca obedeció.

Los coches patrulla aparecieron en nuestra zona del aparcamiento; nos vieron y pusieron las sirenas. Cruzamos corriendo en dirección a uno de los almacenes. Había una escalera exterior. Le di la mano a Luca para evitar que resbalase, mientras con la otra tenía que agarrarme a la barandilla y sostener la escopeta. Oí que frenaban delante de la verja. No oí a los agentes bajar, ni rebuscar en la furgoneta, ni activar el mecanismo de amplificación del vehículo, eso no; pero oí mi nombre cuando lo gritaron.

Ercole, dijeron, Ercole, sal y no hagas tonterías. Por el tono se notaba que al policía en realidad le habría gustado decir: Ercole, Ercole, sal y no hagas gilipolleces, pero no podía o no quería. Por eso repitió: Vamos, Ercole, sabemos que estás ahí dentro. Suelta la escopeta y sal de una vez.

Mientras tanto, Luca y yo nos habíamos escondido detrás de una salida de ventilación. Olía a alquitrán y a óxido.

Luca preguntó: ¿Nos van a disparar?

No creo.

¿Y tú les dispararás?

Miré la escopeta. Jamás tendría valor para disparar a nadie, pero ellos no lo sabían, y de este modo los obligaría a esperar hasta que llegara Asia.

Ercole, chilló el policía, joder, ¿me has oído?

Grité: Sí, lo he oído.

Bien. Ahora tú y... tú y Luca soltad la escopeta, bajad e intentaremos resolver este asunto, ¿de acuerdo?

¿Resolverlo... cómo?, grité.

De la mejor manera posible.

¿De qué manera?

El policía no respondió enseguida. Supuse que lo estaría consultando con alguien.

Vuestros padres están a punto de llegar, Ercole, estarán aquí dentro de poco.

¿Cuáles?

De nuevo una pausa para consultar.

Van todos juntos.

Pensé: ¿Todos juntos?

Tu padre... Pietro Santià, y tu madre... mejor dicho, vuestra madre, Giulia, si no me equivoco... Giulia Desio. Y también... Nicola —imaginé al policía leyendo de un papel o un bloc—, Nicola Voiello, el padre de Luca. Están a punto de llegar. Van todos juntos, estarán aquí enseguida, o sea que...

También está a punto de llegar Asia, grité. Nosotros la esperamos a ella. Queremos hablar con ella.

Luca intentó asomarse, pero desde donde estábamos no se veían los coches. Se metió un dedo en la nariz por debajo del casco. Un cuervo se posó en una cornisa y nos miró como si se preguntara qué diablos hacíamos ahí arriba, donde él nunca había visto a nadie. Pasaron unos minutos. Temí que estuviesen tramando algo, una emboscada o qué se yo, que entraran por sorpresa en el almacén. Tal vez no fuese cierto que querían hablar y resolver el asunto de la mejor manera posible. Tal vez querían detenerme por homicidio. Tal vez el motorista había muerto y me pasaría el resto de la vida en la cárcel. Entonces el policía habló de nuevo con la voz metálica de la amplificación, dijo:

Tienes razón, tu hermana también está a punto de llegar.

Luca me buscó la mano y entrelazó los dedos con los míos.

Tengo sed, dijo. Y también hambre.

¿Jugamos al tres en raya?

¿Dónde?

Aquí, en el polvo.

Empieza tú.

Dibujé el tablero con el dedo, puse la x en el centro. Luca trazó un círculo. Yo, una x. Él, un círculo. Yo, una x. Él, un círculo. Y lo dejamos ahí, porque no podíamos ganar ninguno de los dos. Jugamos dos partidas más y en ambas quedamos empatados.

¿Cuándo llegará Asia?

Dije: Lo antes posible.

¿Luego adónde iremos?

No lo sé. A su casa.

¿Y luego?

Luego ya nos inventaremos algo.

¿El qué?

Una manera de estar bien.

Yo estoy bien, dijo Luca.

¿En serio?

Sí.

La fiesta de anoche no fue bonita.

Luca se encogió de hombros.

Las fiestas de cumpleaños tienen que ser bonitas, dije. Si no, es mejor no hacerlas.

Luca alzó la mirada hacia mí, como si fuera a decir algo, y luego no lo hizo; pensé que debía de ser porque a los seis años es difícil encontrar las palabras para decir lo que te pasa por la cabeza —o entender lo que sucede a tu alrededor, o reconocer los peligros, porque para eso ya están los adultos—, pero no, se había quedado callado porque había visto un globo aerostático. Era rojo y amarillo y se elevaba sobre un campo cercano. El sol lo iluminó por un instante antes de que la neblina lo ocultara de nuevo.

El motor de un coche, la frenada, las puertas. La voz de mi madre preguntando:

¿Dónde están?

Asia llegó poco después. Estaban todos ahí abajo. Luca y yo nos arrastramos hasta el borde de la cornisa para observarlos. La última vez que los había visto juntos, a mi madre, mi padre y Asia, era más pequeño que Luca. Nicola estaba cerca de mi madre, pero no tanto como Asia, que si hubiera movido una mano, le habría rozado los vaqueros. Y un paso por detrás vi a Giuseppe y a un policía con barba, que debía de ser el que nos había estado hablando hasta entonces. Había dos personas más, un hombre y una mujer, apoyadas en el capó de uno de los coches patrulla.

Mi padre estaba al lado de Asia. Creí que estaría con el cigarrillo entre los labios, las manos en los bolsillos, separado del grupo lo justo para poder decir que estaba allí, pero con una actitud distante. Sin embargo, lo vi un paso por delante de los demás, con los brazos hacia abajo, ligeramente abiertos, como dispuesto a reaccionar ante un hecho que no sabía cuándo ni cómo se produciría. Mi madre decía que bajáramos, Nicola decía que bajáramos

inmediatamente, Giuseppe, que le devolviéramos la escopeta, que estaba descargada. Luca me miró desde dentro del casco, yo miré la escopeta. La sopesé con las manos; quería comprobar si era cierto, pero no sabía cómo abrirla.

Grité: No me creo que esté descargada.

No soy tan idiota para dejar una escopeta cargada en el asiento de la furgoneta, ¿no crees?

Mi padre dijo: Aunque esté descargada, no tendría que haberla dejado en el asiento de la furgoneta, o sea que de todas formas es usted idiota.

Eh, dijo Giuseppe, no se atreva a...

¿O qué?

Giuseppe hizo el gesto de abalanzarse sobre mi padre, pero el policía con barba se metió en medio y los alejó. Empezaron a reñir: Nicola sujetaba a Giuseppe y mi madre intentaba hacerlos entrar en razón. En medio de todo el jaleo, Asia se movió, dejó atrás la discusión y avanzó deprisa hacia el almacén. Uno de los policías gritó: Señorita, eh, señorita..., pero el otro le indicó que la dejara. Asia llegó a la escalera que habíamos usado, subió y apareció en el tejado con el pantalón manchado de grasa en las rodillas. Nos buscó con los ojos y nos vio sentados en una esquina, detrás de la salida de ventilación, con las piernas cruzadas. Levantó a medias la mano para saludarnos. Yo hice lo mismo. Luca se quitó el casco; no le parecía bien conocer a su hermana con un casco de fútbol amarillo en la cabeza, por eso se lo quitó y se pasó los dedos por el pelo para ahuecárselo.

Asia se acercó a nosotros, se agachó y dijo:

Hola.

Luca dijo: Hola.

Tú debes de ser Luca.

Tú debes de ser Asia.

Encantada de conocerte.

Gracias.

Luego Asia me miró: ¿Qué tal?

Ya ves...

¿Qué te ha pasado en el ojo?

Un cabezazo.

¿De quién?

En la fiesta de Luca, anoche.

¿Por eso os escapasteis?

No. Bueno, en parte fue por eso..., pero sobre todo porque se portaron mal con él.

¿Es verdad?, preguntó Asia.

Luca asintió con la barbilla.

¿Alguien te hizo daño?

Ercole me defendió, dijo él.

Asia sonrió: Por eso se llama Ercole, ¿lo sabías?

...

Dije: Tienes que quedártelo tú.

¿A quién?

A Luca. Llévalo a vivir contigo, no puede estar en esa casa.

¿Llevarlo a vivir conmigo? Pero ¿qué dices, Ercole?

Sí. Es la única solución. Te lo quedas tú, pero si no tienes espacio, puede estar con papá y conmigo.

Ercole, eso no es posible. Él tiene una madre. Nuestra madre. Su madre.

Mamá no está bien. No puede cuidar de él.

Lo ha hecho durante seis años.

Pero ahora ha vuelto Nicola y... Me volví hacia Luca y le dije: Díselo tú. Tu padre no es malo. Los padres no son malos, eso lo sabemos. Solo que a veces no pueden con todo. Y si los padres no pueden con todo, están los hermanos. Nosotros sí podemos. ¿A que podemos, Asia?

No es tan sencillo...

Pero tenemos que intentarlo. Es nuestra única esperanza.

Ercole, para ya, Asia levantó la voz. ¿Qué crees que dirá mamá? ¿Oh, no me había dado cuenta, Luca no puede vivir conmigo, no estoy capacitada, llevadlo con vosotros? ¿Crees que dirá algo así? ¿Y has pensado en su padre? ¿Qué quieres hacer? ¿Denunciarlos por lo que ocurrió anoche? ¿Antes estabas encantado con la vida en Erta y ahora es un infierno?

Dije: Antes era diferente.

Luca dibujó en el polvo un tablero para jugar al tres en raya.

Asia dijo: Además, no quiero hablar de todo esto delante de Luca.

Ya, claro, resoplé, miénte. Miénte como hiciste conmigo.

Yo nunca te he mentado.

Me ocultaste hechos.

Eran cosas que no habrías podido asimilar.

Eran la verdad.

La verdad es que entonces habríamos tenido que pedirle ayuda a alguien.

...

Asia recogió del suelo un trocito de alambre y con la punta trazó una x en el tablero de Luca.

La verdad, Ercole, dijo, es que tuvimos suerte de ser capaces de cuidarnos solos. Aunque no deberíamos haberlo hecho, porque habría tenido más sentido pedir ayuda. Las cosas fueron así. Y salimos de todo. Pero... ¿Luca? Luca necesita personas que lo cuiden como es debido, y no podemos ser ni tú ni yo.

El mismo cuervo nos pasó por delante, planeando, y se detuvo en el extremo de la salida de ventilación. Levanté la escopeta y apunté, como si fuera a darle. Un temblor surgió de algún lugar entre los pulmones y el estómago y me subió por la garganta, hasta las mejillas.

Dije: Es todo tan agotador. Me apoyé la escopeta en las piernas. Miré a Asia: ¿Siempre es tan agotador?

Es probable.

Ya.

Pero cada vez seremos más fuertes. Cada vez más capaces de elegir.

Luca dibujó un círculo en el tablero.

Te toca a ti, dijo.

Asia puso una x. Luca, un círculo. Asia, una x. Luca, un círculo. Asia una última x, pero en la casilla errónea. Luca cerró la fila con un tercer círculo y dijo:

He ganado.

Asia le guiñó un ojo: Has ganado.

Tengo sed, dijo Luca. ¿Vamos a beber algo?

Asia dijo: Nos merecemos un buen desayuno.

Luca sonrió y dijo que sí, que nos merecíamos un buen desayuno.

Pregunté: ¿Sabes si se hizo daño el motorista?

Asia preguntó a quién me refería.

Anoche. Adelanté a una moto y se cayó.

No sé nada de eso.

¿Iré a la cárcel? Quiero decir... si se hizo daño. Además, robé la furgoneta y...

Ya veremos. Pase lo que pase, lo afrontaremos. Luego se dirigió a Luca: ¿Vamos a desayunar?

Nos levantamos. El cuervo se alejó volando de la salida de ventilación, fue a posarse en el centro exacto del tejado y buscó algo con el pico, algo que el viento había hecho volar hacia abajo. Manteniendo la escopeta baja, como había visto en las películas del Oeste, apunté al cuervo y apreté el gatillo. Estaba a punto de hacer «¡pum!» con la boca cuando el arma disparó de verdad. Salió un tiro. Inesperado. Muy fuerte. El cuervo echó a volar. El eco del disparo resonó en el aire del campo, se multiplicó y se descompuso. El retroceso de la escopeta me dio un tirón en el brazo. La dejé caer al suelo como si acabara de darme cuenta de que manejaba una serpiente. Asia chilló. Luca chilló. Chillaron incluso en el aparcamiento, y todos salieron corriendo. Quizá para salvarnos. O quizá para protegerse. O no lo sé.

Ocho

Se lo ruego,
traten con cuidado mi alma.

HUGO VON HOFMANNSTHAL

Al final todavía quedaba una bala en la escopeta. Creo que a Giuseppe le cayó una denuncia y le quitaron el permiso de caza. O quizá se lo suspendieran. No me interesé mucho por el tema. Nadie se había hecho daño, y eso era lo más importante. El motorista tampoco se había hecho daño. Al menos, no mucho. Unos moratones, abolladuras en el carenado, el faro y el espejo rotos..., nada irreparable. No fui a la cárcel, pero todo aquello me acarreó consecuencias. Obviamente, tuve que compensarlo, y durante tres años acudí a un centro de día todas las tardes, sin excepción, donde los educadores me ayudaban a estudiar y una vez al mes le hacían una revisión a mi vida, para asegurarse de que no estuviera rompiéndose nada.

Recuerdo que Asia, cuando fuimos a hablar con el juez, insistió para que se lo contara todo honestamente, y se lo conté todo honestamente. Hablé durante horas, como nunca lo había hecho. De todo: de mí, de Asia, de mi padre, mi madre, la viuda, los abuelos, de los adultos en general, los monstruos en las paredes y las personas de buen corazón. El juez me dejó terminar, no me interrumpió ni una sola vez.

Tras contar por qué tenía la nariz hinchada y el moratón debajo del ojo, la policía y los servicios sociales investigaron a Nicola y a mi madre, pero no llegaron a ninguna conclusión. Al cabo de veinte días Nicola se marchó. Acusó a mi madre de tener una familia de pirados y la echó de Erta diciendo que iba a poner en venta la casa. Y lo hizo de verdad. El mes pasado volví, después de un montón de tiempo. La casa está en venta, el cartel de SE VENDE

está muy deteriorado, como si llevara siglos puesto, una parte del pajar se ha derrumbado y por todas partes hay hojas, ramas y latas de cerveza de los chicos que van allí a divertirse. No creo que la compre nunca nadie. A saber. Quizá un día la compre yo.

Cuando Nicola los echó de casa, mi madre y Luca no tenían adónde ir y convencí a mi padre para que los acogiera. Al cabo de tantos años, tener a mi padre y a mi madre en casa juntos era algo raro, muy raro. Y lo cierto es que no duró. Había pasado demasiado tiempo, creo; como cuando te rompes una pierna y te la escayolan mal y los huesos se sueldan torcidos. Pero, gracias a la ayuda de Violetta, encontré un piso pequeño para ellos en la zona de Barrera, en un edificio donde viven muchos peruanos; mi madre hizo amistad con ellos y, cuando lo necesita, cuidan de Luca.

Violetta y yo seguimos siendo novios. Empezamos a los quince años y ahora que tenemos diecinueve aún montamos en bicicleta, preparamos tazas de chocolate y cogemos autobuses para ver adónde nos llevan. Después del instituto, Violetta se matriculó en Medicina, y yo, como no sabía qué hacer, pensé en dedicar un tiempo a decidir sobre mi vida. Le pregunté a la abuela florista si, mientras decidía, podía echarle una mano, y ella, que tenía sus achaques y no sabía si seguir con el negocio o traspasarlo, aceptó. Ahora trabajo cuatro días a la semana en ese quiosco que hace cuatro años vi por la ventanilla del autobús, entre el tráfico, mientras un chico vestido de negro hacía malabarismos con unas antorchas y escupía fuego por la boca en el semáforo.

Violetta me convenció para hacer remo. Tenía razón al decir que estar en medio del Po, con Turín alrededor, colinas y edificios, es como dejar que el planeta te acune, lo cual no le quita ni un gramo al esfuerzo bestial que supone remar. Es agotador, sí, pero me gusta. Ayer, por ejemplo, salimos ella y yo solos, por la mañana. En el río había una niebla fina, parecía que la pudiéramos engullir. El monte de los Capuchinos casi no se veía y las farolas de la plaza aún estaban encendidas. Remábamos en silencio. A Violetta no le gusta hablar mientras rema, y, además, yo me quedaría sin aliento si lo hiciera. Íbamos en dirección a Moncalieri, viendo cómo se alejaba Turín mientras nosotros, a contracorriente, nos adentrábamos remando en la niebla.

Sabía que tenía detrás a Violetta, notaba su aliento y entreveía las salpicaduras del remo en el agua. Y sabía que no debía girarme a mirarla. Avanzábamos al mismo ritmo, en los ojos el punto de partida, que es lo que siempre se conoce, y en la respiración una confianza serena, como la que tienen ciertas vidas descalzas mientras remontan los ríos en busca del manantial.

Nota al texto

La cita de David Foster Wallace procede del relato «Forever Overhead», en *Brief Interviews with Hideous Men*. [Hay trad. esp.: «En lo alto para siempre», en *Entrevistas breves con hombres repulsivos*, Barcelona, Mondadori, 2001.] La de Neil Gaiman, de *The Wolves in the Walls*. [Hay trad. esp.: *Los lobos en la pared*, Bilbao, Astiberri, 2008.] La de Obi-Wan Kenobi, del episodio IV de *La guerra de las galaxias*. La de Tobias Wolff, del relato «Bullent in the Brain», en *The night in question*. [Hay trad. esp.: «Una bala en el cerebro», en *La noche en cuestión*, Barcelona, Alfaguara, 2000.] La cita de Marracash y Gué Pequeno es de la canción «Nulla accade» (B. F. Rizzo/C. Fini/A. Pulga). La de Dylan Thomas es de *A Child's Christmas in Wales*. [Hay trad. esp.: *La Navidad para un niño en Gales*, Madrid, Nórdica, 2010.]

La cita de Fred Uhlman procede de *Reunion*. [Hay trad. esp.: *Reencuentro*, Barcelona, Tusquets, 1989.]

«Cada vez que hacemos algo bien y a conciencia, destruimos el mal que llevamos dentro» no es una frase del mimbrero, sino atribuida a Simone Weil.

«No crean ustedes que el destino es más de lo que cupo en la infancia» es un verso de *Duineser Elegien* de Rainer Maria Rilke. [Hay trad. esp.: *Elegías de Duino*, Madrid, Cátedra, 1987.]

Las primeras líneas de la biografía de Mike Brodie, que abren su libro fotográfico *A Period of Juvenile Prosperity* (Twin Palms Publishers, 2013), dicen así:

My mom said I looked like Charlie Brown. I never saw the Grand Canyon or the Petrified Forest. My grandma was a truck driver and my grandpa liked race cars; his favorite driver was Richard

Petty. My grandma died of cancer; she let me pull some of her hair out. My grandpa touched my penis; I never saw him again.

Pues bien, hace algunos años, dichas líneas constituyeron el germen de esta historia, o más bien su melodía en mi cabeza. Pueden encontrarse en la presentación de Ercole, al comienzo del segundo capítulo. Al hablar de la infancia, Brodie también relata que su padre le regaló en su cumpleaños una bicicleta robada. Por lo demás, los personajes y hechos narrados en este libro son imaginarios y no están relacionados con sucesos ni con personas reales.

**Ercole está atrincherado en el techo de un cobertizo, armado y rodeado por la policía. Con él está Luca, que tiene seis años.
¿Cómo han terminado allí?**



«Recuerdo que esa mañana, en el p rking del centro comercial, mientras salía de la furgoneta, agarrando el rifle del asiento trasero, mir  hacia el bosque y me di cuenta de que el sol emergía del campo como un moratón. Era octubre y yo tenía quince años.»

Ercole y su hermana Asia pasan una infancia difícil, que superan a base de imaginación y perseverancia. Sin embargo, como todo el mundo, crecen, van a la escuela, se enamoran... Hasta que todo parece hacerse pedazos y Ercole cree que ser un desastre es un destino del que no puede escapar.

Cuando est a a punto de rendirse, se entera de que su madre, de la que no ha tenido noticias en mucho tiempo, vive cerca de él. El reencuentro terminar  provocando que tome una elección dramática. Tal vez, la única posible si quiere cambiar su destino...

Fabio Geda (Turín, 1972) es un escritor italiano con un gran interés en la educación. Tiene formación en Ciencias de la Comunicación, aunque es su faceta como profesor la que lo ha marcado más profundamente como escritor. Con su primera obra se dio cuenta de que tenía un interés especial por los jóvenes y sus preocupaciones. En sus libros ha tratado diversos temas: profesores que trabajan en cárceles de menores, la infancia en tiempos de guerra, jóvenes en situaciones de pobreza o conflictos raciales en nuestra sociedad.

Además, ha trabajado en medios como *La Stampa* y ha recibido premios por su labor como docente, como el Via Po, el Maris Rusconi o el Ginzane Cavour.

Título original: *Anime scalze*

Publicada originalmente en Italia por Einaudi

La presente edición ha sido publicada por acuerdo con Grandi & Associati

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2017, Fabio Geda

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Helena Aguilà Ruzola, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: Alessandro Baronciani

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17605-22-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Vidas descalzas

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nota al texto

Sobre este libro

Sobre Fabio Geda

Créditos